Nueva Revista

DE POLÍTICA, CULTURA Y ARTE

Nº 78 · NOVIEMBRE-DICIEMBRE 2001 1.100 ptas

11-S: UNA NUEVA LÓGICA MUNDIAL

Miguel Alonso Baquer, Antonio Fontán, Alfonso López Perona, Rafael Llano

PRESIDENCIA ESPAÑOLA DE LA UE

Marruecos, entre la modernidad y la amenaza islamista, Alberto Míguez

NUEVA SECCIÓN: Ampliación de la cultura europea

La guerra y el futuro de Occidente, por Thomas Mann

Confesiones de un pianista, por Michele Campanella

Nueva Revista

DE POLÍTICA, CULTURA Y ARTE

PRESIDENTE Y EDITOR Antonio Fontán

DIRECTOR Rafael Llano

JEFA DE REDACCIÓN María Andrés Marín

CONSEJO EDITORIAL Sucre Alcalá, Carlos Aragonés, José M. de Areilza Carvajal, José María Beneyto, Juan Bolás, Emilio Bonelli García-Morente, Francisco Cabrillo, Miguel Ángel Cortés Martín, José Manuel Cruz Valdovinos, José de la Cuesta Rute, Miguel Durán Pastor, Luis Miguel Enciso Recio, Emilio Fernández-Galiano, Javier Fernández del Moral, José Mª Fluxá Ceva, Antonio Fontán Meana, Gregorio Fraile Bartolomé, Javier Gomá Lanzón, Eugenio Fontán Oñate, Rafael Gómez López-Egea, José Luis González Quirós, Guillermo Gortázar, Miguel Ángel Gozalo, Miguel Herrero de Miñón, Jesús Huerta de Soto, José Vicente de Juan, Alfonso López Perona, Isabel Martínez-Cubells, Julio Martínez Mesanza, José Mª Michavila, Alberto Miguel Arruti, Alberto Míguez, José Antonio Millán Alba, Diego Mora-Figueroa, Arturo Moreno Garcerán, Eugenio Nasarre, Luis Núñez Ladevéze, Andrés Ollero Tassara, Julio Pascual, Alfredo Pérez de Armiñán, Rafael Puyol, Isidoro Rasines, Dámaso Rico, Emilio del Río, Jaime Rodríguez-Arana, Rafael Rubio de Urquía, Antxón Sarasqueta, Ángel Sierra de Cózar, Jaime Siles, Marqués de Tamarón, Jesús Trillo-Figueroa, Ignacio Vicens y Hualde, Juan Pablo de Villanueva y Gustavo Villapalos.

SECRETARIA EJECUTIVA Pilar Soldevilla Fragero

DISEÑO María José Subiela Bernat DISEÑO DE CUBIERTA BEGA + PAGOLA

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y PUBLICIDAD

NUEVA REVISTA DE POLÍTICA, CULTURA Y ARTE
Javier Ferrero, 2. 28002 Madrid.
Tel.: 91 519 97 56
Fax: 91 415 12 54
E-mail: nuevarevista@tst.es

www.nuevarevista.net

EDITA Difusiones y Promociones Editoriales, S.L. (DIPROEDISA, S.L.)

DISTRIBUCIÓN Comercial Atheneum, S.A.
Rufino González, 26.
28037 Madrid. Tel.: 91 754 20 62

IMPRIME Raycar, S.A. Matilde Hernández, 27.
28019 Madrid.

Copyright: NUEVA REVISTA
ISSN: 1130-0426 Depósito legal: M-1537-1990

SUSCRIPCIONES

NUEVA REVISTA Tel.: 91 519 97 56
CEMPRO Tel.: 91 447 27 00

España: Un año, 36,06 euros (6.000 ptas.); dos años 60,10 euros(10.000 ptas.) (incluido un 4% de IVA).
Resto de Europa: Un año, 48,08 euros (8.000 ptas.); dos años, 84,14 euros (14.000 ptas.)
Resto del mundo: Un año, 72,12 euros (12.000 ptas.); dos años 132,22 euros (22.000 ptas.)

(El importe de las suscripciones para el extranjero podrá hacerse efectivo mediante talón bancario con su equivalente en euros convertibles)

Esta revista es miembro de ARCE (Asociación de Revistas Culturales de España) y de FIRC (Federación Iberoamericana de Revistas Culturales)

Sumario

Nº 78 NOVIEMBRE-DICIEMBRE 2001

11-S: UNA NUEVA LÓGICA MUNDIAL

EN GUERRA CON EL TERRORISMO UNA GRAN OFENSA, UN GRAN CONSENSO ANTONIO FONTÁN **2** **CONSECUENCIAS INTERNACIONALES** EL MUNDO ES UN TABLERO DE AJEDREZ ALFONSO LÓPEZ PERONA **5** **INTELIGENCIA MILITAR** LA ESTRATEGIA INDIRECTA MIGUEL ALONSO BAQUER **14** **LÓGICA DE LA SOCIEDAD POSBURGUESA** TODOS SOMOS TODO RAFAEL LLANO **21**

PRESIDENCIA ESPAÑOLA DE LA UE

RETOS DE LA PRESIDENCIA EL PROYECTO EUROPEO EN TIEMPOS DE CRISIS JOSÉ M. DE AREILZA CARVAJAL **41** **RECESIÓN ECONÓMICA** ¿NOS OLVIDAMOS YA DE MAASTRICHT? FRANCISCO CABRILLO **44** **POLÍTICA EXTERIOR** MARRUECOS, ENTRE LA MODERNIDAD Y LA AMENAZA ISLAMISTA ALBERTO MÍGUEZ **49**

AMPLIACIÓN DE LA CULTURA EUROPEA: POLONIA

TRANSICIÓN POLACA HISTORIA DE UNA MODERNIZACIÓN GRZEGORZ BAK **57** **DE GIBRALTAR AL CÁUCASO** ¿QUIÉN NECESITA UNA EUROPA ORIENTAL? JAN KIENIEWIÇZ **67** **UNA TRADICIÓN CULTURAL POCO CONOCIDA** LA PECULIARIDAD DEL CINE POLACO KRYSZTOF ZANUSSI / AGNIESZKA MATYJASZCZYK **91**

CIVILIZACIÓN MULTIMEDIA

COMERCIO ELECTRÓNICO LOS CONSUMIDORES, ¿ATRAPADOS EN LA RED? ALMUDENA GÓMEZ DE CECILIA **109** **INTERNET EN LA EMPRESA** LA GESTIÓN INTERNA A TRAVÉS DE LA RED MARÍA JOSÉ SOBRINI **115**

FEUILLETON

DE ARISTÓTELES A CANTOR VISIONES DEL INFINITO ANTONIO DURÁN **121** **MÚSICA** CONFESIONES DE UN PIANISTA MICHELE CAMPANELLA **133** **I BIENAL DE VALENCIA** COMUNICACIÓN ENTRE LAS ARTES NORBERTO IBÁÑEZ **145**

LITERATURA

ENSAYO LA GUERRA Y EL FUTURO DE OCCIDENTE THOMAS MANN **151** **LEER POESÍA** JAIME GARCÍA MAÍQUEZ JULIO MARTÍNEZ MESANZA **161** **...Y UN RELATO** ESTÁN ENTRE NOSOTROS JUAN MANUEL VILLALBA HINOJOSA **164**

EN GUERRA CON EL TERRORISMO

Una gran ofensa, un gran consenso

por **ANTONIO FONTÁN**

Cuando se escriben estas líneas, en la tarde del domingo 4 de noviembre, apuntan ya entre las nieblas del horizonte unas primeras señales de que pronto dará comienzo una nueva fase de las operaciones militares que llevarían a cabo las fuerzas norteamericanas y sus aliados británicos en territorio de Afganistán. Con ello los ingleses confirmarían la activa solidaridad con los Estados Unidos de la que están haciendo gala desde el primer día del actual conflicto.

Pero no están solos. Cuentan con el apoyo político, y en ocasiones técnico, de los otros miembros de la *coalición internacional* contra el terrorismo, que se ha constituido después de los terribles atentados de Nueva York y Washington, con la participación de numerosos países árabes y con la anuencia de la Unión Europea y de Naciones Unidas.

En el mismo mes de septiembre el Consejo de Seguridad aprobó por unanimidad su resolución 1.373, que proclama el derecho a la propia defensa individual y colectiva, y la necesidad de combatir las amenazas a la paz mundial por todos los medios, en consonancia con la Carta de las Naciones Unidas.

Las acciones terroristas del martes 11 de septiembre en Nueva York y Washington son más graves y de mayor trascendencia que cualquiera de las criminales violencias de raíz política que no dejan de ocurrir de vez en cuando en la sociedad contemporánea. Todos los terrorismos, en efecto, son igualmente condenables y han de ser combatidos y desarraigados por los Gobiernos con todos los medios legales a su alcance, como reconocen ya un número cada día más elevado de Estados. Pero los que

tuvieron por escenario las capitales económica y política de la primera potencia del mundo pueden con verdad ser calificados de históricos.

Es más que probable que el 11 de septiembre de este principio de siglo y de milenio quede inscrito en los anales de la Humanidad como una de las fechas que marcan un cambio, si no de época, al menos de periodo de la historia. Sus consecuencias, por ahora impredecibles, prometen ser comparables a las de algunos de los más notables hitos del pasado, como el derribo del muro de Berlín, la bomba de Hiroshima, e incluso el asalto a la Bastilla, o la toma de Constantinopla por los turcos el 23 de mayo de 1453.

A las mortíferas agresiones de aquel día han respondido los Estados Unidos con una emocionada solidaridad patriótica y humana y una respetable altura moral. No se han planteado acciones de venganza o de castigo, ni una guerra contra el país de los afganos, que está políticamente secuestrado y militarmente ocupado por el brazo armado de la organización terrorista internacional que ha herido el corazón de América y extiende sus amenazas por todo el mundo.

Los atentados de Nueva York y Washington fueron la declaración de guerra a los Estados Unidos y al mundo por parte de una organización internacional terrorista, tan eficaz como inaprehensible, que se presenta como la gran vengadora de presuntos agravios a un *islam* al que nadie en Occidente ha agredido en más de cinco siglos. Los Estados islámicos no sólo no se sienten representados por esos terroristas, sino que en su mayor parte se han asociado, de una u otra manera, más de cerca o más de lejos, a la *coalición internacional.*

El dominio político y militar de un régimen como el que impera en Afganistán no se viene abajo por unas semanas de ataques aéreos, que lejos de ser indiscriminados parecen estar concentrándose en objetivos estratégicos o militares, aunque en ciertas ocasiones causen víctimas civiles y destrucciones irreparables en localidades habitadas por personal no combatiente. Pero las informaciones que se poseen, tanto las americanas como las que proceden de fuentes talibanas, no permiten por ahora comparar esos daños con los de los grandes bombardeos de la Segunda Guerra Mundial en suelo europeo: Londres, Coventry, Dresden, Berlín, etc.

¡Tan lamentables como aquellos, pero con muchísimos menos muertos y heridos ajenos a las armas!

Los terroristas de septiembre querían turbar la vida americana y quebrantar su economía. Como comentaba algún periódico británico, ese objetivo, en cierto modo, lo han conseguido. Pero una acción tan atroz ha dado lugar a una coalición y a unos acuerdos globales de muchos Estados frente al terrorismo, que pueden desmantelar no sólo la *Al-Qaeda* de Bin Laden, sino unas docenas más de organizaciones terroristas, como la ETA de España, que serán perseguidas policial, jurídica y económicamente en todos los países importantes del planeta.

Por otro lado, el forzoso acercamiento entre América y Rusia que las amenazas exteriores han impuesto puede llegar a ser un paso adelante en el entendimiento entre las dos potencias que, hasta hace poco más de diez años, vivían en el helador clima de la Guerra Fría. Incluso dejaría de ser imposible una tregua de verdad en el sagrado suelo que los cristianos llamamos la *Tierra Santa*, que no es sólo cosa de dos —árabes y judíos— porque los cristianos también son de allí y allí tienen sus raíces.

Pero todo eso requiere que las naciones poderosas y avanzadas de este mundo cobren conciencia de la globalidad de los problemas y de la necesidad de enfrentarse con ellos con talento y generosidad. Y que los países ricos ayuden a remediar la indigencia de los que poseen economías menos favorecidas o se hallan en condiciones de miseria. Aunque sólo fuera por el muy interesado egoísmo de tener mercados, o por el más noble de vivir en paz. ANTONIO FONTÁN

El mundo es un tablero de ajedrez

por **ALFONSO LÓPEZ PERONA**

Según la opinión de muchos historiadores, el siglo XX comenzó la mañana en que un fanático serbio asesinó a tiros al Archiduque Francisco Fernando y a su esposa en Sarajevo. Junto con las dos víctimas del atentado, perecía también una *belle époque* de estabilidad política, progreso económico y cosmopolitismo en Europa. Ya quedan pocas dudas de que esta nueva centuria comenzaba otra mañana, la del pasado 11 de septiembre, en la que asistíamos horrorizados a las escenas de muerte y destrucción que nuestras televisiones nos mostraban, en tiempo real, desde Nueva York y Washington. En el breve lapso de tiempo que nos separa de estos acontecimientos, muchas cosas han cambiado en el sistema de relaciones internacionales y aún en nuestras propias sociedades, por más que tales cambios no hayan aflorado todavía.

LEGITIMIDAD DE EE UU

Una de las primeras transformaciones sobrevenidas ha tenido lugar en la misma política exterior americana. Hace unos meses, concluíamos un artículo sobre ese mismo tema (*Nueva Revista* nº 75, mayo-junio de 2001), advirtiendo de los posibles riesgos de un enfoque diplomático unilateralista por parte de la entonces flamante Administración Bush. Siguiendo el prudente parecer del Secretario de Estado, Colin Powell, Estados Unidos ha ensamblado una amplia coalición de países con un grado variable de participación y compromiso, que tiene como objetivo combatir el terrorismo internacional en todas sus manifestaciones y mediante todos los resortes diplomáticos, jurídico-policiales y financieros disponibles. El consenso de la comunidad internacional se ha plasmado

en la Resolución 1.373 del Consejo de Seguridad de la Organización de Naciones Unidas, en virtud de la cual todos los Estados miembros de la organización se comprometen no sólo a no prestar ningún tipo de apoyo material o logístico a individuos o grupos terroristas, sino también a perseguirlos con todos los medios a su alcance. El carácter directamente vinculante de esta norma de Derecho Internacional, así como el amplio respaldo con el que ha sido adoptada, hacen de ella hasta el momento el instrumento jurídico-internacional más ambicioso en la lucha contra este nuevo flagelo.

APOYO INTERNACIONAL

Por otro lado, hemos podido constatar cambios muy considerables en las posiciones de Rusia y China con respecto a los Estados Unidos. Si hasta el 11 de septiembre prevalecía en ambas grandes potencias una actitud de desconfianza y recelo hacia la única superpotencia planetaria, a partir de entoces se han producido movimientos de acercamiento entre los tres países, que merece la pena comentar. Por lo que se refiere a Rusia, el presidente Putin tuvo el acierto de mostrar su total solidaridad con los Estados Unidos desde las primeras horas tras los atentados. Además, ofreció un apoyo tangible al permitir la utilización de bases aéreas rusas en Uzbekistán y Tadjikistán para aviones norteamericanos, así como el permiso de sobrevuelo de territorio ruso para el transporte aéreo de ayuda humanitaria norteamericana hacia Afganistán, ofertas ambas sin precedentes en las relaciones entre ambos países, antiguos rivales en la Guerra Fría. Muy hábilmente, Putin invocó los ataques terroristas en suelo ruso imputados a la guerrilla chechena, y la conexión demostrada entre los chechenos y los grupos fundamentalistas adiestrados por Ben Laden, como razones para hacer causa común con Estados Unidos. Al maniobrar de esta manera, Putin ha conseguido acercar su país a Occidente, con todas las ventajas económicas y defensivas que piensa sacar de este acercamiento. En concreto, Rusia podría entrar a formar parte de la Organización Mundial del Comercio el próximo año, y habrá que tomar en consideración sus intereses de cara a la ampliación de la OTAN a las tres Repúblicas bálticas. Putin, uno de los ganadores netos de la

crisis hasta el momento, ha conseguido también afianzar la posición de su país en la resolución del conflicto afgano, que afecta de manera crucial a los intereses vitales de Rusia en Asia Central, tanto en el terreno militar como en sus perspectivas de ser país extractor y de paso de las reservas de crudo centroasiáticas. Algún analista ruso ha trazado incluso un paralelismo con la Segunda Guerra Mundial, cuando el bando aliado estaba dominado por los *Tres Grandes*, y considera que Putin podría eventualmente unirse a Bush y a Blair en un nuevo directorio tripartito gracias al giro impreso a su diplomacia.

China, por su parte, también ha declarado su simpatía y comprensión hacia Estados Unidos ante un problema que también dice compartir, en la medida en que los dirigentes chinos consideran terroristas a los separatistas tibetanos y a los musulmanes uigures del Turquestán chino. En la Cumbre del Foro Económico Asia-Pacífico (APEC) celebrada el pasado 19 de octubre en Shanghai, el presidente Jiang Zemin hizo pública su cooperación activa a la campaña antiterrorista norteamericana, con algunas matizaciones.

EUROPA Dice un refrán anglosajón: *A friend in need is a friend indeed* («un amigo en la necesidad es un amigo de verdad»), y ello es muy cierto. Los miembros de la UE han actuado en consecuencia. Tanto en el Consejo Europeo extraordinario del 21 de septiembre, como en la posterior *cumbre* de Gante, los Quince han tomado posiciones claras en contra de los atentados terroristas, y hasta el momento se han adoptado sesenta y cuatro *acciones comunes* tanto en el terreno judicial y de cooperación policial, como en el diplomático en Oriente Medio. Esta respuesta unánime contrasta con lo sucedido durante el conflicto irakí de 1991, sobre el que la Unión fue incapaz de adoptar una postura conjunta, ante las divergencias existentes en su seno.

En Gante, la consigna que se han pasado los socios comunitarios ha sido la de no hacer nada que pudiera debilitar los esfuerzos de la coalición en su lucha contra el terrorismo. Pero también hay que apuntar que en Gante se ha podido percibir una especial concertación entre Alemania,

Francia y Gran Bretaña, cuyos máximos dirigentes se reunieron con carácter previo al Consejo. Cabría preguntarse si estamos ante un gesto de renacionalización de las políticas exteriores en detrimento de la PESC, como si con esta sorprendente reunión los tres socios más grandes de la Unión quisieran marcar distancias con respecto al resto. La ausencia de un *euroejército*, cuya entrada en funcionamiento no está prevista hasta el 2003, explica en parte este rebrote de protagonismos nacionales, basado en la capacidad de poder militar, diplomático y de inteligencia que los tres socios mayores son capaces de activar en ausencia de una política exterior y de defensa dotada de los medios que hagan posibles sus objetivos declarados.

LA OTAN En el ámbito de la Alianza Atlántica, los aliados han mostrado una solidaridad sin fisuras con Estados Unidos al estimar que, en virtud del artículo 5 del Tratado de Washington, el ataque contra Estados Unidos estaba también dirigido contra todos ellos. Esta decisión tiene un carácter excepcional, pues nunca se había invocado el artículo 5 en un conflicto que afectase a uno de los miembros.

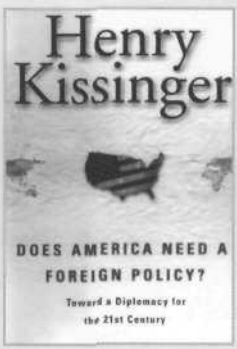
Además se trata de una decisión política y diplomática de la mayor importancia, ya que demuestra que los sucesos del 11 de septiembre han sido percibidos en Europa como un ataque al conjunto de instituciones e intereses occidentales, por más que sean los Estados Unidos los que han sufrido los daños directos. Esta solidaridad europea debería ser también ambiciosa a la hora de compartir un diagnóstico del conflicto y una estrategia común con los norteamericanos, porque Europa tiene fronteras marítimas y terrestres con el mundo islámico y porque puede aportar una memoria histórica de las relaciones con esta importante civilización, que es esencial para adoptar una política que permita a la vez garantizar la seguridad y libertad de Occidente y una relación más estable, justa y creativa con un conjunto de países que se insertan en una franja que va desde las orillas africanas del Atlántico hasta el mar de Célebes, y que comprende mil millones de personas.

LA AMENAZA Contrariamente a lo que publicaba en un reciente artículo Edward W. Said, no nos enfrentamos a «un pequeño grupo de militantes trastornados y llenos de motivaciones patológicas», ni tan siquiera a unos cuantos miles de belicosos pashtunes comandados por unos cuantos clérigos pueblerinos. La amenaza es de otra naturaleza y amplitud. Nuestros enemigos, cuya cabeza más visible es el enigmático Ossama Ben Laden, forman un grupo entrenado, decidido y aparentemente bien financiado, con conexiones en todo el mundo musulmán, cuyo objetivo es provocar una rebelión generalizada en los principales países árabes prooccidentales (Arabia Saudí, Egipto y Jordania) e invertir un proceso histórico de decadencia musulmana que, a su juicio, se ha caracterizado por la continua humillación a manos del Occidente materialista e infiel. Se combinan, pues, motivaciones religiosas e históricas con la frustración que provoca la falta de soluciones al conflicto palestino-israelí y la persistencia de enormes problemas de desarrollo económico y de falta de libertad política. Como dice brillantemente Enrique Krauze, «el mundo islámico es una compleja galaxia cultural y nacional en impresionante expansión demográfica. En esa galaxia predominan las satrapías autoritarias y una brutal desigualdad económica y social».

Hasta el momento, esta rebelión, que se dirige tanto o más hacia sus propias clases dirigentes prooccidentales que hacia el mismo Occidente, ha tenido varios momentos álgidos, entre los cuales hay que citar el derrocamiento del Sha de Irán y el asesinato de Anwar El-Sadat, en Egipto. Tengamos presente que las minorías dirigentes musulmanas han utilizado tradicionalmente su poder para monopolizar la riqueza aportada por la relativa modernización de sus países en beneficio propio, y para aplastar toda oposición. Su cultura política, despótica y de inspiración teocrática se ha mostrado incapaz de poner en práctica una concepción moderna del Estado y del gobierno. A lo anterior se ha unido el fenómeno de la proletarización urbana de unas masas necesitadas de creencias rígidas para sustentarse en medio de los traumas asociados al paso de una sociedad tradicional y agraria a otra industrial. Todo ello se conjuga con unas tasas de natalidad explosivas y la carencia de oportunidades y perspectivas de promoción y realización personales.

ORIENTE MEDIO En cuanto al conflicto de Oriente Medio, el presidente Bush ha mostrado un gran coraje y sensibilidad políticas al reconocer la necesidad de crear un Estado palestino, que lógicamente debe ser viable para poder ser aceptable. Es evidente que la seguridad del Estado de Israel, que Occidente debe garantizar, no se puede confundir con el expansionismo de una extrema derecha judía, que ha levantado diez colonias en territorio palestino entre junio y septiembre de este año, echando más leña al fuego de la Intifada.

Desde luego, ni la presencia de Sharon ni la de Arafat a la cabeza de los respectivos Gobiernos son de gran ayuda a la hora de buscar soluciones,



DOES AMERICA NEED A FOREIGN POLICY?
Henry Kissinger
Simond Schuster, Nueva York, 2001

No hace mucho, el Dr. Kissinger publicó un libro con este elocuente título: *¿Necesita Norteamérica una Política Exterior?* Aunque el subtítulo intentaba responder a esta pregunta con un prometedor «Hacia una diplomacia para el siglo XXI», en sus páginas encontramos algunas reflexiones sobre la tendencia al aislacionismo del pueblo americano no demasiado novedosas, la verdad. Insistir, como hace el autor, en que no hay que confundir la política social (interior) con la política exterior no es, en efecto, proclamar nada nuevo, desde el momento en que desde Von Clausewiz, por lo menos, se ha asumido que la política (exterior) es la continuación del guerra, pero por otros medios. Esta opinión, característica de un punto de vista conservador, se hace sin embargo más cuestionable conforme el mundo se vuelve más pequeño, merced al progreso técnico. En un reciente artículo aparecido en uno de los diarios de este país, Kissinger afirmaba que el ataque del 11-S «inició una

pero en todo caso es claro que no nos podemos permitir el lujo de seguir viviendo con un conflicto a cuya trágica evolución asistimos diariamente en nuestros televisores tanto occidentales como musulmanes. Evidentemente, muchos palestinos se empeñan en ser los peores abogados de su propia causa. Sin embargo, no debemos pensar que las repugnantes escenas de alegría del 11 de septiembre en alguna ciudad palestina reflejan el sentimiento común de ese pueblo, de la nación árabe o del mundo islámico, en general. Entre otras cosas, eso equivaldría a hacer el juego a los terroristas, que pretenden crear un *choque de civilizaciones*, lo que no es ni la intención ni el interés de los Gobiernos de Occidente. Por el contrario, todo indica que la mayoría de los musulmanes —como en

nueva era en las relaciones de EE UU con el mundo»; y tras analizar con detalle la coalición antiterrorista, concluía: «La guerra contra el terrorismo no consiste sólo en dar caza a los terroristas; consiste sobre todo en proteger la extraordinaria oportunidad que nos brinda para rehacer el sistema internacional». Pero el diplomático seguía sin justificar en ese artículo el aislacionismo norteamericano, ni su euroescepticismo, ni su mirar habitualmente hacia otro lado cuando se trata del Oriente Medio; ni una palabra, tampoco, sobre el problema de la infancia mal nutrida ni sobre tantos y tantos problemas de orden internacional que hoy sería posible resolver y que, sin embargo, no se resuelven por un mal funcionamiento de las instituciones. ¿Es posible un orden internacional sin justicia?, es necesario preguntarse. ¿Es posible la justicia sin una idea moral? Porque si no sabemos cuál es el criterio moral aplicable a las relaciones internacionales, cada cultura podrá hacer, como se dice, de su capa un sayo. ¿Hemos, pues, de aceptar que no hay criterio justo, sino tantos criterios como se *ajusten* a lo que más conviene al interés nacional? ¿Al interés nacional de EE UU, de la UE (que no es una nación), al interés de España? El mundo está desordenado; quien contribuya a reordenarlo será retribuido por la comunidad internacional, estoy seguro. En ello radica, en mi opinión, el interés de España, si de verdad quiere entrar en el G7. Ya que no tenemos portaaviones, como Kissinger, tengamos al menos las ideas que parece a él le faltan. CARMELO LACACI DE LA PEÑA

todas partes, las mayorías son las menos vocingleras— ha reaccionado de una manera moralmente sana ante las atrocidades terroristas y desea vivir en paz y mejorar su situación económica, con independencia de los motivos de agravio que puedan tener con respecto a Estados Unidos o a Europa. Los Estados occidentales actuarían prudentemente evaluando con amplitud de miras las razones atendibles que haya en ese malestar, e intentando remediar lo que se pueda por su propio lado. No podemos tomar la parte por el todo y poner en el mismo saco a esa galaxia de mil millones de personas que, no lo olvidemos nunca, tiene a España como país desarrollado más próximo.

EL FUTURO DE AFGANISTÁN

Lo anterior conecta con la marcha de las operaciones bélicas en Afganistán. Como era de esperar, no parece que los bombardeos aéreos vayan a ser capaces de destruir ni la cohesión política ni la fuerza militar de los talibán. Además la historia de las intervenciones británica y rusa en ese país enseña que la imposible orografía afgana y la belicosidad de sus gentes hacen prácticamente segura la derrota de cualquier ejército extranjero que pise su territorio. Por ello, una vez superada la fase de castigo contra los talibán —nunca contra el pueblo afgano—, los aliados occidentales deben apoyarse en los mismos enemigos afganos de los talibán, tanto en la Alianza del Norte como de los grupos de *mujaheddin* pashtunes moderados. Las secuencias de las víctimas de los bombardeos que la cadena *Al-Jazira* transmite a todo el mundo árabe están fomentando, ante todo, la solidaridad de los pashtunes y de los islamistas pakistaníes, y por esa razón parece una mejor estrategia intentar explotar las divisiones existentes dentro de los talibán por razones ideológicas y tribales, para aislar al *emir* Omar y a su grupo de fanáticos, amigos de Ben Laden. Como decía en una entrevista el líder moderado afgano Abdul Haq, recientemente asesinado por los talibán, si su liderazgo es destruido, los talibán de a pie se marcharán a casa. Entonces se podrá entrar en una fase política, que tiene como pieza esencial la convocatoria de la *Loja Yirga* (Gran Asamblea) bajo la presidencia del rey destronado Zahir Sha, con la participación de todas las minorías étnicas

del mosaico afgano y, desde luego, de los pashtunes mayoritarios en el país, para construir un futuro pacífico para Afganistán.

Mientras tanto, es vital que el General Musharraf siga controlando, al menos como hasta ahora, a los fundamentalistas pakistaníes y a los elementos más radicales dentro de sus Fuerzas Armadas, culpables en gran medida del ascenso de los talibán al poder. En cualquier caso, un Afganistán unificado y en paz es requisito imprescindible para estabilizar la zona y poder pensar en explotar las riquezas petrolíferas centroasiáticas.

Todo lo anterior, así como la operación de desmontaje de la trama terrorista, va a llevar tiempo y requerir muchos medios. Ya sea por recoger los cacareados *dividendos de la paz*, tras el fin de la Guerra Fría, ya por una evolución ideológica de nuestras sociedades, los Gobiernos occidentales han descuidado en los últimos años los servicios e instituciones que clásicamente se han considerado los pilares del Estado (seguridad y justicia, de un lado, y relaciones exteriores y defensa, de otro), y que ahora deberán reforzar presupuestaria y operativamente. Otras actitudes y otros valores de nuestras sociedades deben cambiar también. Ojalá podamos, entre todos, aprovechar esta circunstancia tan adversa para construir un siglo XXI más pacífico y libre que el anterior. ALFONSO LÓPEZ PERONA

La estrategia indirecta

por **MIGUEL ALONSO BAQUER**

La opinión pública subraya que la respuesta de Occidente en Afganistán, tras la crisis abierta por los atentados terroristas en la metrópoli de los Estados Unidos, responde más a una estrategia indirecta que no se orienta exclusivamente a una victoria inmediata, que a una acción directa dominada absolutamente por el afán de lograr que el enemigo terrorista lo pierda inmediatamente todo. Y es cierto, en efecto, que el presidente de los EE UU ha optado por un designio estratégico donde las operaciones militares ocupan una posición subordinada o, al menos, concurrente con otras acciones de distinto nivel.

Lo que sobre todo resulta patente, y en notable medida sorprendente, es el predominio de la serenidad sobre el apasionamiento. Poco a poco se van conociendo los posicionamientos de los Estados que tutelan grupos terroristas, al tiempo que se clarifican, por otro lado, las actitudes de las organizaciones que desean se produzca pronto una represalia militar, no del todo afortunada, para redoblar la campaña que paralice a las unidades desplazadas hacia la zona de soberanía de aquellos Estados afines al fenómeno terrorista.

Ciertamente no hay indicios suficientes para pensar que tales Estados y tales organizaciones protectoras del potencial de acción subversiva realizan esfuerzos similares a los de Occidente para paralizar a los grupos terroristas. No los realizarán nunca; ni es previsible que adopten tan benévola postura a favor de las previsibles víctimas del terror. Tenemos, pues, en la lucha concertada internacionalmente contra un enemigo insidioso y violento, la evidencia de que éste no se va a entregar ni corre el riesgo de verse prontamente neutralizado. La nueva estrategia de los

grupos terroristas estará dominada por la idea de supervivencia y por la práctica del enmascaramiento.

La situación de los pueblos que ya se saben amenazados por el terrorismo internacional, y que hace unas semanas se creían invulnerables, aconseja que se les explique lo esencial de una estrategia indirecta de larga duración. Se trata de una estrategia activa, necesariamente orientada a producir daños, es decir, aniquilamientos y neutralizaciones, a un cierto ritmo, sin prisa y sin pausa. Es una estrategia de empleo constante, especializada en actuaciones por sorpresa, zona por zona. Es una estrategia combinada con presiones directas contra los apoyos financieros, políticos y sociales que se le brindan a los Estados protectores de los agentes del terrorismo; pero no es una estrategia obsesionada por la ocupación militar de territorios, ni siquiera de las capitales de los Estados de hecho alineados para la subversión de los valores occidentales.

La estrategia indirecta actualmente en curso es una estrategia doblemente elocuente, lo que no quiere decir que deba excederse en dar explicaciones *a priori*. Es elocuente respecto al adversario, ya que se le niega el descanso de una tregua y el disfrute de una retirada; y es elocuente respecto a la propia opinión pública, ya que a ella se le ofrece una serie siempre abierta de resultados positivos y ordenados a la progresiva disminución del potencial de agresividad ya acumulado por los terroristas. Pero no es un estrategia absolutamente resolutiva a medio plazo: cualquier enemigo que ya se haya iniciado en el terror lleva en su seno un grado de odio y de hostilidad que resulta inextingible, por su propia naturaleza.

Para ser verdaderamente efectivas, una estrategia de presión militar sobre un adversario encubierto ha de ponerse al servicio de una política de localización del conflicto, si se quiere que el conflicto no se generalice. Y así, en la situación internacional creada tras los atentados del 11 de septiembre, las acciones militares de réplica han de ocupar una posición subordinada a una política de mayor envergadura, que no se conforme con el mero diseño de planes de operaciones resolutivas.

Se trata de capturar a los principales sospechosos de haber desencadenado la agresión a las Torres Gemelas y al Pentágono, arrancándoles de sus

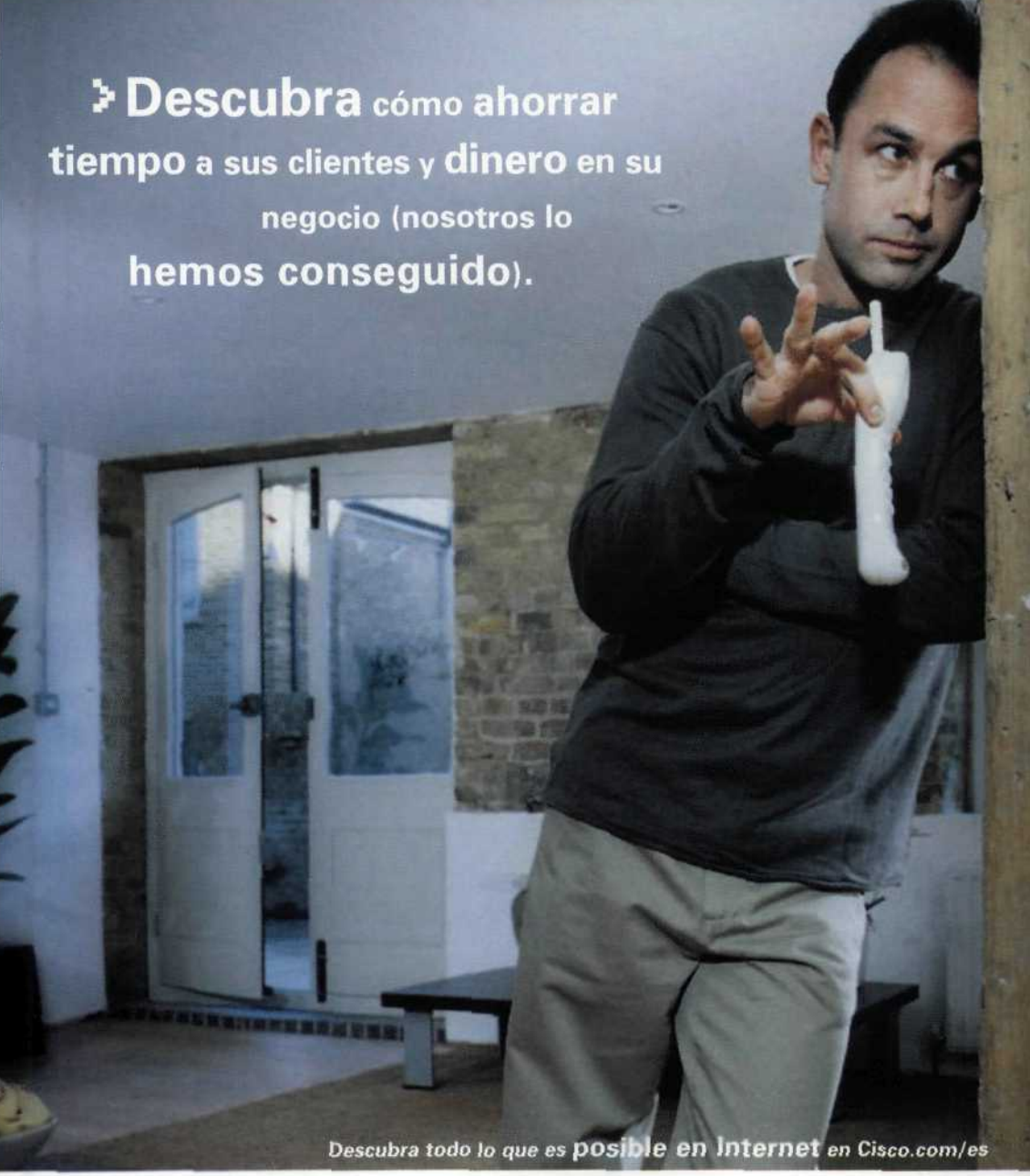
guaridas, dentro de una estrategia dirigida contra los Estados que se resistan a su inmediata entrega para verles sometidos a la justicia. El bombardeo de determinadas instalaciones en tierra viene precedido de unas pruebas que han dado ya los hombres que las ocupan; se tiene la fundada sospecha de que en ellas se preparan todavía nuevas agresiones, lo que legitimará una operación militar contundente sobre quienes las utilizaron y las utilizarán.

Por otra parte, la estrategia, de contenido más fluido, de apoyar militarmente a las partidas de guerrilleros hostiles a unos Gobiernos totalitarios, que se suponen cómplices del terrorismo, deberá emprenderse sólo para incoar un posible relevo político en esos países en favor de nuevos dirigentes, cuya conducta previsible como gobernantes resulte propicia al retorno de la paz en aquellos escenarios.

No se trata de realizar un escarmiento que deje paralizados a miles de hombres en el entorno geográfico de donde se supone emanaron las decisiones asesinas. Se trata de la prevención de la repetición de actos tan vituperables y en definitiva, del incremento de la seguridad de todas las gentes realmente amenazadas por el terrorismo. Con esta finalidad se ha desplegado un potencial militar disuasorio en una zona geográfica concreta, sin omitir, por cierto, la capacidad de ponerlo en acción.

El cambio oficial en la denominación de la operación militar en curso se inscribe en una política y en una diplomacia de mucho mayor alcance que una simple represión ejemplar. El salto desde el emblema inicial —«Justicia Infinita»— al lema en juego —«Libertad Duradera»— marca la maduración del conocimiento de la naturaleza del conflicto terrorista. La hipérbole «Justicia Infinita» se inscribía en la dialéctica de un crimen merecedor de un castigo. Allí, el adjetivo quería significar que el crimen era inconmensurable. Por lo tanto, se demandaba un enorme castigo. El lema «Libertad Duradera» expresa ahora la previsible persistencia de una dialéctica de voluntades hostiles. Aquí, se formula correctamente el afán de los Estados Unidos, orientado a que el ejercicio de las libertades permanezca sin interferencias indeseables, no sólo en las metrópolis sino también en las zonas más alejadas de Occidente.

En el fondo del problema que a todos nos preocupa —la urgente localización del área de la conflictividad— lo que late es una cuestión que,



A nadie le gusta esperar. Si quien espera es un cliente con un pedido, usted tiene un problema. Aquí es donde Cisco puede ayudarle. Contamos con el conocimiento y la experiencia necesaria para ofrecer soluciones en Internet que permiten a los clientes acceder a la información cuando la precisan y formular pedidos dónde y cuándo más les conviene. En pocas palabras, significa que usted puede agilizar su centro de atención de llamadas, mejorar el servicio y ahorrar dinero. Los resultados, pueden ser espectaculares. Gracias a Cisco, una compañía aérea internacional ha conseguido reducir su coste de venta en un 50%. Descubra cómo Cisco puede ayudarle en su negocio, visite Cisco.com/es

CISCO SYSTEMS

EMPOWERING THE INTERNET GENERATION™

©2001 Cisco Systems, Inc. All rights reserved.

perfil de portugal 2001

arte portugués contemporáneo/

Argumentos de futuro

colección MEIAC

del 15 de noviembre de 2001
al 31 de enero de 2002

Museo Colecciones I.C.O.
C/ Zorrilla, 3.
28014 Madrid

horario de visitas:
de martes a sábado
de 11.00 a 20.00 horas
domingos y festivos
de 11.00 a 14.00 horas
lunes cerrado

Fundación
ICO

Embajada de Portugal
en Madrid

sobre todo en el tiempo, es de seguridad más que de justicia o de libertad. Extender el conflicto forma parte de los propósitos de los grupos terroristas; localizarlo es la finalidad del compromiso ya adquirido por numerosos Gobiernos occidentales. Porque de lo que se trata es de avanzar en la garantía internacional de un mayor grado de seguridad para las vidas de los componentes todos de la población civil. La estrategia, en definitiva, no es otra cosa que la conversión de un territorio de guerra en morada de la paz.

Es natural que la gente se pregunte, nada más saber que ya se han iniciado los ataques aéreos al territorio afgano, qué relación guardan los resultados previsibles de los bombardeos aéreos con los movimientos por tierra de unidades hostiles al gobierno talibán. La memoria histórica y los recuerdos recientes de otras operaciones militares nos hablan de una inmediata utilización de las circunstancias que desde el espacio aéreo debilitan al adversario en beneficio del avance propio hacia los objetivos decisivos. Se piensa que si las acciones en tierra se demoran en el tiempo el adversario se recuperará y de nuevo ofrecerá una fuerte resistencia. En definitiva, lo indicado será bombardear de nuevo. Y así sucesivamente.

Esta manera de ver las cosas ignora la diferencia que en las operaciones militares se nos revela entre las maniobras estratégicas y las maniobras tácticas. La maniobra estratégica juega con la distancia y la maniobra táctica se sirve del contacto. La maniobra estratégica permite el movimiento para mejorar el despliegue propio y para perturbar el despliegue enemigo también. La maniobra táctica busca el choque, la confrontación , en las mejores condiciones para la victoria. Sólo después de una estrategia operativa bien ajustada a la situación puede ordenarse una táctica de combate con grandes posibilidades de ejercer pronto el dominio sobre el terreno disputado.

De aquí que la observación de la marcha de los acontecimientos militares deba hacerse con extrema cautela tanto en Afganistán como en cualquier otra parte. Lo que denominamos ataque en tierra supone para los efectivos propios un cambio de actitud que debe producirse por sorpresa. La actitud inicial de los efectivos militares enviados a la zona es siempre defensiva. Para completar su despliegue se precisa no perder

para estas fuerzas en ningún punto un fuerte grado de invulnerabilidad. La prisa acelerada es una mala consejera que repite siempre la misma cantinela «mañana será tarde». La prudencia paciente es una guía valiosa que se reserva el derecho a decir «cuándo y dónde».

Todo esto quiere decir que lo probable, si las cosas se hacen bien, es que transcurra un periodo de tiempo entre la fase en la que todo son maniobras estratégicas en profundidad y la fase en la que existe la maniobra táctica ofensiva sobre la presunta línea del frente. Este periodo de tiempo puede y debe ser utilizado por ambas partes para muy variados menesteres, entre ellos para ganarse a la opinión pública internacional. También quizás, para confiar en algún cambio climático. Por último, incluso, para provocar un derrumbamiento político en la retaguardia enemiga.

La observación de todas y cada una de las variables de una confrontación bélica le pareció a Clausewitz una ciencia más complicada que la astronomía de Euler. Lo que no significa que vayan a producirse resultados ajenos a la efectiva superioridad del mejor de los ejércitos en presencia. Significa que la incertidumbre se constituye en un elemento esencial del arte de la guerra. MIGUEL ALONSO BAQUER

Todos somos todo

Rafael Llano considera uno de los aspectos de la obra de madurez de Cézanne como criterio para evaluar las interpretaciones de la historia nacidas con la Ilustración europea y que han estado operativas, por señalar una fecha notoria, hasta la caída del muro de Berlín. Una «lógica total», como la que configura la obra de ese pintor, sirve también para enjuiciar las distintas versiones de lo que, hasta el 11 de septiembre, se había llamado globalización y que, después de esa fecha, parece necesitado de una intervención de urgencia, que pueda sacar a Occidente del colapso en el que se encuentra.

«El camino del color —recordaba Picasso los comienzos de su carrera artística— estaba cerrado para nosotros; era imposible llegar más lejos que Cézanne por ese camino». Aquel pintor francés que se convirtió, en efecto, en maestro insuperable de la pintura moderna, no dispuso sin embargo de una guía autorizada para hallar y no errar su camino. A puros tanteos iba tras un método plástico que le permitiera hacer progresar una tradición cromática que unía a Corot con Delacroix y con Monet. Y como no lo encontrara allá donde se fraguaba entonces la pintura francesa —en París—, optó por un retiro provinciano, un financieramente más cómodo *midi* mediterráneo, donde continuó en solitario su camino.

Allí le sorprendió el *mezzo della sua vita* sin ser otra cosa que un anodino actor de una *divina comedia*, la que presenciaba su mujer cada día y premiaban a pedradas los chavales del pueblo. Pero este purgatorio un tanto cateto a él no le arredró, fue fiel a lo que hacía contra viento y marea, contra el parecer de aquellos hortelanos, a los que el destino pronto burlaría.

A aquel pintor de sucio gabán le llegó el momento de reconocer el rostro de Beatriz, es decir, para él, la lógica de la luz que amaba. Liberado del infierno de sus dudas, trabajó desde entonces febrilmente en la construcción

de un magnífico, imposible paraíso. Tanto anduvo por el territorio espiritual así descubierto, tan poco descansó físicamente (la semana entera marchaba al tajo, salvo la mañana del domingo, que desayunaba como un burgués, con su camisa blanca), que abrió al color horizontes ilimitados.

La lógica de la luz descubierta por Cézanne la compendia este axioma: que no existen colores locales. Nada se opone en principio a que la superficie virgen de un lienzo quede cualificada con tantas partes de color como uno quiera, desde luego. Pero es un error, según Cézanne, creer que cada una de esas cualificaciones cromáticas no produce en el todo consecuencias decisivas. El pintor francés descubrió bajo el cielo de Aix-en-Provence que cada pincelada singular, cada nota individual de color modifica necesariamente los colores de su entorno y, modificado éste, también el todo. El azul cobalto de una mancha contigua a un blanco cadmio no es el mismo azul cobalto de una mancha, de similares proporciones, pero yuxtapuesta a un siena tostado. La luz no es avara, a cada porción de realidad da lo suyo y un ojo educado y atento no yerra en la percepción de las diferencias reales.

Ni siquiera, según Cézanne, puede decirse que el pintor haya de emplear el «dibujo» en sus cuadros. Nunca es una «línea» pura, como la que trazaría un lápiz sobre el papel, lo que distingue de su entorno a las figuras. Porque la luz actúa de modo distinto en cada segmento del límite de una superficie. El color local depende aquí también de su relación con las partes contiguas: el codo de una americana marrón oscuro podemos verlo de modo distinto a como apreciamos el puño de la misma prenda, si el codo del fumador de pipa vestido de esa guisa se apoya sobre una mesa y su puño, en cambio, sujeta un rostro melancólico, cetrino.

La misma tela, pues, la misma prenda, el mismo dueño, la misma mesa desgastada de un bar de provincias y, sin embargo, ninguna superficie en un cuadro que pueda ser definido por una línea, ninguna división que separe tajantemente, «lógicamente», lo que es cuerpo de lo que es atmósfera, lo que es codo y lo que es mesa, lo que es límite de mano y lo que es límite de rostro. «Modelar» el volumen de las figuras mediante pinceladas que configuran minúsculos planos de color: eso es lo que tiene que realizar un pintor que haga justicia a la luz, sin recurrir al más cómodo, por rápido y por más lógico, dibujo por medio de líneas y puntos.

LA MODERNIDAD, UN HORIZONTE DE COMPRENSIÓN FRUSTRADO

No sé bien por qué el pensamiento europeo ha tardado tanto en aprovechar éstos y otros logros de la actividad artística. Primero fue el prestigio de la ciencia griega que, llevada a Europa por los árabes y vertida a lenguas cristianas, sirvió como modelo al nuevo arte occidental, que se independizaba por entonces de Bizancio. Los hijos del pueblo que pintaban, esculpían o interpretaban instrumentos junto a cocineras, mozos de establo y guarnicioneros —el *popolo grasso* que se ocupaban de *officii* menores—, vieron con gozo cómo Alberti, Piero y Leonardo ajustaban su quehacer a las condiciones científicas con objeto de transformar su trabajo manual en saber universal, en facultad divina y, así, en trampolín de legitimidad para saltar a la clase de arriba.

Luego la Modernidad aceptó determinadas hipótesis geométricas (relativas a la homogeneidad del espacio) y físicas (relativas a la constancia de las fuerzas naturales) como principios de unas ciencias demostrativas que se llamarían empíricas, y que probaron ser de una eficacia cognoscitiva tal, que a ningún pensador ilustrado se le ocurrió mirar en otra dirección en busca de modelos alternativos: que hubiera algún tipo de experiencia guiada por descubrimientos inteligentes y que no fueran la homologada por las ciencias empíricas, eso pareció inconcebible.

El proyecto kantiano consagró el cisma entre la realidad racional —inteligible— y la empírica —sensible, fuente de emociones, pero incomprensible—. La lógica es soberana cuando se investiga a sí misma, dijo Kant; pero nada más que cuando se investiga a sí misma. Por su parte, la realidad en la que vivimos (es decir, aquella en la que no sólo pensamos), se encuentra dominada por demonios que no obedecen a nuestras razones. Pero hasta qué punto los trabajadores de la experiencia sensible, como Cézanne, se alejaban sin remedio de los profesionales del concepto, lo ilustra del mejor modo el ensayo filosófico de Hegel.

Si el de Prusia era un ciego voluntario, un creyente practicante de la racionalidad sin experiencia, había, según Hegel, que convocar a la experiencia, a la historia, de nuevo al pensamiento, pero no recuperando esa

perdida realidad sensible, sino dando otra vuelta más al torno de la lógica: a ello se orientaba el hegeliano sistema de conceptos en movimiento.

El filósofo de Jena declaró que si la experiencia no era conceptualmente inteligible —«todo lo real es racional»— y, además, no era susceptible de una dialéctica *oppositorum*, entonces habría que estar seguro de que esa realidad no lo es más que en apariencia. Toda experiencia inteligible genera necesariamente su contraria, según este dogma lógico y, después de contender y luchar entre sí, una cosa y su contraria milagrosamente se reconcilian, se sintetizan y proceden a crear, después de autoinmolarse, el *novum*, el milagro, lo inédito.

Es verdad que la filosofía había reconocido desde Platón, tanto en las ciencias como en las artes —en general, en toda potencia— facultades para pensar o producir cualidades contrarias. Quien es capaz, por ejemplo, de dominar lo grave ha de poder dominar también lo liviano, en el ejercicio de la facultad constructiva que llamamos arquitectura; quien es capaz de proponer demostraciones concluyentes —verdaderas— ha de ser capaz también de refutar otras sólo en apariencia evidentes —sofísticas—. Siendo esto así, sin embargo, ni siquiera a Aristóteles, que llevó hasta el extremo el empleo de la dialéctica y de la división sistemática (los géneros y las especies), nunca se le ocurrió construir un fantasmagórico sistema donde la Lógica tuviera que hacer su aparición para disolverse luego ante la Física y ésta luego ante la Ética y finalmente todas ante el Estado.

El Estado como resultado de una lógica dialéctica es uno de los más graves errores de nuestra época —mejor: de la época anterior a la nuestra—. Marx anotó que la historia de las instituciones elige siempre el peor de los desarrollos posibles, lo que seguramente halla confirmación en la evolución de los Estados europeos poshegelianos (como también en la de los marxistas). Porque de acuerdo con esta dialéctica, un Estado francés plenamente desarrollado excluiría necesariamente el desarrollo de las potencialidades contenidas en la idea de un Estado alemán; y las de un Estado prusiano las de otro polaco; y las de un imperio turco las de otro ruso, y así con todas las naciones que se sintieran entonces convocadas a ser modernas. Una primitiva pintura en blanco y negro.

Los Estados entendidos según la dialéctica *oppositorum* —los Estados nacionales europeos— consideraron los elementos de su historia peculiar como un primer nivel de diferenciación excluyente frente al resto de los Estados. El relato de los sucesos constituyentes del pueblo, más o menos mitificados, eran suficientemente operativos en una fase que podríamos llamar poética —o, al menos, pseudopoética, como en Wagner—. A la larga, sin embargo, y frente a otros mitos nacionalistas que daban vida a otros Estados, resultaron insuficientes. Ni las acciones de los hombres ni su concreta biología permiten diferenciar netamente unos pueblos de otros, porque tales rasgos se difuminan en la noche ancestral de la humanidad. Así que seguíamos a oscuras.

Así que los ideólogos echaron mano de la ética, de los valores morales. Como la identidad de los pueblos había sido en gran parte configurada por las religiones, la formación de sus conciencias y los cultos tradicionales, los elementos espirituales se introdujeron en el torno de la dialéctica para obtener un nuevo caldo de cultivo para el Estado: el inglés —anglicano— resultaba incompatible con un Estado irlandés —católico—; un unificado alemán —protestante—, incompatible con una comunidad judía en su seno —un Estado dentro del Estado—; un imperio del zar ortodoxo, incompatible con el del Gran Turco mahometano.

Claro que todos estos valores religiosos no eran considerados por sí mismos, su belleza y su función humanizadora no importaba, sino que estaban ordenados *ad maiorem gloriam civitatis* (según la lógica excluyente de la dialéctica *oppositorum*, no lo olvidemos). De ahí que, llegado el momento en que la competencia entre los Estados se hallaba en un punto comprometido de indeseables victorias, la organización de la fuerza pura —el Ejército nacional— reemplazó a los mitos, a las religiones nacionales e inició una inédita fase de barbarie a partir de la que, según la inexorable lógica de Hegel, habría de surgir la gran monarquía universal que regiría al mundo de acuerdo con una incontrovertible lógica —la alemana—.

No voy a recordar cuántas muertes empíricas, cuánta experiencia concreta de dolor y de humillación, grabada para siempre en la memoria de nuestro género, hubieron de emplearse para convencer a estos pseudofilósofos transportados en carros acorazados de que la Ética no se subordina al

Estado, ni ambos a la Lógica de los contrarios. En este mismo número de *Nueva Revista* publicamos un ensayo del realizador de cine polaco Zanussi, quien, a propósito de su experiencia como ciudadano de un Estado poshegeliano, ha comentado en qué vino a parar la lógica de la contradicción —en un interesado expediente para justificar lo absurdo—.

Tampoco la enmienda que aquel judío economista hizo a la lógica de Hegel trajo los frutos apetecidos. Marx creyó más que nadie en la lógica de los opuestos, lo que pasa es que la aplicó no a los Estados, que se desarrollaban impetuosamente en Europa después de Napoleón, en versión nacionalista, sino a unas realidades transnacionales, transestatales, que eran las clases sociales. Además, declaró la técnica de producción como *partner* inexcusable en este negocio del desarrollo progresivo de la historia. Lógica *oppositorum* más máquina de vapor y toda su progenie, en eso consistió la receta sapiencial de Marx. Si la poderosa Racionalidad alemana se ve reforzada con la Ciencia Económica inglesa —si al concepto le sumamos la experiencia técnica, y ambas las escribimos con mayúscula—, ¿qué podrá oponerse al necesario progreso histórico del proletariado?

Como en *Kagemusha* de Kurosawa, también en el cuadro de la Revolución rusa, donde los postulados de la ciencia marxista se ponían en práctica de modo violento, intervenían dos bandos de caballería marcados por gualdrapas de colores: había unas rojas y otras blancas. Los segundos perdieron frente a la Revolución y se exiliaron en Occidente. Luego los rojos supieron que la lógica de los opuestos y la economía materialista solas no bastan, sino que había que formar unos cuadros capaces de liderar la puesta en escena cotidiana de la Revolución, y agruparlos en torno a un partido, depósito único de la inteligencia democrática y único ejecutor de las mandas revolucionarias.

Supresión de los derechos civiles, violencia, exilios forzosos, campos de concentración, ejecuciones colectivas: en esto consistió la puesta en práctica de esa lógica histórica liderada por los Partidos Comunistas, según la cual todo el que se contara entre aquellos *oppositorum* al régimen estaba abocado, con lógica de necesidad, al exterminio. La lógica marxista-leninista sublimó místicamente la lógica de la exclusión y

desde entonces todo lo que no era rojo era blanco, sin término medio, sin matices: los que no eran amigos eran necesariamente enemigos.

Tampoco voy a detallar aquí la verdadera historia de los opositores a los regímenes comunistas, de la que todos sabemos algo. La caída del Muro de Berlín señaló el comienzo de una secuencia de transformaciones en todos esos Estados, que llega hasta nuestros días. La abultada factura a la que se enfrentan los ciudadanos de esos Estados del Oeste europeo por los desastres del pasado; los dolores empíricos, la humillación concreta, en muchos casos la total sensación de desamparo y una hiriente desesperanza, vividos día tras día, son la prueba irrefutable de hasta qué punto la lógica *oppositorum* conduce a un callejón sin salida.

OCCIDENTE
FIN DE MILENIO

Tras el colapso del comunismo, Occidente no pudo más que celebrar el inequívoco triunfo de esa lógica de oferta y de demanda, en que consistía el occidental mercado. A comienzos de los noventa, el liberalismo abrió botellas de champán sin número, para celebrar su triunfo y para incitar a las masas a vaciar los mercados. Y resultó. No obstante estar presidido su Gobierno por un demócrata, nunca una nación había consumido más y desarrollado tanto las potencialidades del mercado, como los EE UU en la pasada década. El Estado, no contento con promover los derechos asistenciales y de formación de los ciudadanos, acabó por primera vez la década con números negros. La incertidumbre milenarista ante el efecto 2000 se disolvió como una burbuja de jabón, desplazada por la onda consumista.

Los avances técnicos, cruciales como desde Marx sabemos que son en el desarrollo de las sociedades, no fueron menos espectaculares en la década pasada. Empezamos a hablar de la «globalización» con manifiesta satisfacción, de la «red de redes» como del fin de la historia. Nos referíamos a ese tupido sistema amorfo de relaciones informativas, económicas y personales, posibles merced al empleo de los materiales de gran capacidad conductiva y a la transformación de la corriente eléctrica en sistemas de computación. La lógica de Bool encontraba una aplicación inmediata y universal en los sistemas digitales que, en apariencia, se revelaron capaces de resolver todos los problemas del mundo, siempre que el sabio de

nuestros días —el ingeniero— encontrara el modo de reducirlos a esta fórmula: pasa o no pasa (la corriente eléctrica). Todo el material informativo, todas las conversaciones, todas las transacciones, todos los pensamientos, afectos y pasiones hallaban su reducción a esta lógica binaria, según la cual el universo entero resultaba cabalmente comunicable gracias al sistema de pasa o no pasa, voltio o no voltio, luz o no luz.

La lógica digital del mundo globalizado prometía resolverlo todo en el mundo financiero y económico, científico y militar, personal y colectivo, democrático y estatal. Haberse incorporado, o al menos desearlo ardientemente, al mundo global era sinónimo a finales de los noventa de avanzar necesariamente en el camino del progreso.

Si a estos elementos pudiéramos añadir avances en el dominio de la cultura, entonces tendríamos que reconocer que la historia gasta pesadas bromas a sus intérpretes. Porque Marx soñó un paraíso social en el que el empleado fabril abandonaría el recinto industrial a media tarde para ocupar su ocio vespertino en actividades de pesca y luego, al atardecer, ya en casa, componer odas — pero este paraíso no se realizó en los países del Oriente europeo, a pesar de sus *Razzia* y sus *Stasis*; ese paraíso era el pan cotidiano de la mayor parte de los ciudadanos de los Estados occidentales.

A este respecto, es inevitable reconocer que en nuestras sociedades se han afianzado los roles de la opinión pública, la industria editorial y la industria del cine, entre otros aspectos culturales; al menos así nos lo parece, a juzgar por las cuentas de explotación de no pocas empresas en estos sectores. Nada de ello, sin embargo, garantiza que los ciudadanos se hayan apropiado de los bienes de la cultura que se ofrecen por esos medios (hay más bien motivos para pensar que ocurre justamente lo contrario).

Pero demos de barato que los individuos de las sociedades occidentales han sido formados en general de acuerdo con conceptos científicos, tanto en el nivel de la enseñanza elemental como, sobre todo, en el universitario, al que ha accedido gran parte de la población; que esa formación científica ha permitido criticar las opiniones vertidas en su entorno, en los medios de comunicación como en la calle y en las instituciones; que, por tanto, se ha democratizado la Ilustración y toda una sociedad vive sin prejuicios, libre de dominación.

Si, como hemos dicho, en lo económico, estos ciudadanos son «ni guapos que encantan ni feos que espantan», porque tienen el poder adquisitivo de las clases medias; si, por añadidura, los derechos de estos ciudadanos son habitualmente respetados o defendidos, en caso contrario, por una eficaz, racional, no corrupta administración de justicia: la sociedad de tales ciudadanos representa, me parece, aquel estado final de una sociedad sin clases en la que Marx estaba pensando y que él había confiado, inútilmente, no a la lógica digital de origen booliano sino a la dialéctica de los opuestos de origen hegeliano.

11-S En este paraíso electrónico, civilizado, urbano estábamos trabajando un día cualquiera, un ordinario 11 de septiembre, cuando nuestra lógica probada se vino abajo. Una docena de apóstoles del terror decidió inmolarse y, en su inmolación, arrastrar criminalmente a cientos, miles de víctimas inocentes. Sobre el centro del que, se suponía, dependía la seguridad de Occidente, hizo pocos minutos después puntería un avión secuestrado. Se hablaba de otras máquinas capturadas que volaban hacia objetivos neurálgicos; el presidente de la nación más poderosa del mundo parecía darse a la fuga. Los dos colosos erigidos contra la lógica del suelo y del cielo, símbolos del capitalismo, volvieron al polvo del que habían nacido.

En muy poco tiempo, toda la satisfecha seguridad del ciudadano occidental quedaba reemplazada por pérdidas humanas, ansiedad, carbunco y psicosis; los mercados financieros echaron *sine die* la tranca por temor a fatales reacciones pánicas; hasta entonces semivacíos, los templos se abarrotaron de gentes de multitud de razas, creencias y procedencias, ciudadanos americanos congregados en espacios comunes, sagrados, para demostrarse a sí mismos que permanecían unidos, que huérfanos aún no estaban.

FIN DEL *CAPITALISMO APOLÍTICO* Es difícil precisar cuánto ha cambiado la lógica de nuestra civilización desde aquel día. Una parte ha desaparecido para siempre, como esas Torres Gemelas; otras permanecen sepultadas entre sus escombros y hay pocas esperanzas de hallarlas con vida. Los acontecimientos

nos han arrastrado como un alud que nos sorprendió en plena ascensión a las cumbres de la tarea cotidiana. Aún magullados, podemos entrever algunos principio nuevos, algunas ideas necesarias.

Empezamos, por ejemplo, a intuir que difícilmente volverá a existir ese «capitalismo apolítico» del que estaba tan orgulloso el empresariado occidental. Weber contrapuso el «capitalismo burgués», que ha dado origen a nuestro sistema económico y cuyo máximo símbolo eran estas Torres Gemelas, al «capitalismo de Estado» y al «capitalismo de aventureros», extendidos por doquier en la Antigüedad. El comerciante burgués no se beneficiaba de las grandes operaciones estatales, ni de sus grandes corrupciones, sino que entendía la explotación de su capital como algo «doméstico», su negocio como una «casa» comercial que, por no tener en principio deudas políticas, tampoco asumía responsabilidades de ese orden.

Veámoslo desde este otro punto de vista: la (desastrosa) experiencia de la civilización occidental había conducido a proclamar una lista de derechos humanos universales, irrenunciables. Esa es la palabra que la civilización europea ha pronunciado, primero para sí, luego para los hombres y países del universo. La declaración de los derechos humanos es el corazón de nuestra civilización, hacia la que confluyen y en la que se expresan las mejores tradiciones de nuestra historia y en la que se apoyan los pilares de nuestros proyectos comunes.

Pero el *homo oeconomicus* de la modernidad nunca se ha sentido vinculado al desarrollo de los derechos humanos en toda su extensión. Él ha pensado que su actividad económica era una modesta prolongación de su *ethos* doméstico, ajeno a la promoción e implantación de esos derechos en todos los niveles en los que se mueve su actividad. Él ha dejado todos los grandes fines de la humanidad —la libertad, la educación, la seguridad individual—, todo rasgo de filantropía, en manos del Estado. Una cosa ha aceptado el burgués: pagar religiosamente los impuestos que el Estado le demandaba. El burgués occidental operaba socialmente bajo el lema tautológico de «el negocio es el negocio» mientras, como la avestruz, escondía la cabeza bajo tierra ante la complejidad de lo real: él ya pagaba impuestos a los gestores del bien común.

La aniquilación de las Torres Gemelas no ha acabado con el capitalismo. Ese sistema económico al que nos ha abocado la progresiva racionalización de las energías laborales y de las fórmulas mercantiles ha demostrado ser «la joya de la corona» del sistema de vida occidental. A él entregamos libremente la mayor parte de las horas del día —de nuestra vida—, porque ya no sabemos labrar el suelo, ni echar las redes de bajura, ni moldear en el torno la arcilla. De ese capitalismo no depende sólo el pan nuestro de cada día, también nuestra vida familiar y ciudadana, nuestro descanso y nuestra cultura, en definitiva: gran parte de nuestro equilibrio interior, de una vida libre de angustia.

Y sin embargo, ese capitalismo que forma parte inextricable de nuestra vida ha de comprometerse infinitamente más en el desarrollo universal de los derechos humanos. Son tales las potencialidades de la empresa capitalista que resulta vergonzoso que haya «solucionado» la vida material y el equilibrio psíquico de sólo unos cientos de millones de individuos: ¿por qué no son unos miles de millones, por qué no la vida material de todos los hombres?

La madurez de los mercados financieros, de las redes de comunicación y de transporte, de la lógica de la contabilidad mercantil y de los intercambios, asociaciones y ventas —de todo eso que se ha llamado la «globalización» de las condiciones técnicas de la producción capitalista—, no puede ir acompañada de la mentalidad «doméstica» del viejo burgués. El empresario posburgués ha de ensanchar su alma y perseguir fines globales, para hacer de su América lucrativa una organización de alto rendimiento civilizatorio.

Este nuevo empresario globalizado se sabrá responsable no sólo de sus inversiones en el extranjero, sino también del contexto social, político y cultural de los países donde estas inversiones se realizan. Sabrá que la ausencia o vulnerabilidad de las legislaciones laborales no son sólo oportunidades ventajosas para su explotación, sino más bien importantes deficiencias que ha de ayudar a subsanar. Tendrá que saber que una Administración corrupta no es solamente el origen de un gasto más, que se incluye en el presupuesto, sino un cáncer para los ciudadanos de un Estado, contra el que hay que luchar. El empresario posburgués ha de saber que la

creación del contexto social en el que resulta posible que los seres humanos ejerzan su libertad, escogiendo para sí un destino, no es algo que promocionan monjas, hombres y mujeres filantrópicos y otros seres semilunáticos, sino la tarea diaria de los trabajadores y directores de su organización.

El empresario posburgués estará comprometido con todo eso que había puesto hasta ahora en manos del Estado o relegado al altruismo de las organizaciones de voluntariado, o no será en absoluto: porque para cada rascacielos que levante su capital habría nacido en alguna parte del mundo un fanático dispuesto a derrumbarla; por cada carro blindado que haya vendido a no importa qué Estado violador de los derechos humanos se va a encontrar con un loco dispuesto a llevar consigo al infierno a ciudades enteras.

Si el empresario quiere sobrevivir en esta época posburguesa, no podrá ya confiar en una lógica exclusivamente económica. Sus categorías de maximación de recursos, capitalización o financiación tendrán que entrar en aleación con otras netamente políticas, como desarrollo sostenido de los individuos y sus familias, seguridad, expectativas laborales, solidaridad, honestidad, corresponsabilidad, etc. El mundo ya no se puede solamente dibujar: hay que pintarlo.

Y si ahora tratamos de orientarnos tras el ataque al edificio del Pentágono, en Washington, tendremos que superar probablemente este otro aspecto de la vieja lógica burguesa unidireccional: el principio que consagraba la separación entre la ciudadanía y la defensa, entre los ábacos y el armamento.

FIN DE LA *POLÍTICA AMILITAR*

Esa separación ha definido al ciudadano burgués frente a todos sus predecesores. Al final de *El banquete*, cuando la mayor parte de los actores platónicos ha sucumbido a los efectos de la abundante bebida servida por los esclavos, Alcibiades, que es el único capaz de vaciar tantas copas como Sócrates, pondera, en su discurso final amoroso, el coraje del filósofo en el campo de batalla, su disciplina, su capacidad de sufrir frío y hambre, su coraje y su fuerza física. Sí, Sócrates no era solamente un modelo de ciudadano culto, el hombre inteligente capaz de hacer sabio al esclavo y necio al retórico; no era sólo un hombre prudente,

consejero buscado de los políticos: era además un soldado que, como glosó Weber hablando del tema, no «se acojonaba» en el campo de batalla.

También el ciudadano romano era soldado; el bárbaro era soldado y luego llegó a ser ciudadano; el caballero cristiano era un hombre armado a caballo; y el monarca renacentista y el papa y el rey absoluto eran asimismo caudillos militares. El capitán Aldana. Napoléon movilizó a los franceses cuando con violencia creó un imperio: una noche de amor en París, decía, resarciría a las víctimas francesas, tendidas sin vida en el campo de batalla. Pero al burgués le incordiaban todos los servicios de ronda, la reparación de murallas y, en caso de guerra, la recluta forzosa. Él prefería la tienda, el negocio. Así que se redimió de sus obligaciones castrenses con dinero. Cuando los Gobiernos crearon los ejércitos nacionales, él no se pudo ausentar siempre que quiso. La historia, sin embargo, vino en su ayuda, pues el inaudito resultado de los dos enfrentamientos mundiales de ejércitos nacionales reforzó su opinión de que las Fuerzas Armadas era cosa del pasado; que los militares no han de contar en la política y que la última versión del ciudadano burgués no venía obligada a rendir servicios que incluyera coste personal alguno.

Vivos, acaso por milagro, entre los escombros del edificio del Pentágono, en Washington, intuimos sin embargo que esta lógica burguesa se ha acabado. No que haya llegado el momento de la reorganización de ejércitos de reemplazo; no que un nuevo patriotismo de ¡Hurra Occidente! o ¡Arriba España! —o América o Italia o Alemania— haya de vibrar por los altavoces en las plazas, en los aparatos de radio, en nuestras gargantas; ni que los mandos militares tengan que tutelar o, en su caso, suplir otra vez a los Gobiernos democráticos. En nada de eso estoy pensando, sino en la necesidad de ser consciente de que la defensa de los valores que articulan nuestra convivencia puede exigir altos costes personales y no excluir tampoco el cara a cara con la muerte.

Si hay enemigos de los valores de nuestra civilización dispuestos a morir librando su batalla; si los derechos de los ciudadanos y las ciudadanas, la promoción de la prosperidad y la igualdad, los regímenes democráticos, la investigación científica y la universalización de la cultura son contendidos por sus enemigos hasta la muerte, sus defensores tendremos

que disponernos a estar a una misma altura de convicción, para dar respuestas de intensidad no menor que la de aquéllos. Ninguna técnica militar, ningún presupuesto extraordinario del Congreso, ninguna operación bélica incruenta puede garantizar la defensa cabal de los valores fundamentales en los que creemos.

Nada menos que Thomas Mann justifica, en el ensayo que publicamos en este número de *Nueva Revista*, la necesidad de que todo ciudadano haga frente al enemigo de los valores que él profesa, hasta llegar, si es preciso, a afrontar la muerte. Si por falta de auténtica convicción en lo que representa nuestra cultura; si por debilidad o blandenguería los ciudadanos occidentales no somos capaces de defender, primero con la diplomacia, luego con presiones económicas y, si llega el caso, con las intervenciones armadas, los derechos humanos, entonces es que no somos dignos de esos derechos: es que somos merecedores de que nuestros enemigos —ésos que apalean a una mujer porque sale a la calle sola, ésos que publican una lista con los nombres de aquellos que pronto aparecerán muertos— nos dominen, apaleen a nuestras mujeres y maten a nuestros conciudadanos y amigos, si así lo desean.

Es verdad que no anhelamos la resurrección de ningún caudillo ni la reaparición de fervorines patrioteros de ningún tipo. Como los ciudadanos atenienses antes de partir a luchar contra el oriental —el persa—, nos aflojaremos las armas, nos sentaremos en el suelo y diremos a nuestro jefe: explícanos tus razones. Y cuando hayamos oído que luchamos por la dignidad del ser humano, por sus derechos inalienables; cuando tengamos pruebas de que nuestros enemigos son los enemigos del hombre; cuando estemos ciertos de que no combatir tales y tales indignidades nos hace a nosotros mismos indignos, entonces nos levantaremos, ajustaremos de nuevo nuestra impedimenta y, entonando canciones, marcharemos orgullosos contra un enemigo acaso mucho más poderoso que nosotros, pero animosos para combatirlo y vencerlo o morir en el intento.

El hombre occidental posburgués, pues, habrá de admitir por un lado que la lógica de la comunidad de la que él es miembro —el Estado— llega más allá de la vida cotidiana, la existencia ordinaria y la conservación de la especie; que la obediencia política —en nuestro caso: a los

BBVA net plus

Invierta en Bolsa por el camino más rápido.

Con BBVA net plus podrá operar al instante, a través de Internet, en los mercados financieros, con muchas ventajas:

- Accederá a los principales Mercados Internacionales y a la información del Mercado Continuo.
- Contará con informes de los especialistas en inversiones de BBVA y con un servicio de asesoramiento telefónico personal en horario de mercado.
- Sus órdenes, compras, ventas, se ejecutarán directamente a través de Internet.
- Dispondrá de sevicios de noticias sobre mercados financieros.

Y además, si contrata ahora este servicio, tendrá las siguientes ventajas durante todo el año 2001:

- Comisiones reducidas por las operaciones en Bolsa.
- Acceso gratuito a información del Mercado Continuo y sobre cotizaciones y noticias de los principales mercados mundiales.
- Acceso gratuito a los informes de nuestros especialistas y al asesoramiento telefónico.
- No pagará cuota mensual.

Si desea más información o contratar BBVA net plus, acceda a la dirección de Internet www.bbvanetplus.com, o si lo prefiere, llame a Línea BBVA, 902 22 44 66 - 902 18 18 18, o acuda a cualquier Oficina BBVA.

BBVA

Banco Bilbao Vizcaya Argentaria

OFERTA NUEVOS SUSCRIPTORES

LA GACETA
DE LOS NEGOCIOS

Dinero
INTELIGENCIA EMPRESARIAL

Oferta para nuevos suscriptores* de "LA GACETA DE LOS NEGOCIOS" y "DINERO"

Desde hoy puedes suscribirte por solo 65.000 ptas. /año a las 2 publicaciones, y conseguir uno de estos regalos

1

Un traje a medida, confeccionado por MISTER TAILOR. (En Madrid).

2

Dos Raquetas de PADEL y una bolsa de deportes. Modelo: negocios.com Peso: 370 / 390 grs. Pala para jugadores de alta competición.

3

Una alarma con 2 puntos de vigilancia, completamente instalada en tu hogar u oficina por ALARMAS 24.

4

Un reloj SANDOZ a elegir entre dos modelos de hombre y mujer.
Modelos a consultar.

SANDOZ
SWISS MADE SINCE 1870

5

Accesorio TOPCASE para C1 de BMW en caso de que compres una

BMW C1.

Teléfono de suscripciones:
91 432 76 17

OFERTA NUEVOS SUSCRIPTORES

Gobiernos democráticos— es debida en la vida y en la muerte. A nadie se le puede pedir que muera por una fe, por un dios, en cuya existencia no cree; pero al ciudadano se le podrá pedir que dé su vida por unos valores que él representa, si quiere ser ciudadano. Sócrates no se acojonaba en el campo de batalla, por más que toda una herencia de sabiduría pudieran malograrla en un segundo unos bárbaros.

El ciudadano posburgués habrá de intentar, pues, la soldadura de dos elementos divorciados hasta ahora en nuestra cultura: la democracia —ese régimen que es el más útil para la mayoría— y la nobleza —la capacidad de hacer algo inútil, pero hermoso, de la que ha tiempo hicieron gala algunas minorías—.

El régimen democrático ha dispuesto de leyes y de coacción física para proporcionar seguridad a los ciudadanos burgueses, hacerles más ricos, garantizar su instrucción, afianzar su cultura; el régimen aristocrático —porque *nobleza obliga*—, nada temía sino una vida y una muerte indignas de un ciudadano; nada material le preocupaba, sino gastar poca riqueza en causas bellas; y nada le frustraba tanto, como la incomunicación de su cultura y de su ciencia.

Al ciudadano posburgués que vemos emerger entre los escombros de la *Gran Manzana*, lo comprendemos enriquecido por el capitalismo, pero no en disposición de regalarse ilimitadamente a sí mismo, sino listo para emplear liberalmente su caudal en la promoción social de otros individuos. A ese noble posburgués le vemos muy seguro de los valores que articulan la convivencia civil, pero no hasta el punto de perseguir una vida de blanda ociosidad, custodiada por unos guardaespaldas que él ha contratado a sueldo; tan pronto como la defensa de los valores humanos lo reclame, acudirá a la tribuna de opinión pública, a los foros internacionales, a los congresos de paz y, si hace falta, a los frentes de batalla, para proclamar con su vida y sus acciones la vigencia de esos valores. El noble ciudadano posburgués, finalmente, estudiará, se formará, se cultivará pero no con el afán enfermizo de quien quiere dar sentido a su vida en lo infinito de la cultura, adquiriendo un barniz de erudición vacía.

Llegamos así a una tercera revisión de dos elementos que, separados hasta el 11 de septiembre en la conciencia de los ciudadanos occidentales,

por herencia de la Modernidad, reclaman ahora renacer en buenos términos. Me refiero a la razón y a la sabiduría.

CIENCIA Y SABIDURÍA

Que la razón moderna —ilustrada— se ha desarrollado a costa de desvincularse progresivamente de la sabiduría, lo muestra claramente el formato de expresión que eligió entonces: cuanto más progresaba el análisis racional más se multiplicaban las voces y los volúmenes de diccionarios y enciclopedias, tipo Voltaire o Diderot. Pero las preguntas existenciales del individuo —qué debo preferir y de quién me puedo fiar— quedaban mientras tanto sin respuesta.

La ilustración alemana partió de una cierta sabiduría existencial —la tradición protestante— pero se propuso refundir todos sus elementos en un molde nuevo, del que obtendría un tañido moderno: el de la racionalidad pura. Kant programó una religión sostenible a priori, es decir, admisible enteramente dentro de los límites de la mera razón. Según su fórmula, sólo lo racional podría ser aceptado como creíble, una crítica que se extendió no sólo a la comprensión filológica de los textos sagrados, según el hábito luterano, sino también a las tradiciones de cuño sacramental y de naturaleza autoritaria que procedían de la tradición católica.

No fue él, si embargo, quien ensayó a concretar los dogmas y las normas morales de una religión puramente racional. Entre otros ejemplos, cabría recordar aquí al de Tolstói; pero la historia de este novelista filósofo no pertenece a este ensayo.

Los principios kantianos eran más que discutibles, y desde luego Hegel no dudó en criticarlos: si lo creíble ya es racional —objeto posible del conocimiento— ¿qué necesidad tenemos de convertirlo en objeto de fe, de creencia? La fórmula hegeliana de la sabiduría consagró la reducción de toda la vida del hombre —sus intereses teóricos y prácticos, lo mismo que sus creencias— a la función lógica, a lo calculable, a lo previsible. Lo primero que hizo fue cerrar las puertas al futuro, ya que donde todo es lógica no hay futuro: uno puede entender en el presente las condiciones de aparición y la naturaleza de los fenómenos por llegar. Y una vez que no hay futuro, el sistema de la lógica suprimió también la libertad, pues ¿en qué

iba emplearla el hombre, si era capaz de reducir todo a un pensamiento lógico? «La libertad es el conocimiento de la necesidad», decretó Hegel: el hombre que conoce la coherencia lógica del todo y la articulación lógica de las partes de ese todo es, entre sus ignorantes congéneres, el único sabio y, en calidad de tal, el único ser libre.

Kierkegaard se rebeló contra Hegel en nombre de la existencia real de los individuos, de su libertad, de su capacidad de elegir un destino moral por encima o al margen de las premisas racionales. En lugar de una ciencia lógica que hace vanas nuestras elecciones morales, el filósofo danés proclamó la superioridad de los comportamientos morales procedentes de autodeterminaciones asumidas al margen de la evidencia lógica: hombres de fe, como Abrahán, capaces de «esperar contra toda esperanza», son los que al cabo resultarán más fecundos, proclamó.

Al margen del original intento heideggeriano de hacer de la Metafísica una ética —de la filosofía una experiencia mística del Absoluto—, la filosofía del final de siglo XX ha optado por disolver las facultades de las que se preciaba hasta entonces la rama superior de la sabiduría. La filosofía ya no quiere ser ciencia, porque el conocimiento *fuerte* no ha dado buenos resultados. La actividad filosófica es un juego o es narrativa; conformémonos de todos modos con pensar de un modo *blando*. Claro que a un pensamiento débil no se le puede pedir razones éticas, de una mente anoréxica no surgirán argumentos fundadores de elecciones morales. Ante el problema de la articulación entre fe y razón, la filosofía posmoderna ha colocado un letrero que dice: «fin del negocio».

Los problemas que nos aquejan tras el 11 de septiembre son urgentes y graves. La vida es cosa seria, no de juego, advertía Aristóteles. Lo confirma la pulverización de las Torres Gemelas. Intelectuales, filósofos, pensadores que no tengan una palabra de verdad, de sabiduría, que se retiren del escenario y se ocupen de problemas a su escala, de cuestiones domésticas. Necesitamos a quienes comprendan que la *sophia* es inteligencia más ciencia (Aristóteles), que comprendan que el hombre burgués especializado (y hay tantos filósofos profesionales que lo son) es más ignorante de los mecanismos del mundo en el que habita, que el hombre del taparrabos (Weber). Necesitamos una ciencia capaz de articular

racionalidad y valores (Scheler), apta no para abstraer las diferencias de los individuos, de los pueblos, de las ideas, de las creencias, sino para comprenderlas, respetarlas y, en todo caso, hacernos más sabios no para rebajar, sino para vigorizar las nuestras.

Una sabiduría mayor que la del utilitarismo egoísta es la lógica de la justicia, la lógica de los otros. Aprender a hacerse mejor, haciendo justicia a los otros: una vieja propuesta que, en nuestros días, alcanza dimensiones universales, globales. Un saber mayor que nos permita vivir en más dimensiones que las que entienden las ciencias locales, especializadas, parciales un conocimiento del mundo que asuma que no existen colores locales. Un solo proverbio moral que nos oriente. Un refrán popular que nos ponga serios: he ahí más sabiduría que en todo el cinismo ilustrado de quien se ríe de todas las creencias, de todas las convicciones, creyendo que puede haber queso gruyer hecho totalmente de agujeros.

La sabiduría, como un pequeño cuadro de Cézanne, es un historia eterna, sin fin, que reclama un trabajo creador incesantemente renovado en honor a los hombres. La luz se renueva cada día, cada mañana hace posible la vida en el mundo, que sigue pacíficamente su curso. La sabiduría conoce a cada hombre, a cada pueblo, a cada alma. Como la luz, tampoco ella se rinde ante la muerte. Con Cézanne, no diremos: he ahí un cuadro acabado, ni: ya está, ya he buscado, ya me he cansado. Cada día volverá con esperanza el hombre que quiere ser sabio al trabajo, a comprender la inexhaustible realidad, a familiarizarse con las infinitas diferencias.

Cézanne nos ha regalado un brillante ejemplo de tenacidad, de fe, de esfuerzo continuado por meter el universo visible en un lienzo de 15 x 25. El primer ciudadano del futuro fue un hombre armado de pinceles y vestido con un gabán enmarañado. Invitar a lo infinito a habitar junto a nosotros, junto a las grandes y las pequeñas diferencias, junto a las cosas que nos van a ocupar cada día. Junto a nosotros, hijos de Abrahán, hijos de la promesa de que el Verbo se haría carne y montaría su tienda en el desierto, entre el polvo y los escombros, hermanos y hermanas. Que así sea. RAFAEL LLANO

LA PRESIDENCIA Y EL 11-S

El proyecto europeo en tiempos de crisis

por **JOSÉ M. DE AREILZA CARVAJAL**

No podía ser de otro modo entre aliados que comparten una misma idea de la dignidad de la persona y del valor de la democracia: desde la primera hora de los ataques a EE UU, José María Aznar ha ofrecido a George W. Bush su apoyo total. El presidente del Gobierno pretende así estrechar la relación bilateral con Washington, un objetivo prioritario de su política exterior desde 1996. También espera sensibilizar por fin a la superpotencia del problema del terrorismo etarra y hacer lo propio con sus socios europeos.

Mientras el presidente Bush dirige los primeros meses de acciones militares, el Gobierno español se mentaliza de que su presidencia de la Unión Europea, a partir del 1 de enero de 2002, estará dominada por la crisis que sufre EE UU y por extensión, el resto del mundo occidental. Con toda probabilidad, habrá menos manifestaciones antiglobalización en torno a las cumbres de Barcelona, Madrid y Sevilla, pero más amenazas terroristas a su seguridad.

Tras los ataques del 11-S, el presidente Aznar concentrará su responsabilidad al frente de la UE en asuntos de los llamados segundo y tercer pilar, es decir, política exterior y de seguridad y asuntos de justicia e interior, dos capítulos subdesarrollados de la integración europea. Los objetivos de liberalización económica y de reformas estructurales, difíciles de obtener con elecciones francesas y alemanas en el semestre, han quedado aparcados por la ofensiva antiterrorista y el incremento de la desconfianza en los mercados. La circulación del euro a partir del 1 de enero

de 2002 será un hito, pero es difícil que dé lugar a corto plazo a medidas legislativas de desarrollo de un modelo europeo de gobierno económico.

Por lo tanto, en el semestre español Aznar tratará de mostrar a EE UU la mayor solidaridad posible y de lograr los máximos avances en seguridad interna y en acción exterior europea. No será sencillo por las tradicionales resistencias de distintos Estados miembro a comunitarizar cualquiera de estos dos ámbitos. Es decir, para hacerlo de modo eficaz, se tendría que dar la iniciativa en estas parcelas a la Comisión Europea, así como ceder verdadero poder al Parlamento Europeo y al Tribunal de Justicia de la CE, en un momento en el que los vientos de la integración soplan más bien a favor del recorte de competencias europeas.

No obstante, Aznar tiene a su favor las conclusiones sobre seguridad interior de los Consejo Europeos de Bruselas, Gante y Laeken. Estas cumbres de emergencia han acelerado la puesta en marcha del llamado «espacio de libertad, seguridad y justicia», a través de medidas como la orden europea de detención y entrega o la cooperación directa entre jueces. La idea, de origen hispano-alemán y en circulación desde la negociación del Tratado de Amsterdam en 1996-97, es conseguir que la ausencia de fronteras del mercado interior no sea una ventaja para el crimen organizado, gracias a la cooperación judicial y policial en toda la Unión.

Desde el punto de vista de la política exterior europea, la crisis del 11-S ha vuelto a poner de manifiesto que en situaciones excepcionales, las decisiones se toman en el plano nacional primero y sólo después llegan a Bruselas. En el terreno militar, hay claramente europeos de primera, segunda y tercera clase. La UE no es tratada por EE UU como un igual, ni tan siquiera como un ente con vocación supranacional. EE UU se entiende directamente con el Reino Unido, que secunda sus acciones en Afganistán hombro con hombro y tal vez acepte contribuciones militares de otros grandes europeos. Del resto, espera menos. El esquema de trabajo es que Washington decidirá en cada momento qué necesita de cada miembro de la Alianza Atlántica.

El apoyo de la Unión a EE UU es una cuestión de valores e intereses, pero también de percepciones. A esta decisión de los Quince ha ayudado

la sensación de que todos éramos atacados el 11 de septiembre, que nuestro modo de vida occidental estaba en peligro y que existía la posibilidad cierta de nuevos atentados masivos en suelo europeo. También ha sido decisiva la moderación en la respuesta militar de Bush y la campaña diplomática sin rival desplegada por EE UU. Washington ha movilizado a su favor a la gran mayoría de los miembros de Naciones Unidas, incluyendo a los países árabes moderados y a actores internacionales tan importantes como Rusia, Pakistán y China.

Sin embargo, a medida que pasa el tiempo, aparecen fisuras y reticencias entre los socios europeos. Los objetivos de acabar con la red de Bin Laden y con el apoyo de ciertos Estados al terrorismo son muy ambiciosos y sólo se pueden conseguir a medio plazo. Mi sensación es que la Unión Europea carece de un liderazgo fuerte para una tarea de solidaridad continuada con EE UU. Son los Estados miembros, en buena medida a través de las presidencias de turno, los que deben aportar la fortaleza y la visión que aún no tiene el proyecto europeo en tiempos de crisis. JOSÉ M. DE AREILZA CARVAJAL

¿Nos hemos olvidado ya de Maastricht?

por **FRANCISCO CABRILLO**

La presidencia española de la Unión Europea va a coincidir con una situación económica poco brillante. Cabe discutir cuál será el grado de la desaceleración de la actividad o si llegaremos o no a tasas de crecimiento negativas. Pero todo el mundo parece estar de acuerdo en que los resultados económicos de, por lo menos, el próximo año no van a ser buenos. No resulta sorprendente, por tanto, que la preocupación fundamental de los gestores de la política económica sea hoy la adopción de medidas concretas para hacer frente a la situación. Y la elección de unas u otras políticas ha reabierto un debate que pensábamos que había quedado resuelto hace ya tiempo, el referido a la conveniencia o no de aplicar políticas de demanda como instrumento para combatir las fluctuaciones cíclicas.

Como las ideas cambian deprisa y nos olvidamos pronto de lo que pensábamos en el pasado, no está de más recordar los que fueron, hasta la década de 1980, los principios que inspiraron la política macroeconómica de nuestro mundo occidental. Uno de los efectos del triunfo absoluto de las ideas keynesianas, en el período que siguió a la Segunda Guerra Mundial, fue la aceptación casi general de la idea de que los Estados no sólo tenían la obligación de garantizar el crecimiento estable de sus economías nacionales, sino que también disponían de los medios adecuados para conseguirlo. Instrumento importante para ello eran las políticas dirigidas al control de la demanda agregada, que debería ser estimulada por el Estado en la fase baja del ciclo y restringida cuando el crecimiento se acelerara en exceso.

En una primera versión ingenua del modelo, se llegó a considerar que los desequilibrios macroeconómicos se debían siempre a desajustes al

alza o la baja de la demanda agregada. Así, la depresión y el desempleo que la acompañaba se debían —de acuerdo con esta teoría— a una insuficiencia de demanda. La inflación, en cambio, se entendía motivada por un crecimiento excesivo de aquella variable. La conclusión era que el problema podía arreglarse, en todo caso, manipulando la demanda agregada. La posibilidad de que se produjeran simultáneamente paro e inflación no era contemplada en este modelo tan simple.

Sin embargo, una vez que se comprobó que, en la realidad, ambos fenómenos ocurrían simultáneamente, fue preciso complicar la argumentación. En una segunda versión de la teoría, se aceptaba ya la existencia simultánea de paro e inflación, pero se consideraba que la política dirigida a reducir una de estas variables tendría, normalmente, efectos negativos sobre la otra. Lo que se ofrecía, a los gobiernos era la opción de reducir el paro o la tasa de crecimiento de los precios, pero sabiendo cuál sería el coste a pagar. Si el desequilibrio de una de las variables —el paro, por ejemplo— era muy acentuado, merecería la pena aceptar un poco más de inflación para crear empleo. De forma muy simplificada, éste es el modelo que los economistas conocen con el nombre de *curva de Phillips*.

Este modelo fue también objeto de serias críticas. Y, aunque todavía se acepta generalmente su validez para decisiones a corto plazo, parece claro que a medio y largo plazo la supuesta relación inversa entre el paro y la inflación no existe. Y es lógico que sea así, porque las causas que determinan las tasas de inflación y de paro en una economía son sustancialmente diferentes. El desempleo se debe a un desajuste entre la oferta y la demanda de trabajo; y las políticas adecuadas para solucionar este problema deben ir dirigidas a lograr un mejor funcionamiento del mercado laboral, para lo cual resulta inevitable eliminar —o al menos reducir— las múltiples regulaciones que hoy afectan a las relaciones entre empresarios y trabajadores. La inflación es, en cambio, un fenómeno monetario, del que es responsable quien regula la política monetaria, es decir, los bancos centrales. Es cierto que existe alguna relación entre ambas variables, pero la conexión radica más en el hecho de que la inflación crea incertidumbre y hace que las empresas reduzcan su demanda

GRANDES ERRORES
EN ECONOMÍA

Francisco Cabrillo

Minerva Ediciones
Colección Economía
2001

Sobre la economía pesan, como sobre tantas otras cosas, juicios preestablecidos que se traducen con enorme frecuencia en grandes errores a la hora de explicar el funcionamiento de los mercados. Son muchos los libros dedicados a la divulgación de los principios de la economía, pero muy pocos los que, con lenguaje claro y directo, desmontan los prejuicios comúnmente asumidos sobre esta materia y ponen de manifiesto las equivocaciones elementales en las que medios de comunicación y analistas de diversas disciplinas incurren con más frecuencia de la que sería deseable. *Grandes errores en economía* es uno de ellos. En él, el catedrático de Economía Francisco Cabrillo recoge las columnas que a lo largo de año y medio ha ido publicando en *La Gaceta de los Negocios*, en las que ha tratado precisamente de presentar equivocaciones comunes que cometemos cuando discutimos sobre asuntos económicos. El volumen recoge así temas relacionados con el mercado de trabajo, las finanzas o la nueva economía, pero también cuestiones de indudable actualidad como la llamada «excepción cultural» que algunos desean para sectores como el cine, los problemas que afectan a los recursos naturales o las cuestiones relacionadas con la maternidad. Un libro para todo tipo de lectores.

NAZARETH ECHART

de trabajo, que en las ideas macroeconómicas que han servido de base teórica a la curva de Phillips.

Y esta visión de las limitaciones de la política macroeconómica es la que recogen las instituciones de la UE diseñadas en Maastricht. Las reformas de estos años han consistido precisamente en controlar al máximo la discrecionalidad tanto de los gobiernos nacionales como de la propia Unión, para hacer política anticíclica. Por una parte, el propio Tratado de Maastricht establece muy claramente que el objetivo fundamental del Banco Central Europeo es mantener la estabilidad de los precios; y sólo de forma subordinada se hace referencia a la obligación del Banco de apoyar las políticas económicas generales de la Unión. Por otra, la propia Unión Europea ha establecido límites estrictos a los déficit presupuestarios de los Estados miembros mediante los pactos de estabilidad. Es decir, las posibilidades de hacer política de estabilización anticíclica de Europa están seriamente restringidas, tanto en lo que respecta a la política monetaria como en lo que se refiere a la política fiscal.

Tales restricciones han demostrado tener efectos muy positivos, tanto para evitar que vuelvan a repetirse los procesos inflacionarios a los que estuvimos acostumbrados durante mucho tiempo, como para disciplinar a los políticos en el poder, siempre dispuestos a utilizar el gasto público en su propio interés o para favorecer a los grupos de presión más poderosos. Y no se llegó a estos acuerdos por casualidad. Son, por el contrario, el resultado de una estrategia coherente dirigida a lograr unos objetivos de estabilidad que se consideraron en su momento básicos para el crecimiento y la prosperidad de los países europeos.

Ha bastado, sin embargo, un cambio acusado de la tendencia del ciclo, agravado además por el ataque terrorista de Nueva York y las actuaciones militares que aquél provocó, para que estos principios, que parecían firmemente establecidos, sean de nuevo cuestionados. Numerosas propuestas de volver a la aplicación de políticas keynesianas para reactivar la economía mediante presupuestos deficitarios y una política monetaria expansiva no surgen sólo en Europa. Esta vez son los Estados Unidos los que encabezan el movimiento. El tándem Bush-Greenspan parece actuar en forma coordinada, y el reciente plan de reactivación de la

economía presentado por el presidente va en la misma dirección que la política de la Reserva Federal de rebajas continuas de los tipos de interés realizadas este año, y acentuadas tras el once de septiembre.

Lo que todo el mundo se pregunta hoy es qué harán los países europeos en los próximos meses. Y dar una respuesta va a ser una de las actividades más importantes que deba realizar la Unión Europea en los meses de presidencia española. El pasado cinco de octubre el *Financial Times* parodiaba la conocida frase de Milton Friedman «ahora todos somos keynesianos»; y titulaba su primer editorial: «Ahora todos *son* keynesianos». El argumento del *Financial Times* era que la vuelta a la política anticíclica discrecional no puede ser actualmente una buena solución para los problemas de las economías occidentales; y recomendaba a los gobiernos que mantuvieran unas finanzas públicas sólidas, sin abandonar el principio del equilibrio presupuestario. Esto no excluiría que el funcionamiento de los estabilizadores automáticos —es decir, la reducción de ingresos fiscales debida a la menor actividad económica y el crecimiento del gasto causado por un aumento de los pagos por susbsidios de paro y ayudas de la seguridad social— produjeran pequeños déficit. Pero no se debería ir más allá; y habría que oponerse a la estrategia de buscar el déficit como instrumento expansivo, en la tradición keynesiana.

Menciono este artículo no por su especial originalidad, sino como una simple muestra de la aceptación de una idea con la que muchos economistas estamos de acuerdo; y que el gobierno español acepta también, al menos en el campo de los principios. Pero los políticos españoles no lo van a tener fácil para convencer a algunos de sus colegas, mucho más inclinados a recurrir a las políticas tradicionales antes descritas. Y tampoco está claro que los economistas europeos vayan a defender con firmeza la ortoxia financiera que inspira las instituciones económicas de la Unión. Hace sólo algunas semanas habría afirmado con bastante seguridad que la mayoría de la profesión estaba claramente en contra de esta sorprendente vuelta al keynesianismo. Hoy ya no estoy tan convencido.

FRANCISCO CABRILLO

POLÍTICA EXTERIOR

Marruecos, entre la modernidad y la amenaza islamista

por **ALBERTO MÍGUEZ**

Una de las consecuencias más notables del «martes negro» (11 septiembre) sobre la política exterior española fue sin duda una re-evaluación de la importancia tanto política como estratégica de las llamadas vecindades del sur, Marruecos y Argelia principalmente.

Resulta significativo que el ministro Piqué viajara desde Washington a Rabat (tras haber acompañado a la «troika» comunitaria en una gira por Irán, Pakistán, Siria, Jordania y Egipto) y desde la capital marroquí a Argel, Túnez y Libia para explicar la posición española en la crisis y aclarar ciertos malentendidos sobre la participación militar de los países atlánticos en la operación anglo-norteamericana de Afganistán.

Días después, el presidente del Gobierno, José María Aznar, visitaba oficialmente Túnez para cambiar impresiones con el presidente Ben Alí sobre la situación en general y las relaciones euro-magrebíes en particular.

Túnez es uno de los países más estables y prósperos del Magreb aunque también uno de los regímenes más represivos de la zona: el islamismo ha sido ferozmente reprimido y algunas organizaciones humanitarias internacionales elevan a dos mil el número de presos de conciencia o por motivaciones político-religiosas.

Aunque los medios de comunicación españoles —y especialmente los que algunos califican con cierto humor amargo «el equipo mediático habitual»— apenas se ocuparon de resaltar el significado político de esta visita, no cabe duda de que se enmarca en lo que algunos califican como «afinidades selectivas» de la diplomacia europea: Túnez es un aliado seguro que ha hecho bien sus deberes poniendo a buen recaudo a los integristas religiosos mientras que, por ejemplo, Argelia ha sido incapaz

de neutralizarlos y de acabar con la feroz guerra civil *tripartita* (*kabiles* o bereberes, integristas y fuerzas armadas, todos contra todos), mientras que en Marruecos se detectan periódicamente ciertos vientos de fronda que preocupan lógicamente a vecinos y aliados.

Aunque no es el momento ahora de dilucidar hasta qué punto las relaciones hispano-marroquíes oscilan tradicionalmente entre la exaltación y la desolación, entre la sonrisa y el desplante, conviene insistir en su obvia importancia que tanto para la seguridad de España como para su acción exterior tiene este país. Una parte de nuestro futuro está ligado al de Marruecos por ineludibles razones geográficas, humanas (la marroquí es la colonia extranjera más numerosa en España) y, cada vez más, económicas.

El futuro del «amable vecino del Sur» (según el celebrado eslogan turístico) interesa, y mucho, a los españoles que a veces recurren a la artesanal bola de cristal para evaluar ciertos fenómenos más o menos inesperados sobre cuyas consecuencias se pronuncian, no siempre con el tino y la cautela necesarias.

Cuando hace dos años falleció el rey Hasan II y se produjo sin sobresaltos la sucesión en la persona de su hijo mayor, Mohamed VI, muchos lanzaron las campanas al vuelo convencidos de que ciertos gestos iniciales —la destitución del poderoso ministro del Interior, Basri, la apertura controlada de los medios de comunicación, etc.— auguraban una transición semejante a la experimentada por España, cuyo «modelo» fue copiosamente evocado en el Reino. Bendita ilusión prontamente defraudada, porque las características fundamentales del régimen político marroquí (el rey reina y gobierna, el gobierno tiene un poder muy reducido, son los consejeros y ministros de Estado quienes de verdad deciden, el *majzen* o «establecimiento» es el verdadero núcleo de poder otorgado por el «palacio», la instancia suprema y más o menos oculta, etc.), no son solubles en la modernidad dictada u otorgada desde el trono.

La «primavera» libertaria duró un trimestre. Bastó que algunos medios de comunicación rozaran uno de los tabúes del régimen, el Sahara occidental y su futuro, albergando en sus páginas las opiniones de los independentistas del Frente Polisario, para que fuesen clausurados según se dijo entonces, por sugerencia o imposición (ahí las opiniones varían),

de las fuerzas armadas cuyo papel político no ha hecho más que crecer desde el fallecimiento del rey Hasan, que por amargas experiencias (fue objeto de dos atentados, protagonizados ambos por oficiales), se ufanaba de tenerlas a buen recaudo.

El Sahara occidental sigue siendo todavía hoy el problema político más grave, interior y exterior, con que el joven rey Mohamed VI debe enfrentarse. Una herencia bien amarga y más difícil todavía porque en esta encrucijada infernal se cruzan los intereses hegemónicos de Argelia, la realidad apabullante de miles de refugiados amontonados en la desolación de Tinduf, la presión del bloque africano «progresista», el interés benévolo (aunque un tanto cargante) de Estados Unidos, la presión de Naciones Unidas y de la Organización de la Unidad Africana (OUA) se dirigen a potenciar algo que aparentemente parece un objetivo imposible: la celebración de un referéndum de autodeterminación entre las poblaciones de la ex colonia española, previa identificación de los votantes y desactivación de la actual Administración marroquí.

Si algo está claro desde hace muchos años es que Marruecos no tiene voluntad alguna de facilitar este referéndum, porque considera que el Sahara occidental forma parte de su incontestable soberanía y esto ni puede ni debe discutirse. Las idas y vueltas de misiones internacionales, mediadores bienintencionados, enviados de la ONU, las propuestas de terceras vías, autonomías controladas, conversaciones y encuentros reservados sobre este problema darían para escribir varios volúmenes.

Lo cierto es que ni Marruecos acepta una Sahara independiente ni los independentistas aceptan tampoco un Sahara marroquí. Y resulta casi imposible que alguna de las partes cambie de postura o admita soluciones de compromiso. Para el régimen marroquí el tiempo juega a su favor: los independentistas temen que el apoyo de Argelia (un país agobiado por problemas enormes y hasta ahora insolubles) se reduzca, la comunidad internacional está a punto de tirar la toalla. Y el problema se enquista sin solución o soluciones de compromiso. Algo está claro, sin embargo: la independencia del Sahara sería letal para el régimen marroquí y desarbolaría el difícil equilibrio actual, un escenario que debería preocupar a todos, dado que el reino sigue siendo un valladar contra los

extremismos políticos y religiosos, estratégicamente situado entre el Mediterráneo y el Atlántico, frontera entre el Africa árabe y negra, encrucijada de civilizaciones y tendencias, aliado fiel y seguramente firme de Occidente y de Estados Unidos.

Hay quien cree sin embargo que el régimen marroquí alberga en sus entrañas ciertas amenazas difícilmente reductibles, que podrían dificultar su futuro. En primer lugar, una situación social delicada que parece haber alcanzado en los momentos actuales cotas inimaginables, hasta el punto de que algunos expertos han anunciado ya un estallido de características similares a las que en los años ochenta se conocieron como la *revuelta del pan* o de la *sémola*, ferozmente reprimidas por las Fuerzas Armadas y de seguridad.

Una sequía atroz (cuatro años) y una desigualdad creciente han servido de acicate al éxodo del campo a las ciudades convertidas en auténticos polvorines periféricos y rodeadas —es el caso de Casablanca, la gran urbe comercial— de un cinturón de miseria donde trabajan, por cierto, las organizaciones islamistas con provecho y oportunidad evidentes.

El letal tráfico de *pateras* a través del estrecho de Gibraltar o entre el Sahara y Canarias es el resultado de esta situación social explosiva, mezclada con dosis preocupantes de corrupción, mafias incrustadas en el aparato administrativo y policial, etc.

El creciente y próspero negocio del narcotráfico, sobre todo en la zona del Rif y la Yebala (Norte), constituye un elemento perturbador adicional, máxime cuando esta actividad enlaza con otras mafias de narcotraficantes instaladas al otro lado del estrecho (algo que, por cierto, han denunciado las autoridades marroquíes, e incluso el propio monarca ante la indignación farisaica de políticos y medios de comunicación españoles).

Se ha repetido hasta la saciedad que el Islam es en Marruecos ajeno a los extremismos de Argelia o Túnez y que el hecho de que el rey sea también «Jefe de los Creyentes», facilita la prudencia de los predicadores y la moderación de los fieles. Hasta ahora, efecto, Marruecos ha sido un ejemplo de religiosidad apacible y devoción tradicional, pero desde hace

Pague con VISA IBERIA EMPRESA...

... y acumule puntos IBERIA PLUS

Domiciliación de los cargos en su Banco
Gratuita el primer año
Seguro de accidentes de máxima cobertura
Seguro de asistencia en viajes
Puntos para viajar gratis
Y muchos más beneficios para la empresa

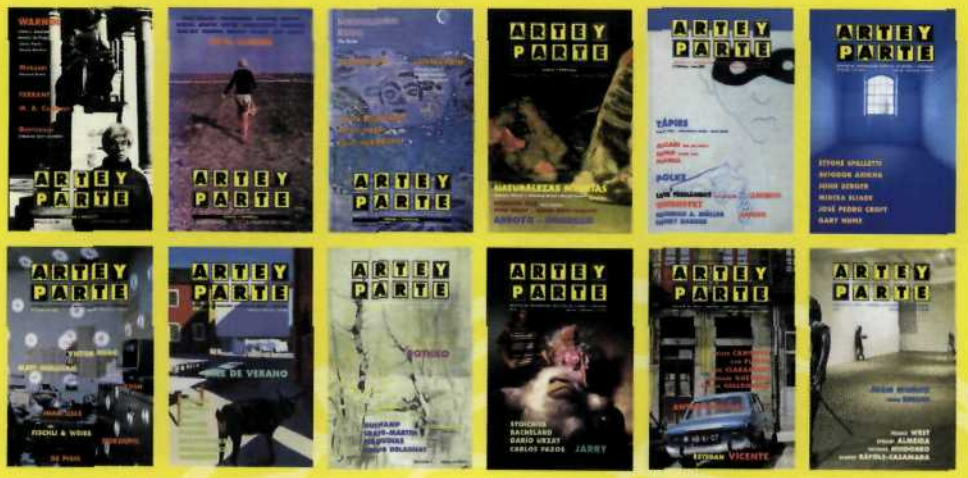
SOLICÍTELA EN CUALQUIER SUCURSAL DEL GRUPO BANCO POPULAR ESPAÑOL,
O EN EL TELÉFONO 902 301 000
O A TRAVÉS DE INTERNET: www.bancopopular.es

POPULAR
GRUPO BANCO POPULAR ESPAÑOL

IBERIA

revista arte y parte

ESPAÑA, PORTUGAL E IBEROAMÉRICA



BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

SUSCRIPCIONES POR CORREO: Tres de Noviembre, 13-15. 39010 Santander/ FAX: 942 37 31 30/ E-mail: revista@arteyparte.com
O llamando al Tel. 942 37 31 31. www.arteyparte.com

6 NÚMEROS: **9.000 pesetas (España)** 12.000 pesetas (Europa) 15.000 pesetas (América)

A R T E Y

Nombre y Apellidos:

Empresa / Institución: NIF:

Calle / Plaza:

Código Postal / Población:

Teléfono: Fax:

Forma de Pago:

☐ Cheque a nombre de ARTE Y PARTE, S. L., adjunto al boletín de suscripción.

☐ Tarjeta de Crédito: Visa nº Caduca:

☐ Transferencia a nombre de Editorial Arte y Parte S. L. "la Caixa" nº C/C: 2100 2346 71 0200062227

☐ Domiciliación Bancaria: Banco / Caja

ENTIDAD OFICINA DH NÚM. CUENTA

Desde el Número: Fecha: Firma:

P A R T E

NÚMEROS ATRASADOS

Número: 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31

- TOTAL PTA
- 1.200 PTA CADA UNO

POR FAVOR, MARQUE CON UN CÍRCULO LOS NÚMEROS QUE DESEA RECIBIR

diez años —la guerra del Golfo constituyó para algunos el detonante— los grupos islamistas han ido avanzando tanto en el seno de la incipiente clase media y artesanal, como en los rangos de la universidad o de los barrios populares.

La nebulosa integrista marroquí se reparte entre cofradías y hermandades tradicionales, organizaciones de asistencia y caridad, sindicatos estudiantiles, incluso asociaciones femeninas. El trabajo de estas organizaciones en las zonas más deprimidas de la sociedad ha sido permanente en los últimos años. El régimen intentó en varias ocasiones involucrar a tales organizaciones y hermandades en la vida política e institucional con éxito relativo. Pero el núcleo duro de estas organizaciones rechaza tajantemente tales «aventuras» y contesta sin ambages la propia legitimidad del rey y del sistema.

La espectacular presentación pública de los islamistas marroquíes se produjo precisamente durante la guerra del Golfo, cuando el grupo «Justicia y Espiritualidad», del jeque Yassin (entonces en prisión domiciliaria), sacó a la calle a más de un millón de personas, disciplinadamente formadas en un ejemplo de poder y autocontrol que asombró y preocupó tanto a las autoridades como a los observadores extranjeros.

«Justicia y Espiritualidad» es, en estos momentos, la organización más poderosa del reino y también una de las más radicales. Su fundador e ideólogo aborrece la corrupción y laxismo de la Corte y del monarca, acusa a éste y a sus colaboradores de promover la desigualdad y la inmoralidad, a costa de un pueblo inerme y empobrecido, y reprocha al gobierno su conformismo y sumisión: todo ello en nombre de un Islam rigorista y estricto.

El jeque Yassin o su hija, Nadia (convertida en portavoz de la organización), han rehusado en múltiples ocasiones la posibilidad de que su organización entre en el juego político «corrupto» y presenten candidatos a las elecciones legislativas que se celebrarán el próximo año. Entre líneas aseguran que si estas elecciones fuesen limpias y controladas las ganarían con mayoría absoluta, como sucedió en Argelia en 1992 cuando el Frente Islámico de Salvación (FIS) barrió a los partidos tradicionales, cuyo arraigo era muy limitado.

Yassin y sus amigos rechazan los métodos violentos del FIS con quien, aseguran, no mantienen relación alguna ni comparten ideología; también condenan todo tipo de violencia terrorista en nombre del Islam, aunque dicen comprender que el recurso a ciertos métodos se produzca entre los desesperados —es el caso de los palestinos y su lucha contra Israel—, máxime cuando Occidente se encoge de hombros ante la opresión y la explotación de ciertos países árabes y musulmanes. La tesis del *Gran Satán* occidental no se halla tan lejos de estas formulaciones.

La estricta vigilancia a la que la policía y los servicios de inteligencia del régimen marroquí someten a la nebulosa integrista y especialmente al jeque Yassin y sus discípulos transparenta la voluntad de impedir que en Marruecos pueda repetirse el fenómeno argelino. Pero de ahí a garantizar que la actual situación y el actual régimen puedan prevenir el efecto dominó que pueda producirse en el futuro, va un largo trecho todavía por recorrer. ALBERTO MÍGUEZ

TRANSICIÓN POLACA

Historia de una modernización

por **GRZEGORZ BAK**

En febrero de 1989 los representantes del régimen comunista polaco se sentaron a negociar con los líderes de la oposición democrática. Así se iniciaban las llamadas *negociaciones de la mesa redonda*, que abrieron el camino para la transición política del país. Los carceleros se reunían con los que hace poco habían sido encarcelados; el ministro del Interior general Czeslaw Kiszczak conversaba con Lech Walesa, presidente del todavía ilegal sindicato Solidaridad. Además en el debate participaron por ambas partes varios políticos que iban a jugar un papel relevante en la Polonia de los años noventa. Entre los negociadores gubernamentales destacaron Aleksander Kwasniewski y Stanislaw Ciosek; en el grupo opositor fue muy relevante la labor de Zbigniew Bujak, Bronislaw Geremek, Jacek Kuron, Tadeusz Mazowiecki y Adam Michnik. El proceso contaba también con la presencia de los representantes de la Iglesia Católica, tales como el obispo Tadeusz Goclowski y el padre Alojzy Orszulik.

Walesa y Kiszczak firmaron el acuerdo el 5 de abril y tan sólo dos semanas más tarde se legalizaba el sindicato Solidaridad. El compromiso pactado preveía además la celebración de las elecciones libres al Senado, mientras que en la cámara baja (*Sejm*) los comunistas del Partido Obrero Unificado Polaco (PZPR) y sus aliados (Partido Agrario y Partido Democrático) tenían garantizado el 65% de los escaños.

EL GOBIERNO DE SOLIDARIDAD

En las elecciones celebradas en junio, los representantes de Solidaridad consiguieron una victoria rotunda, obteniendo 99 de los100 escaños en la cámara alta y 161 en la cámara baja, es decir, todos los escaños (35%) que habían sido elegidos en la votación libre.

En julio ambas cámaras reunidas eligieron para el puesto del presidente del país al general Wojciech Jaruzelski, que hasta entonces ostentaba formalmente el cargo de presidente del Consejo de Estado, controlando además el POUP y el ejército. Jaruzelski fue elegido con tan sólo un voto de mayoría, gracias al apoyo de algunos diputados y senadores provenientes de las filas de la oposición. Tal vez con su voto querían evitar la confrontación con el aparato del Estado, que había sido desautorizado en las urnas pero disponía todavía de recursos para intentar imponerse por la fuerza. Los parlamentarios elegidos de la lista patrocinada por Lech Walesa formaron el Club Parlamentario Cívico (OKP), mientras que en las filas del antiguo régimen empezaron a aparecer grietas. Cuando el general Czeslaw Kiszczak (designado por Jaruzelski en el puesto de primer ministro) se vio incapaz de formar Gobierno, el líder de Solidaridad estableció contactos con los líderes del Partido Agrario y del Partido Democrático. Ambos partidos formaron la coalición con el Club Parlamentario Cívico, lo que abrió el camino a la formación del primer Gobierno en los países del bloque soviético dirigido por no comunistas. El 24 de agosto el *Sejm* elegía como primer ministro a Tadeusz Mazowiecki, intelectual católico vinculado a la oposición democrática.

La tarea que esperaba al nuevo Gobierno era extremadamente difícil. El país estaba fuertemente endeudado y sumergido en una crisis económica caracterizada por una inflación altísima y escasez de productos básicos. Mazowiecki tenía el apoyo popular, pero no estaba claro cómo iban a reaccionar las fuerzas del antiguo régimen: el ejército, los servicios secretos y el aparato del POUP. Además se podían temer las reacciones de la URSS y de otros países del bloque soviético. Por suerte, los países vecinos siguieron el ejemplo de Polonia y también acabaron con las dictaduras comunistas, aunque en agosto de 1989 nadie podía aún adivinar lo que ocurriría en los próximos meses.

En un intento de tranquilizar a los comunistas, Mazowiecki optó por una política centrada en el futuro del país, dejando claro que no era su intención buscar y acusar a los responsables de las cuatro décadas de dictadura. El nuevo Gobierno lanzó un programa de reformas económicas dirigido por el vicepresidente del Ejecutivo y ministro de Finanzas Leszek Balcerowicz. Se trataba de una terapia de choque aplicada a un paciente con una enfermedad en estado avanzado. Desde 1 de enero de 1990 zloty, moneda nacional, era convertible al cambio de 9500 por dólar americano. De la noche a la mañana cambió el entorno económico en el que se encontraban los polacos. De una economía planificada se pasó al mercado libre, de un país con sueldos bajísimos pero con empleo garantizado, a uno con más oportunidades pero con mayor desempleo. Habría que destacar que la situación previa de Polonia difería bastante de los países del entorno. Al contrario que otros países del bloque soviético, en Polonia siempre había subsistido la agricultura en manos privadas, lo mismo que los pequeños negocios familiares. La diferencia consistió en la extremadamente mala gestión de los Gobiernos de los años 70 y 80, que dejaron el país con una deuda de alrededor de cuarenta mil millones de dólares y con cartillas de racionamiento.

Una década después nadie dudaba del éxito de la estrategia de Mazowiecki y Balcerowicz. En unos meses la inflación y otros factores macroeconómicos empezaron a mejorar. En un entorno más competitivo, la economía se orientó hacia el mercado y los consumidores. Empezó a crecer el sector privado, se fundaron miles de empresas nuevas. El programa económico trazado por Balcerowicz fue continuado por los sucesivos Gobiernos de diferentes partidos. En los primeros años de la transición, el Producto Nacional Bruto todavía se encontraba en descenso, para cambiar con rapidez a partir de 1992, situando a Polonia al frente de las economías en transición, un triunfo logrado gracias a las iniciativas del primer Gobierno no comunista.

El Gobierno de Mazowiecki encontró también retos importantes en el ámbito de la política internacional. Polonia participó en las negociaciones acerca de la unificación de Alemania y obtuvo garantías sobre su frontera occidental.

En noviembre y diciembre de 1990, los polacos votaron en las primeras elecciones presidenciales libres. De la primera ronda salieron Lech Walesa y Stanislaw Tyminski, un desconocido empresario que derrotó al primer ministro Mazowiecki. En la segunda ronda no hubo sorpresas y ganó Walesa (superando el 74% de los votos). Como consecuencia del resultado de las elecciones presidenciales, Mazowiecki dimitió y se formó un nuevo gobierno liderado por Jan Krzysztof Bielecki. Ya durante la campaña electoral se agravaron las diferencias entre las filas de la antigua oposición democrática. Mientras los antiguos comunistas habían disuelto el POUP para después formar un partido llamado la Socialdemocracia de la República de Polonia (SDRP), con el que poco a poco levantaron cabeza, la coalición de la antigua oposición democrática (muy confiada en sus fuerzas) se descomponía gradualmente, de momento entre los partidarios de Mazowiecki y Walesa. Los primeros formaron un partido de corte liberal en lo económico y progresista en lo social, llamado inicialmente la Unión Democrática y rebautizado después como la Unión de la Libertad. Walesa en cambio se apoyó en la Alianza del Centro, pero finalmente optó por jugar en diferentes bandos. No es de extrañar que el primer Parlamento elegido en votación totalmente libre saliera muy fragmentado.

El Gobierno de Jan Krzysztof Bielecki continuaba la política económica del ejecutivo anterior. Balcerowicz seguía siendo viceprimer ministro y ministro de Finanzas. El gabinete de Bielecki tuvo bastante éxito en la política internacional. Se acordó la salida de las tropas rusas acuarteladas en el territorio de Polonia. En junio de 1991 fue disuelto el COMECON y al mes siguiente el Pacto de Varsovia se deshacía; con ambos se hundían los instrumentos más simbólicos que fueron utilizados por la URSS como medios de dominación sobre los *países satélite*. Polonia fue el primer país en reconocer la independencia de Ucrania, un gesto que facilitó la posterior mejora de las relaciones entre los dos pueblos vecinos enfrentados a lo largo de los últimos siglos.

OCCIDENTALIZACIÓN DE POLONIA

En octubre del mismo año se celebraron las primeras elecciones parlamentarias libres. En la cámara baja entraron representantes de 24 partidos, con la Unión Democrática a la cabeza. Aquel partido, aunque fue el más votado, obtuvo tan sólo 62 escaños. La fragmentación del Parlamento trajo consigo la inestabilidad de los Gobiernos formados por coaliciones de varios grupos parlamentarios. El gabinete de derecha, liderado por Jan Olszewski, abogado y antiguo opositor, duró tan sólo unos meses, hasta caer en junio de 1992. Fue el primer Ejecutivo que abiertamente planteó la integración de Polonia en la OTAN. Su misión terminó, puesto que el presidente Walesa y la mayoría parlamentaria estaban en contra de las acciones del ministro del Interior Antoni Macierewicz, que pretendía encontrar y descubrir a los agentes del antiguo servicio secreto en la clase política, dentro de un proceso llamado en polaco *lustracja*. El Gobierno cayó, pero la cuestión del legado del servicio secreto iba a convertirse en uno de los temas más importantes del debate político.

En julio de 1992 Hanna Suchocka, de la Unión Democrática, fue elegida como presidenta del Ejecutivo. La primera mujer en este puesto lideró una coalición muy heterogénea que agrupaba siete partidos de colores muy distintos: desde los liberales y los democristianos hasta los representantes de la derechista Alianza Nacional Cristiana (ZCHN). Contó también con el apoyo del *más original* grupo político de aquel entonces, es decir, el Partido Polaco de los Amigos de la Cerveza.

El Gobierno de Suchocka aceleró el proceso de privatización de la economía polaca. Realizó también importantes reformas fiscales, introduciendo el IVA. Las reformas económicas encontraban dificultades debido a las diferencias en el seno del propio Gobierno y la intensificación de las protestas sociales. En el plano ideológico, el Ejecutivo introdujo una nueva ley contra el aborto, una solución de compromiso mucho más restrictiva que la anterior. La cuestión del derecho al aborto libre se convirtió pronto en uno de los temas calientes del debate público. En julio de 1993 se firmó el concordato entre Polonia y la Santa Sede. Sólo hacía unos meses que los últimos destacamentos de las tropas

rusas habían salido del territorio de Polonia. El Gobierno de Suchocka continuó la reorientación de su política exterior, estrechando las relaciones con la Comunidad Europea y con los países del grupo de Visehrad (formado por Polonia, Hungría, Checoslovaquia y, desde 1993, por la República Checa y Eslovaquia).

LA VICTORIA DE LOS ANTIGUOS COMUNISTAS

La caída del Gobierno de la primera ministra fue resultado de la retirada del apoyo al Ejecutivo por parte de los diputados del sindicato Solidaridad. Ante esta nueva situación el presidente Lech Walesa convocó elecciones parlamentarias anticipadas. Las elecciones fueron celebradas en septiembre del 1993 según la nueva Ley electoral, que cerraba el acceso a la cámara baja a las fuerzas políticas con menos del 5% de los votos. La derecha se presentó dividida en varios grupos y, como consecuencia, sufrió una tremenda derrota. Salieron triunfadores los partidos cuyo origen se remontaba al antiguo régimen: la Alianza de la Izquierda Democrática (SLD) y el Partido Agrario (PSL). La coalición de estos dos partidos iba a perdurar una legislatura completa, aunque los jefes de Gobierno cambiaron hasta tres veces: Waldemar Pawlak (PSL), Józef Oleksy (SLD) y Wlodzimierz Cimoszewicz (SLD). Los Ejecutivos de los años 1993-97 optaron por una política económica más conservadora e introdujeron menos cambios en el sistema económico. Polonia alcanzaba la bonanza económica con los niveles del crecimiento anual que rondaban e incluso superaban el 6%. Esta mejora en gran parte fue resultado de las duras reformas aplicadas desde 1989. En una situación política más estable aumentó considerablemente la inversión extranjera.

En noviembre de 1995 se celebraron las elecciones presidenciales, ganadas por el líder de la Alianza de la Izquierda Democrática, Aleksander Kwasniewski, quien logró un escaso margen de ventaja sobre el entonces presidente Lech Walesa.

UNA NUEVA CONSTITUCIÓN El Parlamento de los años 1993-1997 preparó y votó la Constitución de República de Polonia, posteriormente aprobada en el referéndum de mayo de 1997. El documento está basado en la tradición constitucional polaca y europea y garantiza los derechos y libertades a todos los ciudadanos del país. El poder legislativo lo desempeña el Parlamento bicameral (la Cámara de diputados —*Sejm*— y el Senado), el poder ejecutivo está en manos del Gobierno liderado por el primer ministro y del presidente del país, mientras que el poder judicial lo desempeñan los tribunales (como instancias superiores el Tribunal Supremo y el Tribunal Constitucional). La Constitución garantiza la independencia del Banco Central y del Consejo de la Política Monetaria. Hay que resaltar una muy buena dirección del Banco Nacional de Polonia por parte de Hanna Gronkiewicz-Waltz (desde 1992) y Leszek Balcerowicz (este último año). Durante toda la década el Banco Central polaco fue considerado como el mejor de toda la región.

En la política exterior el Gobierno de Wlodziemierz Cimoszewicz consiguió la entrada de Polonia en la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico).

Los últimos meses del Ejecutivo de la coalición SLD-PSL estuvieron marcados por una gran catástrofe natural, la inundación que afectó a la cuenca del río Oder (Odra). Además de una veintena de pérdidas humanas, la catástrofe produjo importantes daños materiales valorados en miles de millones de dólares. Las autoridades no pudieron o no supieron reaccionar adecuadamente frente a semejante desastre natural. La situación creada por la inundación perjudicó claramente a los partidos gobernantes en las elecciones posteriores (1997).

CAMBIO DE RUMBO Así se llegó a un nuevo cambio de rumbo en la política polaca. El mejor resultado lo obtuvo una coalición de partidos de raíces anticomunistas llamada Acción Electoral de Solidaridad (AWS), patrocinada por el sindicato y liderada por su presidente, Marian Krzaklewski. En el segundo lugar quedaron los socialdemócratas de origen comunista de la hasta

entonces gobernante SLD. En el tercer puesto quedó la Unión de la Libertad (UW), heredera de la antigua Unión Democrática.

En octubre de 1997 se formó un Gobierno de coalición: AWS-UW, liderado por Jerzy Buzek. Leszek Balcerowicz volvió a su anterior puesto del vicepresidente económico y ministro de Finanzas. La coalición AWS-UW decidió emprender una serie de reformas estructurales e institucionales de gran envergadura, un plan muy ambicioso, para algunos *demasiado* ambicioso. A lo largo de los tres primeros años de su mandato el Ejecutivo desarrolló las siguientes reformas: la reforma del sistema de pensiones, la sanidad pública, el sistema de Administración o el sistema educativo, así como la reestructuración de la minería del carbón. El nuevo sistema de pensiones introdujo un sistema mixto, en el que los trabajadores envían parte de su cuota a la Seguridad Social pública y la otra parte a los fondos de pensiones privados, muchos de ellos controlados por las aseguradoras extranjeras. En cuanto a los cambios en la Administración pública, se estableció una nueva división administrativa del país. Polonia está estructurada en 16 *województwo*, que por su parte se dividen en los *powiat* (distritos) y en más de 2000 municipios. Los nuevos *województwo* disponen de una amplia autonomía, aunque sin llegar a los niveles de autogobierno de una comunidad autónoma española. En general, la reforma de la Administración es considerada como la más exitosa de todas las reformas del Gobierno de Buzek. Los positivos efectos de la descentralización ya se pueden percibir en los municipios y los distritos gobernados por buenos gestores.

En cambio, la reforma de la sanidad pública no tiene tan buenas críticas. En su transcurso quedaron establecidas las Cajas de los Enfermos, como instituciones en el ámbito del *województwo*, que recaudan las cuotas de los trabajadores y luego pagan a los hospitales y a los médicos. La reestructuración de la minería del carbón supuso el cierre de varias minas y el desempleo de muchos mineros, quienes, no obstante, obtuvieron unas indemnizaciones muy altas en comparación con los trabajadores de otros sectores. La estrategia del Gobierno fue aplaudida en el exterior y contribuyó a la consolidación de la imagen

de Polonia como un país de una economía estable, una de las más avanzadas de su entorno. En los últimos años el país atraía más de la mitad de la totalidad de la inversión extranjera en Europa Central y Oriental.

Sin embargo, a causa de las reformas estructurales y del empeoramiento de la coyuntura internacional, empezó a crecer el desempleo, que en el año 2001 afectaba al 16% de la población activa. Las múltiples reformas, el creciente número de parados y los conflictos fratricidas en el seno de la coalición AWS-UW y dentro del Gobierno minoritario de la AWS (en 2000 la Unión de la Libertad salió de la coalición) contribuyeron al descenso de la popularidad de los partidos gobernantes y de sus líderes.

El Ejecutivo de Jerzy Buzek consiguió grandes éxitos en la política exterior. Desde marzo de 1999 Polonia es miembro de la OTAN, logrando así el propósito perseguido por sucesivos Gobiernos de la última década. En 1998 se iniciaron oficialmente las negociaciones para la adhesión del país a la Unión Europa. Hay que resaltar que ya en 1991 Polonia firmó el Acuerdo Preferente sobre la asociación del país con las entonces Comunidades Europeas. Las negociaciones con la Unión Europea son más lentas que las de la OTAN, pero continúan avanzando y hacen posible hoy la integración de Polonia con los Quince en los próximos años. Hasta ahora las mayorías parlamentarias y la mayor parte de la sociedad polaca han apoyado la adhesión.

LAS ÚLTIMAS ELECCIONES

En las últimas elecciones, celebradas en septiembre de este año, los grupos contrarios a la integración obtuvieron un cierto ascenso, pero siguen siendo minoritarios. De las urnas salió ganadora la Alianza de la Izquierda Democrática, cuyos líderes optaron por la coalición con la Unión del Trabajo, también socialdemócrata y con el Partido Agrario (PSL). El nuevo Gobierno está dirigido por Leszek Miller, secretario general de SLD. El año pasado Aleksander Kwasniewski ganó por segunda vez las elecciones presidenciales. Por lo tanto, las actuales instituciones políticas están dominadas por los socialdemócratas.

El nuevo primer ministro promete acelerar el proceso de integración en la Unión Europea y remodelar la reforma del sistema de la sanidad. Tiene que centrarse también en la reducción del esperado déficit presupuestario para el año 2002.

¿Qué ha cambiado en la sociedad polaca a lo largo de la última década? La cantidad de fechas electorales y de conflictos políticos puede confundir. En realidad los diferentes Gobiernos han perseguido siempre con éxito un mismo objetivo, el de modernizar el país. La economía polaca es la que más ha crecido de todas las economías del entorno. El cuadro es más complejo si se miran diferentes sectores. Los astilleros polacos, por ejemplo, lejos de quebrar se convirtieron en el segundo productor de barcos en el continente, por detrás tan sólo de Alemania. El retraso es evidente, sin embargo, en el campo de la agricultura y en el de las infraestructuras, porque hacen falta nuevas carreteras y más líneas telefónicas. El nuevo entorno económico influyó notablemente en el sistema de valores sociales, favoreciendo la eficacia en el trabajo y la profesionalización, pero también el consumismo.

En la actualidad se acrecientan las diferencias regionales; el nivel de la renta y el modo de vida de los habitantes de grandes ciudades se acerca poco a poco a los correspondientes niveles de los países menos avanzados económicamente de la UE, mientras que algunas regiones rurales sufren el desempleo y disponen de unos niveles de renta muy bajos. En 2001, en Polonia hay muchos más estudiantes universitarios que había en las décadas pasadas, pero también muchos menos niños. En los próximos años se podría alcanzar un crecimiento demográfico negativo.

Todavía es demasiado pronto para entender la profundidad del cambio social que se está produciendo. Sin embargo, no cabe duda de que los sacrificios de la transición han merecido la pena. A pesar de los muchos problemas que quedan por resolver, se puede constatar que Polonia se ha modernizado, y resulta un país con un sistema político y económico estable y con una sociedad educada y emprendedora. GRZEGORZ BAK

¿Quién necesita una Europa Oriental?

La pregunta sobre el futuro de una «Europa del Este» tiene diferente sentido en cada uno de los países europeos. En Varsovia significaría si verdaderamente algo así puede existir; en Madrid, en cambio, plantearía si una Europa del Este reportaría en este momento alguna utilidad a la Unión Europea. Ambas cuestiones, en todo caso, deben ser planteadas en el contexto más amplio de la historia de la civilización europea y de una geopolítica global. Aquélla, sostiene **Jan Kieniewicz**, ha de ser interpretada como el desarrollo de un espacio organizado más por un sistema de valores comunes que por una economía. Y de acuerdo con esa interpretación, el futuro y la seguridad del extremo occidental del gran continente eurasiático en el que vivimos están vinculadas al destino de sus fronteras orientales y meridionales.

El papel histórico de Polonia se ha relacionado con el establecimiento de unas estructuras europeas en los territorios que se hallaban en el confín oriental del continente. El proyecto polaco de civilización se había alineado con la cristiandad latina y asociado con la tradición que traían los pueblos de Occidente. Sin embargo, siempre fue un proyecto propio. La originalidad de Polonia, expresada por su apertura hacia Occidente durante muchos siglos, determinaba su posición en Europa y aseguraba su habilidad para participar en el diálogo europeo.

Más de quinientos años de historia polaca —en los que reinaron los Piast[1] y los Jagellones[2] (siglos X-XVI)— transformaron esta región de la «Europa Menor» y consolidaron su participación plena en la civilización de Occidente.

Así fue la Polonia que se desarrolló durante la Edad Moderna entre el mar Báltico y el mar Negro. Mientras duró su vinculación más estrecha

con los epicentros culturales occidentales, Polonia dirigía sus acciones muy lejos, hacia el este y el sur, durante el siglo XVI. La expansión lituana más temprana trazó las posteriores fronteras polacas en los territorios rutenos[3], pero fue la República Polaca la que ofreció a los vecinos del este y del sur los niveles de civilización europeos. Desde este punto de vista superaba a la oferta magiar.

La originalidad de este proyecto, que en 1569 se vió favorecido por la unión estatal de Polonia y Lituania, consistía tanto en guardar el carácter particular de religión y leyes, como en crear perspectivas para unos procesos de adaptación autónomos. La República Polaca llegó a consolidarse más como la idea de Europa en el este que como un modelo de *lo polaco*. El espacio europeo en el este no se determinó por un acontecimiento histórico particular. Las irrupciones mongólicas del siglo XIII provocaron manifestaciones de solidaridad, pero no consolidaron la resistencia. El avance turco de los siglos XV y XVI tampoco provocó un resultado semejante. Al este de las tierras del Imperio Romano podemos encontrar, ya entrada la Edad Media, la cultura europea, la organización municipal, la clausura, la misma estructura de Estado. Polonia apenas se integró en Europa creó su propio modelo, abierto y dinámico. Relevante fue sobre todo el hecho de que en el norte funcionara un eje de integración que unía la ciudad de Nóvgorod con las ciudades de la Hansa y los Países Bajos. Ése fue un proyecto independiente del polaco, aunque no por ello opuesto.

En el sur, asimismo, existió en el siglo XV un centro europeo de colonias genovesas en el mar Negro. Desde allí partían las rutas comerciales hacia la ciudad de Lvov (Leópolis), formando un eje que unía el Báltico con el Golfo Pérsico, alrededor del cual iba formándose Polonia. La herencia rutena —en realidad la griega y ortodoxa—, entraba en contacto con influencias latinas y católicas. No había diferencias reales entre esas experiencias y la proposición que venía de la unión política de Polonia y Lituania.

CULTURA Y RELIGIÓN DE FRONTERAS

Exactamente esos fenómenos, así como la ubicación en la zona fronteriza —en confrontación con el islamismo que avanzaba— crearon las perspectivas adecuadas para la formación

de la Europa del Este. Esas perspectivas incluían dos diferencias fundamentales: la división del cristianismo y el carácter diferente de la Administración. Ambos rasgos definieron la Europa del Este, que se diferenciaba del oeste por las soluciones sociales y económicas que iba encontrando, pero que conservaba al mismo tiempo estructuras paralelas de una misma civilización. Ello fue así porque la iglesia ortodoxa permaneció como fundamento de identidad, gracias a que en Polonia no existía la amenaza de que la ortodoxia llegara a dominar el poder estatal. La frontera de la civilización no se trazó así tanto por criterios de religión o de creencia, como por la relación del país hacia el Estado y el respeto de éste a la libertad personal. No hay que olvidar que en los reinos occidentales los reyes observaban desde 1433 la máxima «*neminem captivabimus nisi iure victum*» («no capturaremos a nadie salvo a los vencidos por derecho»), mientras que en los orientales el despotismo esclavizaba incluso a la nobleza.

A caballo entre los siglos XV y XVI no existía todavía una frontera clara entre Europa y el otro mundo. La idea de Asia propagada por los geógrafos antiguos seguía constituyendo para los científicos un punto de referencia, cuando apenas había empezado a crearse el Asia de los modernos descubridores. Las dos concepciones existían en la mente de los europeos de un modo doble. En Europa occidental nadie conocía el carácter de aquellos territorios lejanos en el Oriente y, no obstante, se buscaban allí posibles relaciones políticas. Los Habsburgos, por ejemplo, encontraron un contrapeso a la creciente potencia de Polonia en el principado de Moscú. La creación de la Europa del Este como una síntesis de culturas habría significado la dominación persistente de los Jagellones no sólo en las orillas del Vístula, sino también en las del Danubio. Sin embargo, la derrota de las fuerzas cristianas en 1526, en la batalla de Mohacz, significó el fracaso del concepto político jagelloniano, y los Habsburgos se hicieron con el mando.

Al considerar las obras del pensamiento del siglo XVI —las de Maciej Miechów, Marcin Kromer, Maciej Stryjkowski y otros— podemos observar que estaban vinculados de una manera significativa a la percepción medieval de la unidad del mundo cristiano. La frontera entre Rutenia y Moscú era para un geógrafo polaco de principios del

CRONOLOGÍA DE LA HISTORIA DE POLONIA

966	BAUTIZO DE MIESZKO I (960-992)
1000	OTÓN III VISITA A BOLESLAO I EL VALIENTE (992-1025) GNIEZNO. ARZOPISPADO DE GNIEZNO
1138	TESTAMENTO DE BOLESLAO III DE BOCA TORCIDA. POLONIA DIVIDIDA EN VARIOS DUCADOS
1320	CORONACIÓN DE LADISLAO I OKIETEK
1333	CASIMIRO EL GRANDE (1333-1370)
1364	FUNDACIÓN DE LA UNIVERSIDAD DE CRACOVIA
1386	MATRIMONIO DE SANTA EUDIVIGIS (JADWIGA, REINA DE POLONIA) CON LADISLAO JAGELLÓN (JAGIE O) GRAN DUQUE DE LITUANIA
1410	BATALLA DE GRUNWALD
1493	CONSTITUCIÓN DEFINITIVA DEL PARLAMENTO POLACO
1569	UNIÓN DE LUBLIN ENTRE EL REINO DE POLONIA Y EL GRAN DUCADO DE LITUANIA
1573	PRIMERA ELECCIÓN LIBRE DEL REY DE POLONIA
1596	UNIÓN DE BRZE (BREST)- NACE LA IGLESIA UNIATA
1648	INSURRECCIÓN DE CHMIELNICKI
1683	VICTORIA DE VIENA DE JUAN III SOBIESKI (1674-1696)
1773	COMISIÓN DE EDUCACIÓN NACIONAL
1791	CONSTITUCIÓN DEL 3 DE MAYO
1795	TERCERA REPARTICIÓN. POLONIA DESAPARECE DEL MAPA DE EUROPA
1830	INSURRECCIÓN DE NOVIEMBRE DE 1830
1863	INSURRECCIÓN DE ENERO DE 1863
1918	POLONIA RECUPERA LA INDEPENDENCIA. SEGUNDA REPÚBLICA (1918-1939)
1939-45	SEGUNDA GUERRA MUNDIAL
1989	TERCERA REPÚBLICA (*RZECZPOSPOLITA POLSKA*)

Dentro de la Cultura

BANCO GALLEGO

Nueva Revista se moja

CEDE GRATUITAMENTE ESTE ESPACIO

¿Y tú?

Hazte solidario 902 23 23 63 Mójate.

www.ci-ong.org

COOPERACIÓN INTERNACIONAL

siglo XVI una frontera precisamente política, mientras que la línea divisoria entre Moscú y Escitia[4] se asociaba con la diferenciación entre el cristianismo y el paganismo. Los avances de Moscú en el este significaban la liberación de los cristianos de la esclavitud mongólica. En 1517, Maciej Miechów identificó la civilización europea con el cristianismo. No obstante, merece la pena observar que en su descripción los despoblados lugares esteparios, detrás del río Dnieper («Campos salvajes»), dividían y unían a la vez civilizaciones distintas. La frontera que iba desde el río Don hasta la Puerta de Smolensko, y que nunca había sido marcada con precisión, no dividía a la gente, sino que oponía a los organismos estatales.

En la historia de esas tierras, luego llamadas por los polacos «Confines» (*Kresy*), encontramos dos procesos entrelazados. En el primero, la frontera quedaba constituida por un espacio abierto, claramente dividido pero que, a la vez, permitía un flujo fructífero de gente, productos e información. Al sur y sudeste, la frontera que discurría entre la cristiandad y el islam separaba la dominación de la república de polacos, lituanos y rutenos de la dominación turca. En esta frontera se formaba Ucrania, otra de las zonas fronterizas de Europa.

Según el segundo proceso, cuando Moscú consolidaba su dominación territorial, definía al mismo tiempo la base de un Estado cuyo carácter iba a oponerse en todos los aspectos al modelo de la república polaco-lituana. Cuando el Khan de los tártaros de Crimea propuso al rey polaco, en el siglo XVI, dividir la estepa según la regla de equilibrio de fuerzas, no deseaba más que botín y cautivos. El Gran Príncipe de Moscú solamente ofreció rendirse, ya que la dominación, en su concepción, abarcaba todos los aspectos de la vida.

Entre Polonia y el mundo islámico floreció un intercambio comercial que dio lugar a la llamada *orientalización* de los gustos polacos. Sin embargo, la diferencia religiosa, por otro lado estrechamente vinculada a un concepto completamente distinto de la vida pública, excluía cualquier compromiso. La guerra o la paz, las relaciones políticas y culturales eran una realidad de la zona fronteriza. Por lo tanto, los polacos, al denominarse como *Antemurale Christianitatis*, se aprovecharon libremente de la

cultura material del mundo islámico, desde Turquía hasta Persia. Jamás hubieran imaginado que ese papel de honor pudiera tratarse en el futuro como una prueba de autoeliminación de la civilización europea.

En el este, la frontera expresaba solamente el alcance de las influencias culturales. Dividía las tierras rutenas y a una población bajo todo punto de vista idénticas. La república polaco-lituana no era vista como un sistema de defensa europeo. Consideraba las tierras en el este como el espacio de unas conquistas potenciales, similares a las efectuadas por los conquistadores españoles en América. La dominación sobre toda Rutenia era considerada como una herencia proveniente de las conquistas lituanas, que preservaron esas tierras de la subyugación mongólica. La independencia de la iglesia ortodoxa se trataba como un patrimonio de la Rutenia de Kíev, pero no se anunciaba ningún programa para unificar todas las tierras y a todos los creyentes de la iglesia ortodoxa ni en Vilna ni en Cracovia. Tanto Polonia como Lituania tuvieron mucho interés, en los siglos XVI-XVII, en mantener la autonomía de la iglesia ortodoxa de Kíev, frente a las aspiraciones de los metropolitanos de Constantinopla y Moscú.

El programa civilizador que se *ofrecía* a los rutenos pareció muy atractivo a la nobleza. El proceso de polonización, que adelantaba la conversión de los boyardos a la fe católica, se hacía como consecuencia de haberse adherido a la noble nación política. Parecía, aunque éstas son solamente ilusiones de historiadores, que se efectuaba entonces un proceso que constituía un tipo de la cristianización seguida de la Rutenia de Kiev. No se consideraba allí que la tradición griega fuese definitivamente opuesta a la latina. En el proyecto de la república polaca se asumía que la diversificación religiosa no podía amenazar la libertad,sino que suponía más bien una oportunidad para resolver unas oposiciones que sin duda existían.

FRUSTRACIÓN DEL PROYECTO POLACO

Pero este programa fracasó. Desde hace 400 años se viene debatiendo sobre esta decepción y sus importantes consecuencias para Europa. El motivo no fue el poder invencible de Rusia o la «anomalía del régimen» polaco intransigente. Lo cierto es que

Polonia no logró construir una Europa del Este según su propio concepto. Conforme a él, la libertad era capaz de superar todos los prejuicios políticos y de clase social, asegurando así la tolerancia religiosa. La Unión de Brest (1596), que aspiraba a incitar a la iglesia ortodoxa para ponerse de acuerdo con Roma, fracasó. La Unión de Hadziacz (1658), que otorgaría a Ucrania iguales privilegios que los que gozaba Lituania en la República, llegó tarde. Los cosacos no fueron reconocidos por la nobleza ni se otorgó a la jerarquía grecocatólica el lugar prometido en el Senado. Los polacos no resolvieron la situación con el dilema esencial de su proyecto: ¿cómo defender un Estado que, por norma, ha de ser barato y supeditado a los ciudadanos? Poco importó en la República el régimen, pero sí importaron las leyes.

El proyecto polaco de la Europa del Este nunca surgió como un concepto político homogéneo. No llegó a ser un programa que se deseara o se propusiera con todas sus consecuencias. En lugar de realizar una gran República, el siglo XVII trajo consigo las llamadas *guerras de cosacos*. Se ahogó en sangre la oportunidad de una unión política de «libres con libres, iguales con iguales». Las esperanzas incumplidas, so capa de defender a la iglesia ortodoxa y unificar las tierras rusas, fueron reemplazadas por la voluntad de los zares. Los cosacos aceptaron la supremacía de Moscú en Pereyeslav, en 1654, como defensa ante el islamismo turco y el catolicismo polaco. La República tuvo que reconocer el *status quo* en la tregua de Andruchów, en 1667. Se podía renunciar a la iglesia ortodoxa a favor de un imperialismo motivado de cualquier manera y que las tierras rusas se extendieran hasta el Vístula. Desde aquel entonces, a los polacos no les gusta la noción de la Europa del Este y no aceptan de ninguna manera que se les incluya en ella.

No se trata, sin embargo, de juzgar la rivalidad por la dominación, ni siquiera la dominación en la parte oriental de Europa. La cuestión verdaderamente sustancial es la del retroceso de la civilización europea, pues a partir del siglo XVII se inició un proceso lento, pero ininterrumpido, de eliminación de Europa en el este.

El problema no es en absoluto de carácter histórico. Las circunstancias de la derrota, y de la amenaza que le siguió, resultó del prejuicio de

que una diferencia civilizadora es consecuencia de una diversidad religiosa. Este dogma sobrevivió incluso a la aniquilación de la religión en la Unión Soviética, y parece generalmente reconocido.

LA VISIÓN RUSA En Polonia, ya desde fechas relativamente tempranas, se empezó a propagar la tesis de que Moscú y luego Rusia no eran formaciones europeas. Si omito los elementos de la propaganda negativa, que hacían uso del ridículo o de las amenazas, los argumentos polacos tenían fundamentos racionales, pues lo que estaba en juego era la libertad, un valor esencial europeo. Moscú y luego Rusia suponían para la nobleza polaca elementos totalmente ajenos a su idiosincrasia propia, a causa del principio de la omnipotencia zarista. Los polacos observaban también cómo el principio de colectividad, tan importante para la civilización rusa, era opuesto a la interpretación europea de los derechos del individuo. Cuando esa conciencia pudo contar con una aceptación más amplia ya era demasiado tarde para cambiar algo, el Estado dejó de existir. Las causas de los repartos de Polonia (1772, 1793, 1795) fueron muy complejas, pero ¿no se puede decir que, en cierto momento, tuvieron su causa en la defensa de la libertad? se perdió el sentido fundamental de la responsabilidad.

La libertad interpretada como respeto a los fueros y a la responsabilidad por el propio comportamiento individual estaba en Polonia en contradicción con las relaciones serviles que seguían vigentes. Para los observadores europeos, éste fue siempre un argumento que ponía en duda el enlace civilizador con Polonia. No puede omitirse ese problema. Podemos decir, con razón, que incluso no se pueden comparar las relaciones serviles en la República de antes de los repartos con la realidad rusa de aquel tiempo y la posterior. Asimismo, diremos razonablemente que los derechos en la Europa Occidental, bajo gobiernos absolutos, eran completamente ilusorios. Al fin y al cabo, la proverbial *anarquía polaca* es, en gran medida, producto de la propaganda en su contra. Si admitimos todo esto y tenemos en cuenta que la situación económica de los campesinos, por lo menos hasta cierto momento, no fue tan difícil en

Polonia como en la mayoría de los países europeos, tendremos que aclarar entonces la relación entre la falta de solución al problema social y el fracaso del proyecto político.

Los polacos mostraron también su perplejidad respecto a las actitudes de Europa Occidental hacia Rusia. La despreocupación de los europeos, que tanto irritaba a los polacos contemporáneos, y su ceguera política ante la amenaza por parte del imperialismo ruso, *tienen* una relación muy clara con el fracaso al que nos referimos. Empleo el tiempo presente a propósito, ya que sigue existiendo en Polonia el convencimiento de que esa experiencia tan dolorosa con Rusia debería ser reconocida y premiada. Sin embargo, ocurre todo lo contrario. La pérdida del proyecto de la República no significa haber abandonado el concepto mismo. Rusia, tras haber entrado *por encima del cadáver* de Polonia en el concierto europeo del siglo XVIII, sí encarnaba la Europa del Este ante Occidente.

Además, para los europeos modernos, esa versión rusa era más simple y fácil de aceptar que la de la *anomalía polaca*. El absolutismo saludaba al despotismo, admirando su poder y creyendo que aquél no amenazaba de ninguna manera a los países que gozaban del triunfo de la Ilustración. La colaboración de Austria y Prusia al repartirse Polonia favoreció decididamente la aceptación de semejante concepto. Escribiese lo que escribiese un tal De Custine, lo que realmente importaba era la opinión de los filósofos franceses, apoyada con el oro y el poder de los zares. Hay que admitir, pues, que si existía alguna Europa del Este, ésta era fruto del producto ruso. Los polacos no querían pertenecer a ella y se aferraban a la esperanza de ser reconocidos por la sociedad de Occidente. Lo que adquirieron, en cambio, fue el desprecio de ésta. Consideraron entonces que el carácter oriental de Polonia, una de las características más originales de nuestra cultura, era una cosa vergonzosa. La propensión polaca a imitar a Occidente, tan irritante en los siglos XIX y XX, es la cualidad de una nación esclavizada y con la columna vertebral partida, de una nación despojada de la fe en su capacidad de crear una civilización.

Además, la caída de Polonia no significa la aniquilación de lo polaco. Los territorios orientales de la antigua República llegaron a ser el escenario de la lucha de los polacos por su supervivencia. A lo largo de unos cien años, tras el Congreso de Viena, la defensa de los intereses de los terratenientes en la zona fronteriza del este de Polonia fue la defensa de lo polaco, identificado con lo europeo. La liquidación final de lo polaco se produjo a consecuencia de la revolución de 1917 y definitivamente tras el pacto entre Stalin y Hitler (23·VIII·1939). Lo más importante es que el pueblo ruteno y ortodoxo, también esclavizado, reconoció a los polacos como enemigos. La esencia del proyecto inicial consistía en apoyar el contrato político en la libertad innata del ciudadano, independientemente de su origen y religión. La restricción de la libertad determinó entonces la flaqueza del concepto polaco de Europa en el este.

Al parecer, en la segunda mitad del siglo XX, y a consecuencia del pacto de Yalta, la asociación única de la Europa del Este llevó el nombre oficial de *campo socialista*. El mensaje del I Congreso de Solidaridad en 1981 se dirigió a las *naciones de la Europa del Este*; en la práctica se trataba de la Unión Soviética y sus satélites. Occidente era un mundo libre, mientras que los polacos soñaban con liberarse del este. No es de extrañar que, después de 1989, se adoptara un concepto geopolítico de la Europa Central y del Este. Su imperfección estriba en el supuesto tácito de que detrás del río Bug existe una Europa del Este a la cual Polonia, por supuesto, no pertenece. Esa opinión niega toda la historia de dicho país. A decir verdad, el futuro de los vínculos civilizadores de Ucrania y Bielorrusia parece indeterminado, pero por eso, en lugar de separar, hay que unificar esos países con Europa. No se puede dudar del carácter europeo de Lituania, Letonia y Estonia, de nuevo independientes.

La discusión sobre los nombres y la falsificación de la realidad mediante la formación de términos que sirven de fórmulas mágicas son procederes que reflejan cierto permisivismo para que se vuelva a dar en el futuro el proceso de arrancar Europa de los territorios del este. Después de 1945, Polonia fue obligada a *desplazarse* hacia Occidente, pero a

la vez, contra su voluntad, a traición, fue encerrada en el «campo» del este. Dar la espalda a los nuevos vecinos habría sido una gran equivocación. Esto era precisamente lo que deseaba Stalin. Al plantearlo de una manera maquinal, queda abierta la cuestión acerca de la pertenencia de Rusia a Europa. Ésta en absoluto depende de las opiniones de sus vecinos. No obstante, el punto de vista polaco del problema no debería depender mucho de los juicios que se expresan en Francia, Inglaterra o Estados Unidos. Aquí surge un peligro bien conocido. Separarse de la Europa del Este significa aceptar la existencia de una zona indirecta, una zona de intereses opuestos. A costa de desprenderse de la influencia de Rusia, mostramos una disposición tácita a abandonar a nuestros nuevos vecinos del este. Mientras que en una configuración así, Europa del Este solamente puede ser rusa. Seguimos acentuando que las aspiraciones polacas de entrar en la Unión Europea no van a construir un «muro nuevo» en nuestra frontera oriental. Sin embargo, ¿hasta qué punto estamos dispuestos a declarar que las relaciones con Ucrania son más importantes que el hecho de aceptar los compromisos del tratado de Schengen?

ROMPECABEZAS DEL *INTERMARIUM*

Volvamos a las preguntas planteadas. Es obvio que hoy en día Polonia no construye su política sobre la base del concepto de la Europa del Este. Quizá esto sea consecuencia de las malas experiencias vividas con los proyectos federales después de 1918 y de la Segunda Guerra Mundial. Después de 1989, en la política polaca no se ha planteado la cuestión de los intereses comunes de los países del *Intermarium*, como si existiera el miedo de acusar a Polonia de querer «volver a la doctrina jagellona», es decir, a una visión de la dominación polaca entre el mar Báltico y el Negro. Imputaciones similares proceden de muchas partes, aunque están infundadas.

A decir verdad, no se trata de un imperialismo polaco. El núcleo del problema reside en la respuesta polaca a los avances de la presión rusa. Esa respuesta tiene un carácter dual cuyas dos partes, desafortunadamente para nosotros, son erróneas. A veces los polacos opinan, probablemente a

consecuencia de sus propios complejos, que no se puede excluir a Rusia del ámbito de la civilización europea. Apenas entienden que para los rusos la pertenencia a su propia civilización no es una fuente de complejos de inferioridad, sino una razón para sentirse orgullosos.

A menudo también les parece a los polacos que cabe arreglar las relaciones con Rusia a través de un reparto de tierras, de una negociación de las fronteras. Aquí reside una contradicción con la tradición polaca, que permitía reconocer el carácter particular de Rutenia. El proyecto polaco significaba la unificación de Rutenia con los ideales latinos al preservar, por supuesto, su individualidad religiosa. Esa situación tenía que provocar una confrontación y dio como resultado, más adelante, la formación en Ucrania de una identidad nacional distinta a la polaca. Un proceso semejante tuvo lugar, bastante tarde y de manera sangrienta en las tierras rutenas (denominadas como la Galicia del Este), que se habían incorporado al imperio austríaco en el siglo XIX. Una verdad difícil para los polacos es que Ucrania pudo alcanzar el nivel de nación solamente contraponiéndose a Polonia. Asimismo, a principios de su existencia, Polonia creció resistiéndose a Alemania. La expansión de Rusia nivelaba las expectativas ucranianas de construir unas estructuras nacionales.

El rechazo de cualquier unión con Moscú fue para los polacos una reacción sobreentendida. Los intentos de encontrar un plano de acuerdo en el siglo XIX solían ser intelectualmente rebuscados, y políticamente lamentables. Intentos semejantes en el siglo XX tuvieron ya solamente el carácter de farsa. Cualquier justificación podía pensarse después de 1944 para legitimar la dominación rusa; la realidad, sin embargo, nos impidió cegarnos con quimeras: Polonia llegó a ser un país esclavizado. Las circunstancias que acompañaron al desplazamiento de Polonia hacia Occidente (a consecuencia de los acuerdos de Yalta y Potsdam en 1945) deberían tomarse en cuenta si se considera la perspectiva europea en el este. La posibilidad y necesidad de arreglar las relaciones entre polacos y rusos requieren, tal y como sucede en el caso de las relaciones polaco-ucranianas, conocer la verdad sobre el pasado. No obstante, por ambos lados sobresalen ilusiones y prejuicios.

Es difícil conocer por qué se produjo una equivocación a la hora de estimar las oportunidades en la lucha por el *Intermarium*. Desde hacía mucho tiempo, quizá a lo largo de su historia, ese espacio solamente podía existir como una unidad. La cuestión estribaba en si dicho espacio iba a ser europeo o no. Pero el *Intermarium* repartido entre Polonia y Rusia no tenía ninguna oportunidad de salvarse. Hay que añadir que esa ilusión polaca de arreglar las relaciones con Rusia a costa de sus vecinos fue siempre la causa de su fracaso. La pérdida de Polonia no surgió de un exceso de pretensiones imperiales, ni se produjo únicamente por egoísmo; parece que el error polaco respecto al *Intermarium* consistió en querer permanecer, aunque sólo hasta cierto punto, fuera de aquel espacio. El error de no llevar a término las acciones iniciadas, de un compromiso incompleto con la causa, va a acompañar, como un remordimiento, a muchas generaciones de polacos; el dolor de esa conciencia fue tan grande que la opción comunista de olvidarlo se recibió con alivio.

El concepto de la Europa del Este como un participante igual económico y político, es decir, de una incuestionable relevancia civilizadora, apareció en unos momentos desesperados. Tenía entonces la gracia de una utopía desinteresada. Eso pasó en los círculos de la emigración política después de la Segunda Guerra Mundial, por lo menos a principios de la «guerra fría». Las ideas de *Intermarium* proponían como fin la necesidad de colaborar o incluso unirse en federación con los países esclavizados por el comunismo entre el Báltico, el Adriático y el mar Negro[5]. Entre ellos, por supuesto, se incluían también Bielorrusia y Ucrania. En el pensamiento polaco de la emigración política ése fue un intento, aunque más bien esporádico, de solucionar el dilema de la soberanía entre Alemania y Rusia, conservando a la vez la pertenencia a Europa. El desarrollo de la Unión Europea y luego la unificación de Alemania excluyen un concepto similar de las considerables reflexiones geopolíticas. ¿Se hace inútil, por lo tanto, la idea de una Europa del Este?

EL FACTOR SEGURIDAD

Al mirar la visión americana de la política global que formula Zbigniew Brzezinski[6], observamos que la seguridad continental se construye

sobre el eje que une Francia, Alemania, Polonia y Ucrania. Es una buena prueba que indica que los Estados Unidos no sienten interés por una Europa del Este rusa. Esa perspectiva hace volver a la memoria las desgraciadas soluciones de Versalles. Ello ocurre porque en cada idea de la Europa del Este los americanos ven un intento de contraponerse tanto a Rusia como a Alemania. Por otra parte, desde el punto de vista de la OTAN, el sentido tiene solamente carácter Europeo, es decir, la ampliación hacia Occidente. Cualquier otra fórmula será percibida como un intento de volver a oponer el este al Occidente. Por lo tanto, resulta extraño que Brzezinski haya omitido Madrid en su visión. Solamente una comunidad que vaya desde Gibraltar hasta Crimea tiene oportunidades de crear una seguridad continua en Europa.

Al constatar el *désintéressement* polaco ante el concepto de la Europa del Este, que por otra parte es teórico, también deberían tomarse en consideración los guiones desfavorables para Polonia. Uno de ellos presupondría la posibilidad de reconocer en Rusia un factor estabilizador a costa de volver a controlar su antiguo imperio. Aunque el colapso en Rusia alcanza proporciones catastróficas, al final continuará siendo un actor necesario de la política global. Rusia tiene delante de sí unas variantes divergentes del camino de desarrollo. La democratización parece la solución menos probable. De cualquier modo que se juzgue el programa de Putin, se aprecia que él no permite hacerse ilusiones en cuanto a la manera de realizar la vuelta de Rusia a la condición de potencia. Hay que considerar un guión en el cual se permita a Rusia crear una Europa del Este. De este modo se referiría al concepto de la Europa del Este tras el Congreso de Viena; sin embargo, la Rusia de aquel entonces era una potencia evidente. La dominación de Rusia e Inglaterra, es decir, de los imperios «extra Europeos», iba a expresarse en una Europa del Este específicamente interpretada. Hoy en día ello volvería a suponer un intento de crear Europa en Rusia, pero sin aquellas oportunidades para la europeización del imperio que se perfilaron durante el mandato de Alejandro I. No hubo y no habrá sitio para una Polonia soberana en la siguiente versión de una Europa del Este rusa.

Polonia no dispone de medios para disuadir a alguien de que acepte un concepto así. No podrá hacerlo ni como miembro de la OTAN, ni como candidato para el ingreso en la UE. El argumento principal de que una nueva anexión de Ucrania desviaría a Rusia hacia un talante imperial no asusta a nadie. No se trata de meras quimeras de polacos o ucranianos, sino de la previsión de Rusia como potencia.

Brzezinski presenta la visión de una Rusia únicamente posible: democrática, nacional, realmente moderna y europea. Éste es un guión requerido, probablemente, no sólo desde la perspectiva de los intereses de América. Sin embargo, el guión no toma en cuenta sus posibilidades de realización. No está claro cómo la europeización y la modernización llevarán a Rusia a la democracia. La analogía con Turquía es poco convincente. Casi setenta años de modernización cambiaron Turquía, sin duda alguna, permitiendo pasar de la tradición imperial a un Estado moderno. Pero, a pesar de todo, Turquía se sigue viendo como un país extra europeo y eso no ocurre debido al sistema de gobierno o al papel del islam. En la Europa secular, que se embriaga con una visión de la utopía posmoderna, la reserva hacia Turquía es el resultado de una diferenciación de los modelos de cultura y de los sistemas de valores. Merece la pena subrayar que esa actitud relativista respecto a otras civilizaciones, la renuncia a la propagación de los propios modelos, llega a ser un factor que hace imposible una aceptación definitiva. Los casi setenta años de modernización comunista aniquilaron los modelos de civilización rusos y consolidaron las posturas xenófobas respecto a Europa.

Podemos registrar que, debido a la falta de disposición por una Europa del Este, con Polonia o sin Polonia, el interés nacional polaco debería concentrarse en la tarea de formar una Europa en el este. He intentado demostrar que ésas fueron las directrices polacas en épocas y situaciones diferentes. Merece la pena considerar las conclusiones de esas experiencias.

El historiador polaco Henryk Samsonowicz concluyó con acierto cuando dijo: «el desarrollo de la Europa Central y del Este tuvo lugar en los tiempos en que Occidente la necesitó». Vale la pena preguntarse, ¿en

qué estriba el interés de Occidente? ¿Hasta qué punto la participación y actividad polacas llegan a ser un elemento de seguridad y desarrollo para Europa?

EL INGREDIENTE POLACO Ser participante y miembro de una comunidad europea requiere preguntarse no sólo por «la contribución» aportada. Para prevenir continuamente esa tendencia que viene de la pérdida del siglo XVII, es decir, del rechazo del papel de las periferias, hay que crear una Europa propia que realice los intereses de Polonia. La afiliación a la UE va a ayudar mucho a ello. Si se habla, pues, de formar una Europa en el este, hay que recordar que ésta empieza en Polonia. El éxito en este campo va a ser el único argumento capaz de convencer a los socios y vecinos de que hay que tomar en cuenta los intereses de Polonia.

De largo alcance geopolítico, en la próxima década, la creación de una Europa en el este significaría también el reparto del papel que van a desempeñar los países de este territorio. Se supone que las potencias globales adjudicarán esos papeles. Al tomarlo en consideración hay que recordar que se sacrifica a los peones para obtener unos fines estratégicos. Las preguntas formuladas aquí tienen como propósito buscar soluciones, de modo que los países pequeños de la zona fronteriza no servirán de peones. Polonia va a desempeñar su papel siendo un elemento favorable al proceso de integración. El alcance del proceso no está precisado, pero al analizar los intereses resulta que el proceso puede abarcar a los países orientados hacia la UE, pero que en un futuro previsible van a permanecer fuera de ella. Polonia posee el potencial de abogar por la integración, lo cual le permite definir su posición dentro de la UE.

Si aparece en Polonia el miedo a las variantes de la Europa del Este ya conocidas, surge entonces la necesidad de actuar en pro de la integración europea. Por lo tanto, no hay que dudar más sobre la integración de Polonia con la Unión Europea. Nadie quiere que Polonia juegue el papel de baluarte de Occidente expuesto a la deflagración y la devastación. Tampoco les conviene a los polacos el papel de una Polonia como

puente entre Occidente y el este, ya que parece que a lo largo de su historia sirvió de paso de tropas ajenas. Al desear la seguridad dentro de la Unión y al ver su futuro en crear una civilización europea, Polonia debería contar con ella misma. Polonia ha podido y puede ser una puerta para y hacia Europa.

A lo largo de los siglos, los polacos estuvieron construyendo la originalidad de su historia en el eje que iba del Báltico al mar Negro, pero hoy en día ese eje ya no existe. La configuración resultante de los años 1989-1991 supone una nueva oportunidad histórica. Polonia es el único país que está realmente arraigado en la tradición europea y tiene una experiencia natural respecto al este. Diría metafóricamente que Silesia y la costa de Gdansk constituyen las bisagras de nuestra puerta europea. Ellas unen Polonia con la Europa Central y con la del Este, pero a la vez permiten también abrir de par en par su propio espacio nacional. Otros países modernos de la Europa del Este carecen de esta oportunidad.

Creo que, a pesar de las opiniones expresadas, la identidad nacional tendrá una importancia decisiva en el proceso de la integración europea. Esto no se refiere sólo a los vecinos polacos del este. El enlace nacional permanece como elemento imprescindible de toda la civilización europea. En Polonia esto no es sólo cuestión de unos sentimientos abstractos. Los polacos forman parte de Europa como una nación y desde ese punto de vista son capaces de crear en el este unas relaciones de colaboración. Cualquier visión de una versión global y mundial del europeísmo hay que catalogarla como peligrosa. Tanto hoy en día como en el futuro, lo más importante para Polonia será su aptitud para participar en el diálogo europeo y de entablarlo con el este. Esta última tarea requiere una confrontación, una identidad fuerte sin desvanecimiento ninguno. O los polacos apoyan los procesos nacionales y lo europeo en el este o Rusia introducirá allí su versión de relaciones humanas. Alguien nombrará esa realidad como una Europa del Este, pero ¿seremos capaces de darnos cuenta de su carácter irónico? Por consiguiente, Polonia tiene interés en crear una Europa del Este.

RETOS DE LA AMPLIACIÓN EUROPEA

La disposición de abrirse hacia el este será real si una Europa nueva se enfrenta a los desafíos del futuro. Esto no implica, obviamente, la expansión, sino el afianzamiento de la competencia económica. En el siglo XXI esto va a significar la posesión de un potencial adecuado de ciencia[7]. El dinamismo de una civilización significa también su habilidad para mantener un potencial demográfico, es decir, las relaciones de equilibrio con los territorios donde la población crezca más ágilmente. El problema de la seguridad en el futuro consistirá, en gran medida, en detener las migraciones desde los países extra europeos. Es necesaria una intensa actividad a favor del sur, mucho más pobre. Las fronteras cerradas y el proteccionismo no son métodos eficaces. El olvido sobre la propia identidad a favor de cualquier versión de globalismo constituye, en cambio, un remedio eficaz para realizar las prognosis de la decadencia de la civilización europea.

Al disponer de los medios de comunicación actuales, la vecindad no parece un factor que decida sobre el papel civilizador. No obstante, es en los flancos del sur y del este donde la cuestión de las migraciones resultará muy importante desde el punto de vista europeo. El papel de Polonia en esta situación no puede limitarse a detener las oleadas migratorias. Al contrario, el interés común debe consistir en actuar a favor de una frontera abierta. Ello implica una reconstrucción económica y unas reformas democráticas en los países vecinos de Polonia. Sobre todo, significaría la vuelta de esos países al papel de zona fronteriza que, como una parte de la civilización dinámica, queda abierta a las influencias exteriores, recibe y trata la información que viene de fuera. Parece que en este proceso el carácter fronterizo sostiene el dinamismo y la autenticidad de las transformaciones. La modernización necesaria, el desarrollo económico y la democracia forman Europa. Hay que encontrar, también, unos valores europeos en la propia herencia, puesto que no se pueden importar los valores fundamentales. Todo esto confirma la suposición de que los procesos de integración se realizan en las estructuras nacionales. Como consecuencia de un nuevo descubrimiento de Europa y de una estimulación

de las estructuras nacionales, la frontera de la civilización europea se desplazaría muy lejos al este y al sur. Los conflictos que nos han perseguido en la última década no son el resultado de la existencia o el renacimiento de las naciones.

POLONIA EN EL VIEJO CONTINENTE El papel de Polonia va a desarrollarse en la zona fronteriza de la civilización. Esta Europa del Este va a ser un mundo fronterizo y el espacio de un encuentro animado entre civilizaciones. No va a ser un choque o mero contacto, sino un encuentro, es decir, una relación basada en el equilibrio de interacciones. El modelo civilizador para el *Intermarium* va a ser el Mediterráneo, un mundo basado en la realidad de varios encuentros.

El papel de la zona fronteriza estriba, en este caso, en arreglar de nuevo las relaciones con Rusia y con los otros países vecinos, sobre todo en el Cáucaso. No se puede sobrestimar la influencia de Polonia en Rusia. Además, el florecimiento europeo puede constituir un elemento de transformaciones en Rusia.

La civilización europea sigue siendo una oportunidad para construir, a partir de elementos comunes, unas identidades diferenciadas según modelos originales. Una Europa del este así no diferiría de la occidental más de lo que lo hace la Europa mediterránea de la escandinava. Sin tener una forma política, sin buscar una cooperación económica más estrecha, fuera de las estructuras de la UE, la Europa del Este constituiría solamente un original espacio civilizador. Significaría la negación de divisiones —Oriente frente a Occidente—, o pondría a esa relación su sentido inicial. ¿Es posible todo eso?

En todo caso, ¿cabe reconocer una variante así como algo deseable? La tarea de construir una Europa en el este pertenece a Polonia, pero se ve claramente que eso exige unas interacciones intensas. Una oportunidad para esto sólo aparecerá cuando se extienda Europa desde Gibraltar al Cáucaso. Esto, en cambio, significa la resignación del concepto de expulsar el este y la vuelta a las actividades llevadas con una frontera abierta. Una decisión así la puede tomar solamente una Europa segura

de su identidad y determinada en defender su particularidad. Esto se refiere también a Polonia. La Europa del Este sigue siendo un símbolo de división; no obstante, puede resultar deseada no sólo como una designación geográfica, sino también como un permiso para que existan papeles diferentes e imprescindibles dentro de una civilización indivisible y unificada de nuevo. JAN KIENIEWICZ

NOTAS

1 Los Piast: primera dinastía reinante de Polonia. El primer representante histórico de la familia fue el Duque Mieszko I (alrededor de 960-992); el último rey de Polonia de esta dinastía fue Casimiro el Grande (1333-1370).

2 Los Jagellones: dinastía de origen lituano que ocupó los tronos de Polonia, Lituania (1386-1572), Bohemia (1471-1526) y Hungría (1440-44, 1490-1526). Su nombre proviene del Gran Duque de Lituania, Ladislao Jagellón, quien, tras haber sido bautizado, se casó con la reina de Polonia Santa Eudivigis (1386). El mismo año fue coronado como rey de Polonia (1386-1434).

3 El término «rutenos» se utilizaba para designar a los eslavos orientales que vivían dentro de las fronteras del Reino de Polonia (hasta 1795) y en particular a los eslavos orientales (ucranianos), que vivían en la parte oriental de Galicja (Galitzia), región autónoma de Austria-Hungría formada por la repartición austriaca de Polonia.

4 Escitia: zona al norte del mar Negro, entre los Cárpatos y el río Don, poblada desde el siglo VIII a. C. por los Escitas, pueblo iranio.

5 Véase J. Kieniewicz, «Del Báltico al mar Negro: *Intermarium* en la política europea», *Política Exterior* nº 61, XII (enero-febrero, 1998), pp. 59-73.

6 Z. Brzezinski, *The Grand Chessboard. American Primacy And Its Geostrategic Imperatives*, Harper-Collins Publishers, 1997.

7 L. C. Thurow, *The Future of Capitalism*, 1996.

Fondos de Fondos Ibercaja Selección.

Nos ocupamos de todo por usted. Alivio instantáneo.

Seleccionamos los mejores fondos para rentabilizar al máximo sus ahorros.

iberCaja

Uno de los primeros Grupos Financieros en Gestión de Patrimonios.

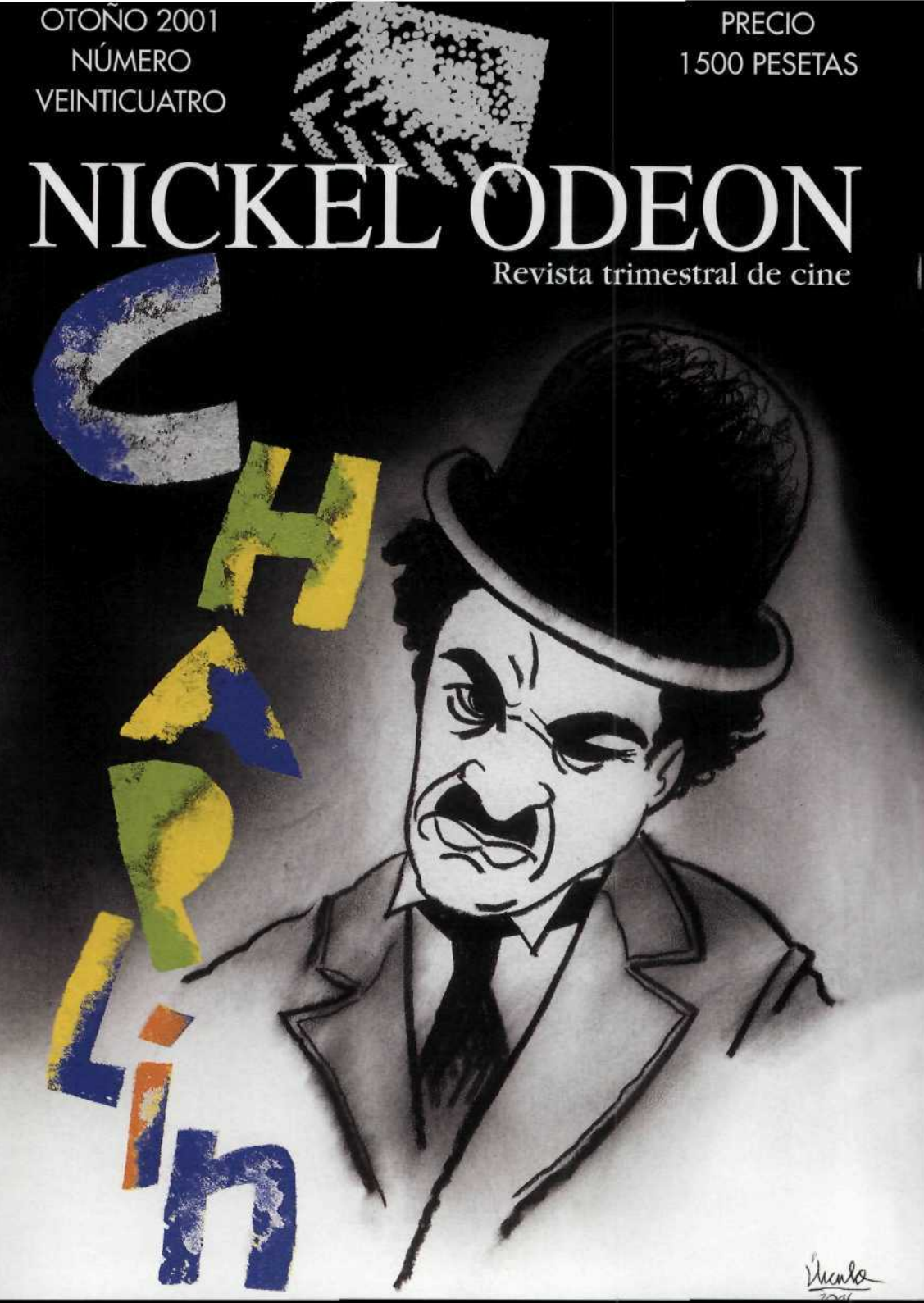
OTOÑO 2001
NÚMERO
VEINTICUATRO

PRECIO
1500 PESETAS

NICKEL ODEON

Revista trimestral de cine

CHAPLIN



La peculiaridad del cine polaco

por **KRZYSZTOF ZANUSSI**

Cuando era estudiante universitario, antes de consagrarme al cine, cursaba Matemática y Física. De acuerdo con esa formación mía universitaria, podría ahora usar una fórmula para justificar la incursión que me propongo realizar en la historia polaca, antes de abordar lo que corresponde decir acerca de su cine. Porque quien quiere estudiar los frutos de un tipo de árboles, antes tiene que conocer las raíces de esa especie, pues su morfología puede ser clave para explicar el sabor amargo o dulce de la fruta. Estas raíces son precisamente la historia, y a ellas quiero referirme antes de abordar en qué consiste nuestra producción cinematográfica.

En el siglo XVI, en el mapa de Europa, el Reino Polaco-Lituano ocupaba un territorio que se extendía desde el Báltico hasta el mar Negro. Éramos, pues, una potencia. En los siglos del Barroco, vencimos a Rusia y ocupamos su capital; el monumento que conmemora a los líderes del levantamiento contra los polacos se encuentra hoy frente al Kremlin. La Gran Polonia fue un país que comprendía varias religiones y etnias. En su territorio se hablaban varios idiomas, que fueron cayendo en desuso conforme las élites sociales se polonizaban.

Hace dos siglos empezó el período que podemos considerar el de nuestro fracaso. Habíamos sido una potencia, pero llegamos a ser nadie y nos sumergimos en la inexistencia. Durante ciento cincuenta años tuvimos que soñar con aquello que, para otras naciones, era una obviedad: nuestra independencia. Queríamos un Estado propio porque éramos una nación ya consolidada. La realización de esos sueños llegó tras la Primera Guerra Mundial, la borró luego la Segunda; después de ella, debido a los acuerdos de Yalta, caímos en una semisoberanía de la que nos liberamos hace apenas diez años.

En esta descripción de la cultura polaca, el siglo XIX ocupa un lugar sustancial. Hasta ahora hemos vivido su continuación y por eso me paro a reflexionar sobre él. Polonia, inexistente como Estado, vivió incorporada a tres países vecinos. Fué una provincia de Rusia, otra de Austria y otra de Prusia. Dos de estos países se diferenciaban por la religión: Rusia era ortodoxa y Alemania protestante. Austria era católica y multinacional, razón por la cual los polacos gozaban de mayores derechos y mayor libertad en este país. Si se miran los méritos de la cultura polaca de la época, después del reparto de Polonia entre Rusia, Austria y Prusia, cabe observar que la cultura estaba más viva allí donde se suponía más oprimida.

Si me preguntan por qué retrocedo dos siglos hacia atrás, cuando mi disciplina —el cine— tan sólo tiene cien años, trataré de mostrar en mi respuesta que, antes de hablar de logros artísticos, merece la pena atender a esta pregunta: ¿qué lugar ocupa la cultura, y más concretamente, los logros artísticos, en la vida de cada sociedad? La peculiaridad de Polonia consiste en que los logros de los artistas constituyen un elemento básico de nuestra conciencia nacional.

LA ESCUELA POLACA DE CINE

Se entiende como tal el movimiento estético-ideológico predominante en el cine polaco a finales de la década de los años 50. Surgió como una oposición generacional de los cineastas polacos frente al esquematismo del arte del realismo socialista, vigente a principios de esa década. Los que participaron en este movimiento eran jóvenes directores, actores y directores de fotografía, casi todos licenciados en la Escuela Cinematográfica de Lódz. Su posición artística estaba, por un lado, vinculada a la situación política del *deshielo* del año 1956; y por otro, impulsada por el cambio en la organización de la industria cinematográfica en Polonia. Por primera vez en un país del ámbito soviético, se habían organizado cooperativas y asociaciones de productores de cine, que lograban de ese modo una mayor independencia del régimen, lo mismo que una creciente productividad.

Al vivir diseminados por tres grandes imperios (de los que sólo dos pertenecían a Occidente, mientras que el tercero nacía de la tradición bizantina), los polacos encontraron a lo largo del siglo XIX un punto de encuentro no en el Estado sino, sobre todo, en la cultura. Grandes poetas y compositores, novelistas y pintores eran para nosotros los autores de los determinantes de la identidad nacional, pues, aunque fuera simbólicamente, creaban la expresión de un Estado inexistente.

A consecuencia de esta sustitución del Estado por el arte, el papel de las obras de creación llegó a ser de repente desproporcionadamente grande. Al autor de *Quo Vadis* y primer ganador polaco del Premio Nobel, la nación le edificó una magnífica residencia, con el dinero de todos. Dos poetas románticos fueron enterrados al lado de los reyes en la catedral de Cracovia. Chopin es considerado un santo nacional y durante la ocupación nazi su música estuvo prohibida ya que, según la Administración alemana, despertaba sentimientos nacionales. ¿En qué otro lugar un músico podría llegar a gozar de un rendimiento *à rebours* semejante? Los cuadros de un pintor patriótico de finales del siglo XIX se

El movimiento, en su vertiente estética, alude a la tradición romántica en la literatura polaca. De forma innovadora, plantea temas que se consideraban tabú en la historia nacional, como el de la campaña de septiembre del 1939 o el ejército nacional (AK). Los jóvenes realizadores se concentraron en el problema del individuo frente al totalitarismo, hicieron una fuerte crítica a la época estalinista y, finalmente, cuestionaron de manera polémica la mitología nacional polaca. Los directores más destacados pertenecientes a este movimiento son Andrzej Wajda, Andrzej Munk, Kazimierz Kutz y Wojciech Jerzy Has.

escondían de los alemanes. Un castillo barroco de los reyes polacos saltó por los aires por orden expresa de Hitler, al considerarlo símbolo del inexistente Estado polaco: veinte años después fue reconstruido gracias a las cuestaciones públicas y hoy se visita como museo.

PAPEL PROMETEICO DEL CINE

Creo que sólo desde esta perspectiva se apreciará la importancia que tienen en la vida polaca el arte y, en consecuencia, también el cine. Siendo la de este arte la musa más joven —apenas cuenta con cien años de existencia— ha heredado, sin embargo, algo de esa sobrevaloración polaca de las artes, que no encuentra parangón en ningún otro país, si exceptuamos a Rusia. El significado anglosajón de la palabra «espectáculo» es

Colores de camuflaje (1977), de K. Zanussi.

EL CINE DE LA INQUIETUD MORAL

El *kino moralnego niepokoju* es el segundo movimiento generacional y artístico dentro del cine polaco, surgido a mediados de la década de los años 70. El rasgo distintivo común de las películas de este movimiento es el desacuerdo y el rechazo de la realidad que degrada y priva de libertad al individuo, a la vez que insiste en mostrar la imagen del corrupto sistema político y de la vida ideologizada por la propaganda política. Esta vertiente en el cine polaco mostraba a las claras la necesidad de un cambio político y de una renovación moral, que demandaban tanto los artistas como la sociedad polaca en general.

A este movimiento podemos adscribir las películas políticas de Andrzej Wajda: *El hombre de mármol* (1977) y *El hombre de acero* (1981) y *Sin anestesia* (*Bez znieczulenia*, 1978); las de Krzysztof Zanussi: *Iluminación*

entertainment, entretenimiento. Pero según la percepción intuitiva de un polaco, todo «espectáculo» está estrechamente relacionado con la liturgia: es un rito o acto que refiere al individuo a su conjunto nacional. Contrapongo esa visión de una manera bastante exagerada, pero en esta exageración se esboza cierta característica que concierne a mi país.

El sistema totalitario fue una creación racional, basada en unas premisas que no pueden ser demostradas (por eso quiso revestirse del prestigio asociado al vocablo «científico»), pero que hacía sus deducciones lógicas a partir de unas hipótesis asumidas. Durante mis años de estudiante, escuché la conferencia sobre el «socialismo científico» hasta tres veces, ya que otras tantas cambié de Facultad. Aquella conferencia guardaba su lógica. La realidad, en cambio, no guardaba ninguna, al contrario: toda ella estaba llena de contradicciones. En la percepción común de los polacos, la dialéctica marxista fue el arte de explicar que las contradicciones no se contradicen y que las cosas ilógicas respetan la lógica.

(*Iluminacja*, 1973), *Colores de camuflaje* (*Barwy ochronne*, 1977), *Espiral* (*Spirala*, 1978); y finalmente, las de Edward Zebrowski: *Salvación* (*Ocalenie*, 1972) y *El hospital de la metamorfosis* (*Szpital przemienieni*, 1978).

ANDRZEJ MUNK (1921-1961)
Director de cine y fotografía. Es uno de los más importantes representantes de la escuela polaca de cine. Entre sus numerosas obras, cabe destacar en primer lugar *Eroica* (1957), ganadora en el Festival Internacional de Cine en Mar de Plata, en 1959, del premio a la mejor película, al mejor guión y el FIPRESCI. En el contexto de la ocupación nazi, *Eorica* plantea de manera muy irónica el problema de la heroicidad y sacrificio por la patria que funcionan en la cultura y la mentalidad polaca desde hace siglos y que constituye un valor supremo. Otra obra maestra de Munk es *La suerte bizca* (*Zezowate szczescie*, 1959), también en clave de comedia irónica y mordaz, para poner en sordina la

EL CINE DEL REALISMO SOCIALISTA

A toda la cultura del período del socialismo real, del «realismo socialista», le afecta una profunda falta de lógica, una contradicción que es, si cabe, más clamorosa en el cine. Pues casi toda la historia del cine en el período de la República Popular de Polonia es la de unas obras que estaban, en grado mayor o menor, contra el sistema. Así pues, ¿cómo fue posible que el Estado financiara obras de arte que atentarían contra su propia autoridad? En aquella época era un axioma que toda la producción cinematográfica debía estar en manos del Estado. Cabía concebir casas editoriales e incluso universidades privadas, pero no una producción cinematográfica independiente. Incluso la distribución de las películas corría por cuenta del Estado, de modo que si alguien lograba escapar de la censura en la fase de aprobación del guión, podía ser neutralizado después del rodaje, antes de que se distribuyera su película.

Para evitar la tentación de explicar esa paradoja tengo que mencionar una reserva mía, relativa al método de periodización de nuestra historia reciente. Digamos, para ponernos más difícil el tema, que no hubo una sola

mitología romántica polaca. Entre otros, *La pasajera* (*Pasazerka*, 1962) ganó el premio FIPRESCI y el del Jurado del Festival de Cannes en 1964. Era la primera vez que el cine polaco planteaba el problema de un mal totalitario inmanente del sistema nazi a través de los problemas morales y psicológicos del individuo. El mundo tras las alambradas es real, desprovisto al mismo tiempo de las típicas imágenes de martirio, tortura y crimen que suelen ser habituales en las películas ambientadas en un campo de exterminio.

JERZY KAWALEROWICZ (1922-)

Director de cine, vinculado en los años 50 a la escuela polaca de cine. Autor de numerosas películas premiadas en festivales internacionales. Entre ellas, destaca *Celulosa* (*Celuloza*, 1954), que se desarrolla en un ambiente proletario de la época de entreguerras. *El tren* (*Pociag*, 1959) cuenta la relación de tres pasajeros

República Popular de Polonia, sino unas cuantas, que se iban sucediendo con un cierto grado de continuidad, pero también con grandes cambios. Para describir la importancia de esas diferencias recordaré cómo, al estar de viaje por Europa occidental, solíamos demandar que se nos distinguiera entre los países del bloque oriental: Rumanía se diferenciaba de Alemania Oriental, Polonia no era Checoslovaquia, y todos nos presentábamos como diferentes de la Unión Soviética. Esas diferencias en el espacio se cruzaban con otras diferencias realtivas al tiempo. La Polonia después de octubre se parecía en algo a la Hungría tardía de Kádár; la Checoslovaquia de Novotny se parecía a la Polonia de Gierek, pero lo que nos diferenciaba prevalecía siempre sobre nuestras semejanzas. Eso se puede comprobar de una manera extraordinaria en nuestras respectivas películas.

Austeria (1982), de J. Kawalerowicz

Sólo tuvimos un elemento en común: la estatalización de la cinematografía y

de un tren nocturno que se dirige hacia la costa, en la que se plantea el universal problema de la soledad del individuo y de la fragilidad de los valores morales, que una situación extrema pone en evidencia. *La madre Juana de los Ángeles* (*Matka Joanna od Aniolów*, 1961) es una película basada en un relato de Jaroslaw Iwaszkiewicz y ambientada en la parte oriental de la Polonia del siglo XVIII. La protagonista de la película, la madre Juana, priora de un convento, está endemoniada. Para salvarse, acude al monasterio donde vive el cura Suryn. Entre los dos nace un inesperado y no deseado amor. La película es un magnífico estudio de la psicología humana, en el que se analiza cómo el individuo se enfrenta a los límites de su libertad, tanto naturales como impuestos por diferentes dogmas. *Faraón* (*Faraon*, 1966), es una adaptación de la novela histórica de B. Prus del mismo título, y que fue nominada en el año 1967 para el Oscar. La película está ambientada en el antiguo Egipto de

su sometimiento al riguroso control del Partido. En todo el bloque de países comunistas se repetía hasta el aburrimiento una frase atribuida a Lenin: «el cine es la más importante de todas las artes». En los años setenta los propagandistas solían decir que si Lenin siguiera viviendo, no habría usado la palabra «cine», sino «televisión». En la consideración de la importancia de los medios, los comunistas fueron, sin duda, modernos. (Hitler y Mussollini también pueden estar orgullosos en este sentido). Las democracias habían dejado al arte el papel de comentador. En el totalitarismo, en cambio, apreció la posibilidad de moldear activamente posturas vitales por medio del arte, pues valoraba altamente el potencial instrumental del cine. Creo que incluso lo sobrevaloró. Cuando miramos hacia atrás, a los méritos de la ficción propagandista, no podemos sino sentir compasión, y ninguna de las obras concebidas como proyección del nuevo hombre socialista ha pasado a la historia. Lo único que han sobrevivido son las obras críticas con aquella realidad histórica.

Recuerdo el socialismo como la primera etapa del cine de posguerra. Lo experimenté como alumno de Bachillerato y no guardo de aquella

manera universalista y atemporal, plantea el problema y los mecanismos del poder, de la religión y de su peso en la vida social. Fue realizada con gran alarde de medios técnicos y un uso vanguardista de métodos de rodaje. En su momento fue uno de los mayores éxitos comerciales del cine polaco. *Austeria* (1982) es una película basada en una novela de Julian Stryjkowski y se desarrolla en el año 1914, en el momento del estallido de la Primera Guerra Mundial. El mágico mundo de la sociedad judía en el territorio de Galicja (parte suroriental de Polonia), regido por las tradicionales normas morales, se desvanece convirtiéndose en la premonición del futuro holocausto.

ANDRZEJ WAJDA (1926-)
Director de cine y de teatro, directamente implicado en los años 80 en la lucha contra el régimen comunista. Ha sido galardonando con numerosos premios internacionales, entre otros, el Cesar (1982), Felix (1990) y el

época ninguna experiencia personal, aparte de una proyección de *El mago de Huerta*, de Miczurin, a la que asistimos un día lectivo. Las puertas de salida del cine Atlantic, a donde nos llevaron, quedaron cerradas con llave para impedirnos la huida. Ahora recuerdo aquello con horror, imaginando lo que hubiera podido pasar de haberse declarado un incendio.

CULTURA Y MASA

Si he dejado constancia del elemento de modernidad en la postura de los comunistas respecto al cine, me permito dar un paso más allá y valorar otro elemento de su postura que tan sólo hoy día cabe entender, que tiene también *futuro*. Me refiero al carácter *de masas*, un valor que trataban de favorecer en la cultura. A este respecto, los dos totalitarismos del siglo pasado compartieron una misma postura que, si bien podría parecer bárbara, resultó sin embargo victoriosa. Tanto el comunismo como el nacionalsocialismo despreciaron a las élites, asociadas, según ellos, a la degeneración y a la impotencia. Los bolcheviques se cuidaron de

Oscar en 1999, en reconocimiento a su carrera. Wajda es, quizá, el director polaco más conocido en el mundo y además muy aclamado por sus compatriotas. Casi todas sus películas se convirtieron en hitos de la cinematografía polaca y perviven en la conciencia nacional como *películas de culto*.
En los años 50 se convirtió en uno de los creadores del ya mencionado movimiento de la escuela polaca de cine. En 1955 realizó para este movimiento la representativa película *Generación* (*Pokolenie*), ambientada en la Varsovia ocupada por los nazis, en la que introdujo por primera vez los cambios estéticos e ideológicos que iban a manifestarse plenamente en sus futuras obras.
Canal (*Kanal*, 1956), galardonada por el jurado del Festival de Cannes en el año 1957, inaugura el movimiento de la escuela polaca. Cuenta la trágica historia de los jóvenes soldados del ejercito nacional que, tras la derrota del Levantamiento de Varsovia, mueren o enloquecen dejando atrás el horror, el miedo, la juventud y los ideales. Esta película no sólo emociona sino que

apoyar la vanguardia para insistir durante todo el tiempo que duró su poder en el carácter masivo de la cultura. En el cine y en nuestro país, ese acento estuvo presente en todas las épocas de la Polonia comunista, y sólo se debilitó en la época tardía de Gierek y del General Jaruzelski. Fue entonces cuando la política cultural llegó al culmen de la hipocresía, pues se apoyaba en cualquier vanguardia que estuviera en contra del compromiso social antiautoritario. El artista vanguardista fue un cliente neutral del mecenas, totalmente dependiente y obligado al agradecimiento. Hoy en día, el mercado, con sus requisitos, está a menudo ligado con tendencias que ya en los años cincuenta apoyaban los *apparátchik*, que se comprometían a obtener un amplio público con las obras que eran subvencionadas. El sistema de producción en Mosfilm repetía, en definitiva, los esquemas de Hollywood de los años cuarenta. El *realismo socialista* no desdeñaba el entretenimiento, como lo ponen de

Brzezina (1970), de A. Wajda

sacude la mente del espectador, pues de manera metafórica, y a la vez muy expresiva, entrelaza la historia polaca del siglo XX con la tradición romántica.

Cenizas y diamantes (*Popiól i diament*, 1959) es considerada un clásico de la cinematografía universal y la obra maestra de la escuela polaca de cine. La película cuenta la historia de un joven de apenas veinte años, soldado del ejército nacional que, el último día de la Segunda Guerra Mundial, en un pueblo en Polonia, se enfrenta al dilema moral de la obediencia, la fidelidad a los ideales y la fidelidad a sí mismo.

Entre las numerosas películas de Wajda merecen una mención especial las adaptaciones de la literatura polaca que, al potencial literario, añaden un gran valor artístico. A esta vertiente pertenecen las películas *Las cenizas* (*Popioly*, 1965), basada en la novela de Stefan Zeromski, ambientada en la

manifiesto los musicales del director soviético G. Aleksandrov: *Swiat sie smieje* (1934), o *Wolga Wolga* (1939).

El octubre polaco enterró el *realismo socialista*. El término mismo (*socrealimo*) desapareció del diccionario y en momentos difíciles se vio sustituido por una fórmula procedente de la izquierda occidental, que solía hablar del *arte comprometido*. Fue éste un término simpático, porque no precisaba el objeto del compromiso. La semántica apuntaba a que lo contrario del compromiso era probablemente la indiferencia, y ella no atraía, ni mucho menos, a los artistas.

LA PRIMAVERA DE LOS PUEBLOS

Después de octubre de 1956, en Polonia floreció la segunda generación de cineastas, a la que se denominó como *Kolumbowie*, o sea, aquéllos que tuvieron contacto con la guerra pero que habían madurado en la República Popular de Polonia. Gracias a ellos surgió la Escuela Polaca, una erupción repentina de talentos, dirigidos por Wajda y Munk, junto a los cuales se encontraban, como en contraste, Has y Kutz. De la experiencia

Europa de transición entre los siglos XVIII y XIX (y que incluye el episodio español en la campaña de Napoleón I, protagonizada por un regimiento polaco); *Los abedules* (*Brzezina*, 1970) y *Las señoritas de Wilko* (*Panny z Wilka*, 1979) son bellas películas basadas en la prosa intimista de Jaroslaw Iwaszkiewicz. En esta vertiente encontramos también adaptaciones como el drama modernista de Stanislaw Wyspianski, *La Boda* (Wesele, 1972), galardonada con la Concha de Plata en el Festival de San Sebastián en el año 1973, o *La tierra prometida* (*Ziema obiecana*, 1975) de S. W. Reymont, y *Paisaje después de la batalla* (*Krajobraz po bitwie*, 1970), basado en la prosa de T. Borowski. En 1998 realiza la adaptación de la gran epopeya nacional *Pan Tadeusz*, de A. Mickiewicz.

El díptico *El hombre de mármol* (*Czlowiek z marmuru*, 1976) y *El hombre de hierro* (*Czlowiek z zelaza*, 1980) son dos películas que sintetizan la historia más reciente de Polonia. La primera narra la vida de un obrero de la posguerra,

del *realismo socialista* salieron invictos Kawalerowicz y Rozewicz. Surgieron *Eroica* (1958), *Matka Joanna od Aniolow* (1961), *Popiol i Diament* (1958), *Kanal* (1957), *Jak byc kochana* (1963). Cito al azar estas películas, que lograron para Polonia una fama hasta entonces nunca alcanzada en cualquier otra disciplina artística. El Premio Nobel por *Quo Vadis* no dejó en el mundo una huella que pueda compararse con la que dejaban las películas de la Escuela Polaca.

Vistas con la perspectiva de estos cuarenta años, aquellas películas nada tenían que ver con el socialismo. Fueron más bien una cuenta con la Historia que el destino tributó a nuestra nación, que en grado minimalista registraba los hechos del sistema sin alabarlos. Incluso *Popiol i Diament* se alejó tanto de su prototipo que fue una película políticamente indiferente y, en cualquier caso, no fue propagandista.

En los años de la Escuela Polaca yo empecé a estudiar en la Escuela de Arte Cinematográfico de Lódz. Durante todo un año estuve a las órdenes de Munk. Recuerdo pedir su aprobación durante unas elecciones para la comisión; el propio Munk contaba los votos. Sabíamos que unos cuantos

comunista comprometido a quien el sistema estalinista convierte en víctima de sus propias ideas. La película es una atrevida crítica de los mecanismos del sistema totalitario. Aunque al principio su distribución fue limitada, jugó sin embargo un importante papel en la creación de nuevas posturas, que culminarían con el desmantelamiento del sistema comunista. La segunda parte del díptico se desarrolla durante las famosas huelgas de agosto del 1980, en los astilleros de Gdansk. No es una película documental, pero constituye un valiosísimo documento artístico sobre la historia reciente de Polonia y sobre el principio de los cambios en la Europa del Este. En el momento de su estreno, la película de Wajda constituía además una parte integral, activa en el proceso de los cambios políticos y no sólo un documento que recreaba la Historia.

colegas mayores eran miembros del Partido. Munk, en cambio, estaba fuertemente relacionado con una auténtica formación socialista y desde esa posición se quejaba de las imperfecciones de la República Popular de Polonia, pero parecía creer que era una formación estatal digna de ser elegida (y no sólo de ser aceptada como un mal inevitable). Pienso en esto, tratando de reconstruir en mi memoria el estado de las mentes de mi generación, la que más tarde creó el cine polaco de *inquietud moral* y que denunciaría la discrepancia entre los ideales propagados oficialmente y la realidad social.

El manuscrito encontrado en Zaragoza (1965), de H. Has

En la pantalla de mi memoria se ha archivado la imagen del *socialismo* (como oficialmente se llamaba al comunismo) como un sistema que en realidad fue racional: proponía una economía planificada que evitara las pérdidas debidas a la competencia y que, mediante un bajo

WOJCIECH JERZY HAS (1925-1999)

Director de cine desde los años 60, ligado a la Escuela Polaca de Cine. Autor, entre otras, de la película *Despedidas* (*Pozegnania*, 1958), basada en la novela de S. Dygat, y que constituye una personal aportación melancólico-grotesca a la visión de los años de la ocupación nazi recreada por los directores de la escuela polaca. Realizó también importantes adaptaciones de obras literarias como *El manuscrito encontrado en Zargoza* (*Rekopis znaleziony w Saragossie*, 1965), basado en la obra homónima de Jan Potocki, y que fue aclamada en España y Francia no sólo por su riqueza intelectual sino también por su estética innovadora acorde con la nueva ola francesa. *Sanatorio bajo la Clepsidra* (*Sanatorium pod Klepsydra*, 1973) está basada en la prosa de Bruno Schulz y es una de las películas polacas de mayor belleza estética y quizá una de las más originales. Es una reflexión sobre el tiempo, lo

nivel de consumo, lograra una mayor racionalidad de las inversiones. Por aquel entonces estaba convencido de que aquel sistema tenía oportunidades de imponerse, especialmente por el hecho de que no fuera una democracia: podía tomar decisiones más valientes y afrontar el futuro más animosamente. Esa opinión errónea la compartía además tanta gente en los países del bloque occidental, que lo tomé por un hecho cierto, aunque creía que ese sistema era malo en su esencia. De ahí había sólo un paso a la convicción dicotómica de que si el mal vence siempre, aquel sistema tenía posibilidades de dominar el mundo: sólo quedaba rezar para que eso ocurriera lo más tarde posible. Según la predicción de Lenin, el capitalismo vendería la cuerda con la que el socialismo lo ahorcaría y el comportamiento del bloque occidental en gran medida confirmaba esta prognosis.

EL CINE DE *INQUIETUD MORAL*

La generación mayor de cineastas, educada en la Polonia de antes de la guerra, se adhirió a la izquierda en una resistencia contra la *sanacja* y en protesta contra el mercado, lo que dificultó en alto grado que

inevitable de la muerte. Fiel a la irrepetible prosa de Schulz, evocó el mundo del sueño, de los recuerdos infantiles y la inexistente cultura judía de los confines orientales de Polonia antes de la Segunda Guerra Mundial.

KRZYSZTOF ZANUSSI (1939-)
Es uno de los más premiados y conocidos directores de cine polaco. El mismo ha dicho haber pertenecido, en los años 80, al movimiento de la inquietud moral (*kino moralnego niepokoju*). En el año 1970 realizó *La estructura del cristal* (*Struktura krysztalu*), una película sobre las responsabilidad de las elecciones morales. *Iluminación* (*Iluminacja*, 1973) relata la historia de un joven estudiante de Física que abandona sus estudios para poder mantener a su mujer y a su hijo. Trabaja en una clínica psiquiátrica, en la que, por dinero, deja que se analicen sus sueños. Después vuelve a su carrera científica y,

el cine se elevara al rango de arte. El deshielo de Gomulka dio a esa generación la oportunidad de llevar a la práctica sus viejas ideas autónomas. Por inspiración del espíritu de cooperativismo surgieron asociaciones de productores, la única forma de autonomía de los artistas que existió en todo el bloque soviético. En todos los países vecinos, la industria cinematográfica estatal repetía el modelo ruso, en el que el productor de Hollywood era sustituido por un redactor que jugaba el papel de censor. El sistema de las asociaciones polacas estipulaba que el artista tendría trato con los artistas, el jefe de la asociación sería un artista y se mantendría al habla con el régimen.

El cine de *inquietud moral*, en el que me incluyo por mi trabajo, fue la voz de la generación de los *autóctonos* de la República Popular de Polonia. Los críticos nos atribuyeron una concepción del mundo común, en la que la ética prevalecía sobre la política y lo individual sobre lo colectivo. Ambos elementos son bastante incompatibles con el marxismo. Me convencí de ello al rodar mi película *Constans* (1980), cuando el jefe cinematográfico de aquel entonces, el señor Juniewicz,

siendo ya trabajador de la universidad, empieza a padecer del corazón. Con esta película, Zanussi añade, al motivo ya conocido en el cine polaco de la confrontación del individuo con la historia, una nueva confrontación: la del individuo con el absoluto.

Colores de camuflaje (*Barwy ochronne*, 1978) es una de las más importantes películas del movimiento del cine de la inquietud moral. En un ambiente de campamento científico, Zanussi desnuda despiadadamente el conformismo y el oportunismo de la intelectualidad polaca. Describe una realidad donde el sistema del caciquismo imposibilita el desarrollo de verdaderas individualidades. En una de sus más conocidas películas, *Constans* (1980) expone su credo artístico comprometido con la defensa de los valores inamovibles, constantes éticas que no dependen de las circunstancias históricas ni cambios políticos. Para Zanussi, el entorno natural del individuo es su código moral y no la realidad manipulada por las circunstancias, como el hipócrita y corrupto

sugirió que pusiera en la película un final unívocamente negro porque, en su opinión, mi héroe obedecía a una añoranza general y comprensible por unos valores absolutos y el final debía mostrar inequívocamente que aquellos valores no existían en el mundo. Antes, al rodar en Occidente una película semidocumental sobre los abusos de la medicina, me encontré con los emigrantes chilenos izquierdistas, quienes criticaron mi intención diciendo que, aunque ellos mismos fueron torturados, sabían distinguir entre las torturas que sirven a los movimientos retrógrados y las que sirven al progreso, y utilizarían las últimas cuando recuperasen el poder, me aseguraron.

De las esferas de la última generación del cine de la República Popular de Polonia surge en la actualidad un suspiro triste de nostalgia con la idea de que el pasado fue mejor, pues el artista hoy ya no es libre, cuando la censura ha sido sustituida por el dinero. Aún no se oye el grito: ¡Vuelva el comunismo!, pero la sola añoranza por un mundo irreal pasado es, en cierto modo, vituperable. Por supuesto, cabe decir que vivíamos mejor aunque, ciertamente, no todos, porque muchos autores muy

entorno de la Polonia de finales de los años 70, donde se ha de mover el joven protagonista de esta película.
La espiral (*Spirala*, 1978) es la estremecedora historia de Tomasz, que al enterarse de su incurable enfermedad, decide suicidarse en los Tatras. Su plan no funcionó, ya que los compañeros del refugio en las montañas emprenden su búsqueda. El protagonista, ingresado en un hospital, experimenta una aparente mejora que aprovecha para poder decidir sobre su destino, arrojándose por una ventana. La película es un estremecedor estudio de la muerte, del miedo y del intento de superarlo.

KRZYSZTOF KIESLOWSKI (1941-1996)
Es quizá el director polaco más conocido en el mundo en la última década. Se inició como documentalista para después convertirse en uno de los más profundos moralistas del cine europeo. Sus primeros largometrajes pertenecen a la

dotados no entraban en el campo de juego de aquel entonces. Por otra parte, recordémonos a nosotros mismos que vivíamos mejor cuando decíamos «en lugar de». Fuimos una forma de voz libre concesionada, a la que se escuchaba «en lugar de» la ahogada discusión pública, política y social. Estuvimos por aquel entonces, en los años setenta, sujetos a unas vejaciones menudas, pero no a persecuciones.

Hoy es más difícil tener éxito. Todos emprendemos el mismo camino. Tenemos que atravesar el tumulto de la información, la falsedad de la publicidad, la apatía de la gente perdida en el proceso ininterrumpido de cambios, y dirigirnos a una sociedad atomizada y tan venida a menos que con dificultad se permite comprar una entrada de cine (aunque nos puede ver en la televisión).

Una última observación. Precisamente en estos tiempos difíciles, en la figura de Kieslowski, el cine polaco ha tenido un éxito inédito entre nosotros, que ha superado tanto a la Escuela Polaca como a los triunfos de la época del cine de *inquietud moral*. Kieslowski ganó un reconocimiento mundial sin explotar el exotismo polaco, sin abusar

KRZYSTOF KIESLOWSKY

Serafino Murri

Ediciones Mensajero
Bilbao, 1998, 242 páginas

corriente del cine de la inquietud moral: *El personal* (*Personel*, 1975), *El aficionado* (*Amator*, 1979), *Casualidad* (*Przypadek*, 1981). Se dio a conocer ampliamente como autor de un ciclo de diez películas televisivas, titulado *Decálogo* (*Dekalog*) que resulta un personal y escalofriante comentario de los diez mandamientos. Estas películas aparentemente frías ahondan en los sentimientos y cuestionan los valores éticos, aportando al ciclo características de una tragedia griega. *La doble vida de Verónica* (*Podwójne zycie Weroniki*, 1991) es una bellísima historia de dos almas gemelas, dos mujeres idénticas que viven en dos lugares

de la compasión por la víctima. Simplemente apareció en nuestro arte y se puso con toda naturalidad al frente, porque supo acentuar dos elementos que siempre estuvieron presentes en el cine polaco y que en el *Decálogo* (1989), *La doble vida de Verónica* (1990), o en *Los Tres Colores* (1993-1994), igual que en su más temprano y no apreciado *Sin fin* (1984), se unieron armónicamente: me refiero a la ética y a la metafísica.

Permítanme que abandone ahora esta perspectiva puramente polaca e intente mirar al arte del nuevo siglo en su dimensión universal. Si hablamos del arte como de un espejo en el camino de la vida; si miramos la imagen que nos ofrece nuestro arte, entonces nuestra vida a comienzos de un nuevo milenio se halla en una crisis más grande de lo que nos puede parecer a primera vista. No veo ninguna disciplina del arte que en los últimos años no se haya encontrado tan cerca de lo que, sin eufemismos, podemos llamar «un callejón sin salida». KRZYSZTOF ZANUSSI

diferentes y que presienten mutuamernte su existencia. Es una hermosa historia sobre la vida y la muerte, lo irrepetible de cada existencia y lo estereotipado de la de todos, donde, como siempre en las películas de Kievslonski, cobra una importancia especial la fotografría y la música.

La última obra del tempranamente desaparecido director es la trilogía *Tres colores*. Los títulos de las tres películas aluden a los colores de la bandera francesa y a la vez a los lemas fundamentales de la democracia: libertad, igualdad y fraternidad: *Azul* (1993), *Blanco* (1994) y *Rojo* (1994).

AGNIESZKA MATYJASZCYK GRENDA

COMERCIO ELECTRÓNICO

Los consumidores, ¿atrapados en la red?

Tras el auge experimentado en los últimos años por el comercio electrónico, como sostiene **Almudena Gómez de Cecilia** en este comentario, ha aparecido la otra cara de la moneda. ¿Qué hacer cuando el sistema no funciona? ¿A quién acudir en busca de responsabilidades? La realidad se ha impuesto: no existe una debida protección jurídica que defienda los derechos del consumidor. ¿Nos debe llevar esta evidencia a abandonar el comercio a través de la red y renunciar a sus innegables ventajas? ¿O será mejor buscar la manera de salvaguardar los intereses de todas las partes implicadas?

El rápido desarrollo de los negocios a través de la red, especialmente en su modalidad B2C —«*business to customer*»—, sorprendió a los Gobiernos en todo el mundo, responsables de las garantías jurídicas de las actividades comerciales desarrolladas en su territorio, pues la regulación de estas actividades empresariales a través de la red tropezaba con dos problemas fundamentales: uno de tipo sociocultural y otro de alcance territorial.

Lo primero que se planteó, al inicio de la explosión de las compañías *.com* fue si realmente era necesaria la intervención del legislador o si, dada la continua evolución de este sector y su dinamismo, no sería más eficaz recurrir a la autorregulación por parte de los operadores, para no incurrir en el doble riesgo de frenar el desarrollo de su actividad y dictar normas que quedasen obsoletas desde el momento de su entrada en vigor.

La segunda cuestión apuntada procede del propio carácter transnacional de los negocios en la red. Nada resulta más sencillo, para el consumidor de cualquier punto del globo terrestre, que entrar en la página *web* de

la librería virtual Amazon.com y adquirir un título mediante pago electrónico. En este caso, el simple hecho de tratar de fijar cuál sería la legislación aplicable a dicha transacción o el órgano judicial encargado de resolver una controversia surgida de su transcurso, es una tarea irrealizable.

Estas simples cuestiones dan idea de la complejidad de las situaciones a que nos enfrenta el crecimiento de los negocios virtuales.

Por supuesto, son muchas más las que se plantean, especialmente en lo que se refiere a la nueva estructura que los empresarios adoptan en la gestión de sus negocios y las consecuencias que se derivan en materia de protección de los consumidores. No obstante, con ser éstas incluso más acuciantes, no podrán lograr una respuesta eficaz, si no se solventan antes los puntos de partida para regular la actividad empresarial a través de la red.

¿INTERVENCIÓN O AUTORREGULACIÓN?

Estados Unidos ha ejercido, como de costumbre, la posición de liderazgo en la creación, establecimiento y difusión de los negocios en Internet. De acuerdo con la cultura jurídica del mundo anglosajón, mucho menos dada a la prolijidad reguladora que la del área continental europea, se ha confiado el buen orden del mercado y la protección del consumidor, a la autorregulación de los operadores mediante códigos de conducta empresarial.

Sin embargo, como ya ocurriera en otros sectores que tuvieron que acabar por ser intervenidos mediante legislación federal (verbigracia, el sector financiero y asegurador), la autorregulación no ha sido suficiente para garantizar la protección del consumidor. Hasta el punto de que hoy, tras diez años de experiencia comercial, se levantan en los ambientes profesionales norteamericanos voces autorizadas que reclaman —la expresión es literal— un régimen de «intervención a la europea».

Aunque Europa se incorporó a la revolución tecnológica con cierto retraso, lo hizo con buenos resultados inmediatos y alto crecimiento exponencial, que, en algunos países, alcanza ya *ratios* muy similares a los norteamericanos.

Al principio, en un intento de favorecer esta expansión, se pensaba en la Unión Europea que quizá fuera conveniente potenciar la autorregulación

de tipo norteamericano. Muestra de ello es el Código de Conducta en materia de pago electrónico, elaborado por la Comisión en 1987. Sin embargo, a medida que los Gobiernos han tomado conciencia de los problemas que genera el paso a Internet de sectores tan sometidos a regulación como la actividad bancaria y de mercados financieros, se ha hecho evidente la necesidad de intervención legislativa.

Justificada la actuación del legislador por el devenir de los acontecimientos, quedaba por aclarar la cuestión que, de manera inmediata, se plantea a continuación, a saber: el carácter transnacional de la mayor parte de las transacciones que se efectúan a través de Internet.

LA DIRECTIVA DE COMERCIO ELECTRÓNICO

Cuando una empresa lanza su negocio en la red, lo hace con el afán de captar clientes que adquieran sus productos o servicios desde cualquier parte del mundo, lo que se pone de manifiesto, especialmente, en las páginas *transacciones web* de las empresas pertenecientes a las dos grandes comunidades lingüísticas del mundo (hispanohablantes y anglosajonas).

Esta globalización comercial, que ya parece irreversible, ha puesto de manifiesto que la sede más adecuada para la regulación de la actividad empresarial en Internet sería la World Trade Organization, mediante acuerdos multilaterales que añadieran mayor seguridad jurídica y permitieran afianzar la confianza de los consumidores.

Este carácter internacional de la red ha provocado que los países miembros de la Unión Europea ni siquiera se hayan planteado si la regulación de los negocios en Internet debería ser, o no, objeto de la integración. Es evidente que así debe ser para eliminar los obstáculos procedentes de la disparidad de legislaciones y elaborar conceptos jurídicos a nivel comunitario, que puedan ser objeto de interpretación coherente por parte del Tribunal de Justicia, estableciendo, así, un acervo común en beneficio del eficaz funcionamiento del mercado interior.

Para armonizar las legislaciones de los Estados miembros se ha optado por la creación de una Directiva, es decir, de un marco normativo que

deberá ser recogido mediante ley en cada uno de ellos, fijándose como plazo máximo para la transposición el 17 de enero de 2002.

Hace ahora una año que se aprobó esta Directiva y, en la valoración de sus disposiciones, hay que hacer notar, en primer término, que la actividad virtual ha desbordado nuevamente las previsiones legislativas. El contenido de esta Directiva resulta excesivamente general y, por tanto, falto de concreción para resolver los problemas que se han generado, especialmente desde el punto de vista del consumidor final, por lo que quizá habría que considerar esta norma como «demasiado escasa, demasiado tarde», al decir de los ingleses.

Así lo ha reconocido el Consejo de Lisboa, que ha recomendado apresurar la aprobación de disposiciones que son ya indispensables, como la Directiva sobre servicios financieros prestados a través de Internet.

No obstante, este intento regulador debe considerarse como un primer paso en la dirección adecuada, la manifestación de una mayor sensibilización respecto a la actividad empresarial a través de Internet que, si hasta el momento se había considerado como un deseable futurible, ahora se presenta como un urgente y difícil reto para los poderes reguladores.

Las reuniones del Consejo contemplan ya, entre los capítulos de conclusiones, uno específicamente dedicado a la sociedad de la información y a los progresos que se realizan en cuanto a su armonización normativa. La Directiva de 17 de julio de 2000, no parece que pueda ser nada más que un tránsito hacia regulaciones que, necesariamente, serán mucho más detalladas y estarán especializadas desde el punto de vista sectorial.

LA PROTECCIÓN DE LOS CONSUMIDORES

El tercer problema, apuntado al estudiar las cuestiones que reclaman una actuación más urgente por parte de los legisladores, es la adecuada protección del consumidor final que, debido a la nueva estructura de los negocios que la flexibilidad de la red permite, puede llegar a encontrarse en situación de total indefensión frente a un empresario que rehuye su responsabilidad.

Al haber desaparecido todo contacto directo entre empresario y cliente, sustituido por un sistema de transmisión de datos a cargo de

empresas subcontratadas, el consumidor no tiene acceso al verdadero prestador del servicio o suministrador de los bienes adquiridos. Circunstancia que, en ocasiones, hace casi imposible formular, en la práctica, cualquier reclamación del cliente.

La protección de los consumidores frente a una actividad empresarial en Internet es una cuestión de reciente planteamiento y en la que los intentos de solución han resultado excesivamente dispersos. A este respecto y hasta el Consejo de Lisboa, que ha vuelto a incidir en esta necesidad, se contaba únicamente, en el ámbito de la Unión Europea, con una Resolución del Consejo de 19 de enero de 1999 sobre la dimensión relativa a los consumidores en la sociedad de la información.

Esta Resolución tenía por primera vez en cuenta que, si bien el desarrollo de las tecnologías de la información debía suponer una ventaja para los consumidores, sin embargo, los nuevos contextos comerciales que en ella se estaban creando podían poner en peligro sus intereses, con defectos como los siguientes:

- Falta de transparencia, de información suficiente y fiable acerca de las condiciones y riesgos de la transacción.
- Falta de protección de los intereses económicos de los consumidores, haciendo hincapié en que debe existir una especial responsabilidad del proveedor al optar por medios electrónicos de comercio.
- Utilización abusiva de datos personales y falta de medios para que el consumidor pueda defender su intimidad de forma eficaz.
- Proliferación de prácticas de comercialización no solicitadas, engañosas y desleales.

MECANISMOS DE INTERVENCIÓN

Se deduce, por tanto, que el incremento de la actividad comercial a través de Internet, al tiempo que ofrece grandes ventajas, presenta también graves riesgos respecto al consumidor final y hace necesaria no solamente la intervención del legislador para regularla sector por sector, sino que es asimismo imprescindible que esta normativa contenga, en cada caso, disposiciones destinadas a salvaguardar la protección del consumidor de forma directa, rápida y eficaz.

Para lograr un adecuado nivel de protección de los usuarios en este nuevo mercado creado por la red, la UE maneja desde 1999 diversos mecanismos, que van a demandar un intenso desarrollo normativo posterior, dado el escaso impacto logrado en la Directiva del 2000.

Las principales asociaciones de consumidores, nacionales y europeas, han apuntado ya, en repetidas ocasiones, la necesidad de crear organismos de vigilancia y control respecto de la protección de los consumidores, al igual que se han establecido para asegurar el mantenimiento de la competencia.

Así como en nuestro país se atribuye esta función al Tribunal de Defensa de la Competencia, la Unión Europea considera aconsejable crear una institución con similares funciones de vigilancia sobre el mercado, actuando no ya como garante de la competencia, sino de los derechos del consumidor.

Otro mecanismo de protección que ha logrado un mayor desarrollo consiste en la consulta previa a la elaboración de las normas a las más importantes asociaciones de consumidores. Con ello, se trata de incorporar sus principales inquietudes a la legislación, de forma que ésta se haga eco de los problemas que se plantean en la práctica diaria y de las soluciones que los propios consumidores consideren más adecuadas.

Pero tal vez el punto más relevante a la hora de establecer medios que articulen una eficaz protección sea poner a disposición de los consumidores sistemas extrajudiciales de resolución de conflictos, tanto a nivel nacional como europeo, de acuerdo con la propuesta efectuada en el Consejo de Lisboa. No es suficiente, sin embargo, potenciar la actividad de las mesas arbitrales. Además, es imprescindible crear procedimientos judiciales asequibles que permitan obtener una rápida resolución de las pretensiones planteadas.

La conjunción de estos mecanismos básicos de protección de los consumidores, con la creciente oferta de bienes y servicios a través de Internet y el correlativo incremento de la competencia, permitirá que los beneficios de las tecnologías de la información, sean plenamente aprovechados por la nueva sociedad a la que se dirigen. ALMUDENA GÓMEZ DE CECILIA

La gestión interna a través de la red

por **MARÍA JOSÉ SOBRINI**

¿Qué pasaría si lo que cuesta cumplimentar una hoja de gastos pudiera reducirse de 7.000 a 1.500 o incluso 700 pesetas? Las empresas que emprenden políticas de reducción de costes no suelen fijarse en este tipo de documentos, mientras las cifras no se disparen. Sin embargo, es un coste oculto que consume muchos más recursos de lo que parece a simple vista.

No es éste el único ejemplo de lo que las nuevas tecnologías pueden suponer para las empresas a la hora de reducir costes. Otras posibilidades de la nueva economía son la de rentabilizar los presupuestos de formación, facilitar la celebración de reuniones de trabajo y hacer más económica la adquisición de productos y servicios.

Uno de los recientes estudios de la consultora Meta Group concluyó que la mayoría de los trabajadores de los departamentos financieros ocupa el 40% de su tiempo gestionando y revisando hojas de gastos. Esto ha motivado que muchas compañías busquen centralizar dichos procesos, utilizando para ello nuevas soluciones basadas en la red.

Además de la relación rentabilidad/tiempo, hay que tener en cuenta que este tipo de documentos tienen que ser verificados y contrastados por otras personas de la compañía para adecuarlos a la política empresarial, introduciendo posteriormente los datos en los procesos contables. La gestión automatizada de gastos simplifica el proceso para los empleados, ya que también reduce el papel, el tiempo y la energía necesaria para hacer esta tarea, al poder gestionar los gastos realizados en el mismo momento en el que se realizan y desde el lugar en el que se originan. Instalando este proceso de auditoría automática según los criterios empresariales, las compañías consiguen realizar un seguimiento de los mismos, evaluándolos e identificando aquellos que no han sido autorizados.

En un proceso en red, todos los involucrados (empleados, directivos y departamento financiero) ahorran tiempo, ya que los datos se introducen una sola vez y se transmiten digitalmente. Los empleados cumplimentan las hojas de gastos con plantillas predeterminadas para que toda la información esté clasificada por categorías fijadas de antemano. Los directivos pierden menos tiempo revisando el contenido del documento, ya que el sistema verifica automáticamente que lo expuesto en la hoja de gastos se ajusta a lo que la empresa necesita, con lo que sólo hay que revisar las excepciones. Por último, el departamento financiero ahorra horas de trabajo porque los datos circulan automáticamente por el sistema, actualizando la información que sea necesaria; con lo que también se reduce el tiempo dedicado a teclear datos y se minimiza la posibilidad de cometer errores. Gracias a este procedimiento, el coste medio de *crear* una hoja de gastos desciende hasta los precios que se habían indicado al principio de este artículo (entre 1500 y 700 pesetas). Automatizando este proceso, los empleados dedican menos minutos a las tareas administrativas, lo que permite que el equipo comercial pueda dedicar más tiempo a vender, los consultores a atender a clientes y los directores a dirigir, mientras la tecnología se encarga de los detalles rutinarios. De esta forma, se factura antes y con mayor precisión a los clientes, se mejora la liquidez de la empresa y se reembolsan más rápidamente los gastos de representación a los empleados, lo que acabará mejorando el nivel de satisfacción de los mismos.

FORMACIÓN CONTINUA

Uno de los retos que se plantean las empresas es cómo hacer frente a la demanda de nuevos conocimientos exigida por los cambios tecnológicos. Las compañías deben establecer una base de aprendizaje capaz de mejorar su capital intelectual a la par que evolucionan las demandas comerciales.

Internet ofrece una solución a este reto mediante el *eLearning* (o comunicación, colaboración y formación a través de la red). El *eLearning* proporciona a las organizaciones los medios necesarios para permitir en cualquier momento y lugar el acceso al aprendizaje, así como la creación de nuevos modelos de formación alrededor de los equipos

virtuales de trabajo o difusión automática de mensajes. En definitiva, este nuevo sistema permite alargar el tiempo de estudio durante toda la vida, independientemente de la edad, el sexo, el lugar o la cultura.

Además de la facilidad de acceso y el bajo coste, otros beneficios derivados del *eLearning* son los de la responsabilidad propia de un estudiante autónomo y la interacción en su aprendizaje.

Los contenidos se exponen mediante diapositivas, audio/video y otras herramientas multimedia agrupadas, que se almacenan en una base de datos de estudio centralizada. Dependiendo de los resultados, el usuario puede seleccionar componentes de las bases de datos para resolver cualquier deficiencia en su aprendizaje.

De esta forma el *eLearning* aumenta el rendimiento y la productividad, reduciendo los costes (entre un 40 y 60% en el caso de empresas como Cisco Systems) y eliminando las barreras tradicionales, a la vez que se reduce el tiempo utilizado y se forma a profesionales mejor capacitados para desarrollar sus funciones.

Además, la red ha reducido considerablemente el tiempo y suministro de la información. Un determinado contenido puede ser repetido tantas veces como sea necesario, permitiendo a los empleados disponer de una mayor flexibilidad y aprender a su propio ritmo, así como diseñar su propio programa de cursos.

Por otra parte, la solución *eLearning* también ejerce un impacto positivo a través de toda la organización. Se ha comprobado que gracias a esta herramienta se ha conseguido agilizar las ventas, aumentar las tasas de retención de empleados y reducir el tiempo de llegada de los productos al mercado, aumentando la calidad del servicio.

UNA NUEVA FORMA DE REUNIRSE

Aunque en pleno siglo XXI nadie duda de que las personas están permanentemente conectadas a través de la *web*, la mayor parte de los empleados de una empresa todavía sigue guardando cola en los aeropuertos para poder embarcarse en un vuelo y poder cerrar tratos comerciales de una forma eficaz. Parece imprescindible reunirse en persona para poder concluir un negocio.

Sin embargo, Internet ofrece múltiples posibilidades para evitar que éste sea el único camino a seguir. Hasta ahora no se había conseguido crear sistemas en la red que mimetizaran la forma humana de trabajar y que integraran sin fisuras varias funciones en un único lugar de trabajo virtual. Los tres motivos de que las reuniones virtuales no se hubieran consolidado antes son el hecho de que falten conexiones de alta velocidad desde cualquier lugar; el que hasta ahora los sistemas no fueran fiables en un 100%; y el que no existiera una integración sin fisuras de los programas y de las funciones que se habían creado para ello.

Afortunadamente, la tecnología está empezando a madurar, y hoy tanto el *software* necesario para celebrar conferencias a través de la *web* como el *software* compartido están lo suficientemente desarrollados para convertirse en una alternativa real a las reuniones de trabajo presenciales. Cada vez hay más compañías que celebran encuentros profesionales, conferencias y presentaciones a través de Internet. Si se va un poco más allá de lo que son los beneficios individuales, se puede comprobar que gracias a esta tecnología se están reduciendo los presupuestos de los viajes y optimizando los recursos iniciales, al concentrarse el proceso en el negocio en sí más que en el traslado, es decir, se está anteponiendo el fin a los medios. Según la consultora Forrester Research, para finales del 2001 el 48% de los ejecutivos de todo el mundo esperan que la conferencia a través de la *web* sea el método más habitual para comunicarse con sus *partners*. Entre las principales razones que se señalan para utilizar esta tecnología se encuentran la eficacia, la reducción de costes y la obtención de mayores ventajas competitivas.

En un sentido más amplio, cabría señalar que el *software* compartido optimiza la videoconferencia en la red, al ofrecer a los participantes en la misma una tabla virtual de encuentros y un espacio en blanco, donde todos los convocados pueden ver los documentos o diapositivas de la presentación, modificándolas y compartiendo sus comentarios e ideas mediante el *chat*, el teléfono (tradicional o basado en tecnología IP) y el vídeo. La tecnología necesaria para realizarlas también se ha estandarizado. Si la primera generación de programas requerían *software* y *hardware* especializados, las herramientas normales de empresas como

Astound, Centra, Lotus, Microsoft, PlaceWare y WebEx sólo necesitan un navegador de *web* estándar para realizar este tipo de tareas.

La videoconferencia añade otra dimensión a la colaboración *on line*, al permitir a los conferenciantes que se puedan ver unos a otros, utilizando al mismo tiempo su lenguaje corporal. Además, empresas como Adexa, Artemis Management, i2 Technologies y Syncra Systems están logrando que la comunicación a través de la *web* se convierta finalmente en una propuesta viable, al eliminar las múltiples versiones que puedan existir de un único documento y asegurarse de que toda la información disponible está sincronizada.

De esta forma, las compañías pueden ofrecer presentaciones de producto a través de la red con clientes ubicados en lugares como Sudamérica y Europa, reduciendo el coste de un evento desde los diecinueve hasta los casi dos millones de pesetas.

Este hecho permite asegurar que las conferencias a través de la *web* y del *software* compartido emergerán muy pronto como tecnologías de Internet viables, ya que permiten a las personas proporcionar un espacio común y abrir nuevas oportunidades de colaboración.

SIMPLIFICANDO LAS TAREAS DE COMPRA

Según las estimaciones de la consultora Aberdeen Group, entre el 30 y el 60% de los gastos de una compañía se dedican a labores de mantenimiento y reparación, además de a la adquisición de materiales que no se fabrican dentro de la propia empresa y que son necesarios para su subsistencia. Por tanto, obtener un servicio de abastecimiento a través de Internet puede ayudar a las empresa a ahorrar importantes recursos a través de la obtención de precios reducidos para los bienes y servicios, y del mantenimiento de un mayor control sobre las adquisiciones, mientras se reducen los costes administrativos.

Hasta ahora cada empleado o departamento tenía sus propios proveedores con los que obtenía unas mínimas ventajas para negociar, al tratarse de pequeñas compras individuales, ocasionando un aumento de los costes por transacción. Al automatizar cada uno de los pasos del proceso —desde la elección de los proveedores hasta la orden de compra, la

aprobación, el seguimiento, el pago y el recibo de conformidad— se pueden originar grandes ahorros en los costes operativos. La coordinación de la totalidad de las compras de una empresa y una planificación central en las relaciones con los proveedores puede mejorar sustancialmente los precios. El nuevo marco de trabajo que propone Internet integra la información del suministrador y comprador, proporcionando a los empleados una manera fácil pero estructurada de comprar.

Además del dinero, la política de adquisición automática reduce el tiempo necesario para aprobar facturas, elimina papeleo y permite un seguimiento del proceso más eficaz. Al mismo tiempo, la automatización del proceso reduce las tareas más pesadas y burocráticas, permitiendo a los empleados centrarse en negociar acuerdos más ventajosos con los proveedores.

La tecnología de Internet hace posible que se automaticen los procesos de negocio, a la vez que la información se clasifica en virtud de las capacidades de los individuos, lo que permite que los costes sean más bajos que los beneficios. ⊕ MARÍA JOSÉ SOBRINI

DE ARISTÓTELES A CANTOR

Visiones del infinito

Si hay un concepto de las matemáticas que desde su origen ha generado fascinación fuera del mundo estrictamente matemático, ése es el concepto de infinito. El alto valor hermenéutico que esta noción ha alcanzado en terrenos tan dispares como la filosofía, la teología, la física o el arte merecen unas notas tan perspicaces y bien documentadas como las siguientes de **Antonio J. Durán.**

Desde que los primeros matemáticos y filósofos griegos iniciaron sus devaneos con el infinito, éste anduvo envuelto en escándalos y polémicas. Aparecía, más o menos camuflado, en la imposibilidad de medir con la misma unidad la diagonal de un cuadrado y su lado: resultado de fatales consecuencias para la concepción pitagórica del mundo. Estuvo también presente en las aporías de Zenón contra la pluralidad y el movimiento, que venían a mostrar, entre otras cosas, el enfrentamiento dialéctico entre las escuelas filosóficas creadas por Heráclito y Parménides.

Con estos antecedentes no tardó en llegar la prohibición, o mejor, la regulación del uso del infinito. En efecto, ante la imposibilidad de negar los procesos infinitos —«En lo pequeño no existe lo extremadamente pequeño, sino algo cada vez más pequeño», escribió Anaxágoras y, también, «en lo grande siempre hay algo más grande»—, Aristóteles trató de regularlos; para ello prohibió el infinito en acto: «no es posible que el infinito exista como un ser en acto o como una sustancia y un principio», leemos en el libro III de la *Física*; pero, como él mismo reconoce poco después: «es claro que la negación absoluta del infinito es una hipótesis que conduce a consecuencias imposibles», de manera

que «el infinito existe potencialmente», esto es, «el infinito es o por adición o por división», o de otra forma, «la magnitud no es actualmente infinita, aunque infinitamente divisible» —por ejemplo, la regulación aristotélica impide considerar un segmento como una colección de infinitos puntos alineados, pero sí permite divisiones del segmento por la mitad, digamos, tantas veces como se quiera—.

El infinito potencial de Aristóteles es, pues, definido como atributo: la posibilidad de ir más allá de cualquier límite —considerando, por ejemplo, números más grandes que uno dado—.

En cambio, el infinito en acto debería ser entendido como una negación, es lo que no tiene límites. Está definición por negación aparece claramente en la etimología griega del término infinito: *apeiron*. La etimología latina es una copia de la griega: *in-fini-tio*, —la raíz *fini* deriva, curiosamente, de *fines*, la palabra latina para designar el cercado que cierra un campo—. La palabra *infinitio* fue un invento de Cicerón —aparece por primera vez en su obra *De finibus* (libro 1, cap. 21)—; es sin duda significativo de lo que fue la cultura romana: hasta fecha tan tardía como mediados del siglo I a. C., cuando Cicerón introdujo el término, los romanos no podían referirse al infinito por carecer del término y, presumiblemente, del concepto —eso mismo ocurrió con otros conceptos filosóficos que ya venían manejando los griegos desde hacía varios siglos—.

El infinito en acto careció de una definición medianamente precisa que permitiera su análisis matemático hasta bien pasada la mitad del siglo XIX. Tal definición sintetiza una característica intrínseca de lo infinito como ente acabado. Como veremos pronto, la gestación histórica de esta definición es sorprendente porque esa característica intrínseca fue considerada durante bastantes siglos como un indicativo del carácter paradójico del infinito y una invitación a abstenerse de su estudio.

En cualquier caso, Aristóteles convirtió el infinito en un monstruo con dos cabezas —o de dos espaldas, si se prefiere una comparación más carnal—: el infinito en potencia y el infinito en acto; siguió creciendo de esta forma el mítico *horror infiniti* que pareció aquejar al mundo griego —aunque hubiera quienes, como Arquímedes, contravinieran

Detalle del fresco de Rafael, *Escuela de Atenas* (1509-1510)

la prohibición aristotélica usando el infinito en acto—.

Digamos que una de las razones para la prohibición del infinito en acto proviene de que este concepto supone una contradicción con el postulado lógico que asegura que el todo es mayor que la parte. Aunque quien supo explicar esto mejor que nadie fue Galileo en sus *Discorsi* (1638): puesto que cada número genera un cuadrado distinto —el dos genera el cuatro, el tres el nueve, el cuatro el dieciséis, etc.— y a su vez cada cuadrado viene generado por un único número, podemos emparejar los números con sus cuadrados concluyendo que habrá tantos cuadrados como números; pero es de todo punto obvio que los números cuadrados son sólo una parte de los números —el dos, el tres, el cinco, el siete son números pero no cuadrados— y, en consecuencia, concluimos que hay más números que cuadrados —el todo es mayor que la parte—. Nos encontramos, pues, con la paradoja de que los números son, a la vez, tantos y más que los cuadrados. Galileo concluía que «los atributos de mayor, menor e igual no se aplican a los infinitos».

Esta aparente paradoja del infinito en acto tiene un antecedente interesante que conviene comentar. Casi el mismo argumento aparece ya en Thabit ibn Qurra (836-901). Contraviniendo a Aristóteles, Thabit concluyó que el infinito en acto es admisible, la comparación entre infinitos es también posible —emparejando sus elementos— y por tanto es posible establecer jerarquías de tamaño entre ellos. Es significativo que Thabit hiciera estas elucubraciones dentro de la controversia teológica relativa a la enumeración de las almas y al conocimiento por Dios de la infinidad de seres.

EL INFINITO EN LA ESENCIA DE DIOS

Porque el infinito es, desde luego, un adjetivo muy suculento para atribuirlo a la divinidad. Degústese el siguiente uso que hace Cervantes del término infinito en *El Quijote*: «la fresca aurora ... iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las yerbas, parecía asimesmo que ellas brotaban y llovían blanco y menudo aljófar»; y repárese en que la fresca aurora no es otra que la homérica Eos, la de sonrosados dedos. Si el infinito da juego para enjuiciar la belleza de una diosa menor como es Eos, qué no permitirá a la hora de calificar los atributos de una Divinidad Absoluta como la cristiana.

Conviene ilustrar con un ejemplo el tipo de razonamientos teológicos que la prohibición del infinito en acto permite. Los que siguen son debidos a Juan Filopón, pensador cristiano de la Alejandría del siglo VI d. C., entonces ciudad cristiana, una vez purgados todos los elementos paganos (léase los últimos científicos herederos de la tradición clásica) tras el asesinato de Hipatia a mediados del siglo V; van contra la suposición aristotélico/platónica de la existencia eterna del mundo, y dice así: si el Mundo no tuviera un principio, el número de hombres engendrados antes de Sócrates, digamos, sería infinito; pero no infinito en potencia, sino infinito en acto. Dado que el infinito en acto no puede existir, el Mundo no es eterno: tuvo que ser creado.

Es bien conocido el proceso de absorción de parte de la filosofía griega por cuenta del pensamiento cristiano, proceso que se inició con la deglución —permítaseme el término— por san Agustín de parte del pensamiento de Platón —versión Plotino—, y culminó con Tomás de Aquino haciendo lo propio con el pensamiento de Aristóteles.

La filosofía de los griegos necesitó desde luego de cierta adecuación. Este resultó el caso de la regulación aristotélica del infinito que fue, en parte, modificada por Tomás de Aquino. Éste consideraba a Dios como el primer infinito, plenamente y en toda línea: el infinito en acto. Como, además, es necesario su conocimiento absoluto de todo lo existente, Dios conoce la totalidad de los números como un todo; digamos que todos están presentes a la vez en su pensamiento y por tanto esta

presencia sería un ejemplo de un infinito en acto. El pensamiento filosófico de Tomás de Aquino admitía, pues, la existencia del infinito en acto aunque, eso sí, únicamente conocible por Dios y fuera del alcance de la mente humana.

ARTE Y CIENCIA DEL INFINITO Otra vía de penetración del infinito en acto en la cultura occidental se produce a través de la pintura del Quatroccento italiano, donde aparece implícitamente con el uso de la perspectiva —concretamente, en forma de punto de fuga central donde concurren las rectas paralelas entre sí y perpendiculares al plano del cuadro—. Así, las matemáticas como herramienta artística son usadas por Filippo Brunelleschi (1377-1446), Leone Battista Alberti (1406-1472) y, sobre todo, Piero della Francesca (1410-1487) —en su celebrado trabajo *De prospettiva pingendi* encontramos importantes avances sobre el tratado *Della Pintura* escrito por Alberti medio siglo antes—. Sin olvidar al mejor matemático de entre todos los artistas del Renacimiento: Alberto Durero (1471-1528). El uso del infinito permitió al arte del Renacimiento convertir «el espacio en el que se disponen las cosas en un elemento infinito, continuo y homogéneo», por decirlo en palabras del profesor Joan Sureda.

Pero dejemos la pintura y volvamos de nuevo a la filosofía. Aunque los escolásticos vetaran a los hombres el entendimiento del infinito en acto, el infinito como atributo de Dios aparece con bastante frecuencia en los filósofos del siglo XVII. Así, en Descartes: «Por Dios entiendo una sustancia infinita, eterna, inmutable, independiente, omnisciente, omnipotente»; en Spinoza: «Entiendo por Dios un ser absolutamente infinito, es decir, una sustancia constituida por una infinidad de atributos, cada uno de los cuales expresa su esencia eterna e infinita»; y también en Leibniz: «Cabe juzgar que esa Sustancia Suprema, que es única, universal y necesaria debe ser incapaz de límites y contener tanta realidad cuanta sea posible» —compárense con la minimalista definición de María Zambrano: «la nada es Dios»—.

La implicación más o menos explícita del infinito en acto en todas esas elucubraciones sobre la esencia de Dios fue sin duda un tónico que

permitió a los científicos del siglo XVII —algunos eran esos mismos filósofos que hacían comparecer al infinito como atributo de la divinidad— superar el *horror infiniti* que aquejó a los griegos. De esta forma se empezaron a usar, con enorme éxito, las cantidades infinitamente pequeñas —los infinitésimos o infinitesimales— e infinitamente grandes como herramientas para el tratamiento de diversos problemas matemáticos y físicos. Estas técnicas matemáticas cristalizarían a finales del siglo XVII con la invención del cálculo infinitesimal —uno de cuyos inventores fue, precisamente, Leibniz—: la herramienta matemática más potente y eficaz jamás creada para el estudio de la naturaleza.

Aunque durante el siglo XVII y el XVIII los matemáticos fueron conscientes de que no llegaban a entender la esencia de estos objetos infinitos en acto, no renunciaron, afortunadamente, a recoger los frutos que su presencia ofrecía.

Las manipulaciones con los infinitesimales culminaron en la figura de Leonhard Euler (1707-1783). Frente al escrúpulo con que los griegos manejaron el infinito —en potencia, no en acto—, Euler lo usó de manera casi morbosa convirtiéndolo en una poderosa herramienta de descubrimiento. Es tal la desmesura de Euler que sus matemáticas con los infinitos llegan a tener valor estético. Desde luego participan de lo sublime, la categoría estética de Kant, en cuanto que «producen un sentimiento de dolor y, al mismo tiempo, un placer despertado, una conmoción, un movimiento alternativo, rápido, de atracción y repulsión de ese mismo objeto». En cualquier caso, tienen la fuerza necesaria para generar en nosotros esa conmoción en la que T. W. Adorno sitúa el logro estético: la capacidad de producir algún tipo de escalofrío.

DOMESTICACIÓN DEL INFINITO

Los infinitos, tal y como los usó Euler y los matemáticos del XVIII, eran desde luego en acto. Aunque la primera formulación rigurosa y con bases lógicas adecuadas del cálculo infinitesimal —que culminó a mediados del siglo XIX— utilizó el infinito potencial.

Lo hizo concretamente sustituyendo las cantidades infinitesimales por procesos de paso al límite que respetaban escrupulosamente la prohibición aristotélica del infinito en acto. Los infinitésimos pasaron a ser variables que tendían a cero, esto es, entidades infinitamente pequeñas en potencia.

Sin embargo, la domesticación definitiva del infinito en acto estaba a punto de acometerse. Curiosamente, el primer paso lo dio uno de los matemáticos que en el primer cuarto del siglo XIX habían contribuido a la conversión de los infinitésimos en infinitos potenciales. Se trata del checo Bernhard Bolzano (1781-1848), que insistió en admitir la comparación de los infinitos. Así, definió que dos conjuntos infinitos tienen el mismo número de elementos si podemos emparejar sus elementos de dos en dos sin que falten elementos en un conjunto ni sobren en el otro —la misma idea que ya usara Thabit ibn Qurra en el siglo IX—. Los números cuadrados y los números, por ejemplo, son dos conjuntos infinitos con el mismo número de elementos, puesto que podemos emparejar un número con su cuadrado sin que nos sobren números ni nos falten cuadrados. ¿Qué ocurre con la paradoja de Galileo, con el postulado lógico del todo mayor que la parte? Las matemáticas ofrecen aquí un magnífico ejemplo de lo que Thomas Kuhn llamó ruptura de paradigmas —uno de los indicativos del inicio de una revolución científica—. Donde Galileo vio una paradoja que impedía aplicar a los infinitos los atributos de mayor, menor e igual, el matemático alemán Richard Dedekind (1831-1916) vio la propiedad intrínseca y característica de los conjuntos infinitos. En otras palabras, Dedekind ascendió la paradoja de Galileo a la categoría de definición de conjunto infinito: aquél que tiene los mismos elementos que uno de sus subconjuntos. Por cierto que Dedekind propuso una demostración de la existencia de conjuntos infinitos en acto basada en la lógica y en su definición de infinito. Este intento recuerda el argumento ontológico de san Anselmo (s. XI) en favor de la existencia de Dios —retomado después por Descartes—: el conjunto infinito de Dedekind era su «universo mental, es decir, la totalidad de todas las cosas que pueden ser objeto de mi pensamiento». Ni el intento de

Dedekind de mostrar la existencia lógica de un conjunto infinito en acto, ni otros parecidos, han tenido éxito: para consternación del querido Bertrand Russell las cuestiones del infinito están entre las que, hoy por hoy, establecen la independencia de la república de las matemáticas frente a las agresiones imperialistas de la lógica.

En cualquier caso, el tiempo para el advenimiento del paladín que supo domeñar definitivamente al infinito en acto había cumplido y Georg Cantor nació en San Petersburgo en 1845, de padre danés y madre alemana.

Cantor es una figura pletórica y excesiva, capaz de poner en marcha una verdadera revolución que iba a cambiar la forma de hacer matemáticas. Inició un proceso de abstracción caracterizado por la aparición de pruebas de existencia no constructivas: la existencia de un determinado objeto matemático puede quedar garantizada aunque no se especifique cómo se puede construir dicho objeto. Significativamente, este proceso de abstracción en las matemáticas es contemporáneo con el acontecido en pintura o escultura con el que, por cierto, guarda reveladoras similitudes no por insospechadas menos sustanciosas —alguna se pondrá de manifiesto más adelante—.

El primer resultado importante que obtuvo Cantor sobre conjuntos infinitos establece que el infinito de los puntos que componen un segmento —el continuo— es mayor que el infinito de los números. Esto es, Cantor demostró que no todos los infinitos son iguales. Después demostró que siempre es posible construir conjuntos infinitos mayores que uno dado. A partir de aquí Cantor logró poner orden en el universo de los infinitos: los ordenó de forma parecida —es sólo una manera de hablar— a como están ordenados los números, estipuló como se podían sumar, multiplicar, etc. Creó en definitiva un paraíso para matemáticos del que dijo Hilbert (1925) que nadie nos lograría expulsar jamás. Solo que seis años después apareció el artículo de Gödel con el teorema de incompletitud y otra vez volvió el ángel con la espada de fuego; pero esa es otra historia de la que hoy no toca hablar —por más que sea apasionante no procede aquí, por razones de enfoque, analizar el detalle de la domesticación a que Cantor sometió al infinito—.

Georg Cantor (1845-1918)

De todas maneras no puedo dejar de mencionar que esa domesticación no fue completa: hay todavía unas multiplicidades incompletables (unos infinitos absolutos como los llamaba Cantor) fuera de cualquier control o dominio matemático (no digamos ya lógico). Se trata del infinito inmenso e inimaginable del conjunto de todos los conjuntos, o del conjunto de los conjuntos que se pertenecen a sí mismo, por citar sólo dos ejemplos. Es en ese infinito monstruosamente enorme donde se guarecen las paradojas que surgieron durante el cambio del siglo XIX al XX, y de las que la de Russell es la más célebre. Ese infinito excesivo, señor de un harén completo de paradojas, nunca preocupó a Cantor; como los escolásticos, Cantor lo desterró a los exclusivos dominios de la mente tortuosa de Dios.

Su dedicación a las cuestiones del infinito le creó a Cantor graves problemas con el *establishment* matemático alemán —de hecho, siempre permaneció en una universidad de segunda fila (en Halle), a pesar de su categoría como matemático y sus intentos por llegar a Berlín o Gotinga—. Su investigación fue a menudo calificada de insignificante y carente de todo interés; cuando sus esfuerzos empezaron a reconocerse, se puso en boca de Henri Poincaré (1854-1912) la célebre infamia: «las generaciones venideras considerarán la teoría de conjuntos de Cantor como una enfermedad de la que uno tiene que recuperarse». En su defensa, Cantor siempre apeló a la consideración única y exclusiva de la realidad inmanente de los conceptos matemáticos sin ninguna obligación de examinarlos en lo que respecta a su realidad trascendente (aplicada). Esta característica que distingue a las matemáticas de las

demás ciencias la sintetizó Cantor en una frase llena de hermosura: «la esencia de las matemáticas es la libertad».

La personalidad de Cantor fue controvertida, con pronunciadas tendencias místicas y dado a lo excéntrico en algunos asuntos. Fue un pío protestante, lo que no le impidió coquetear con el catolicismo; sostuvo que Francis Bacon fue el autor de las obras de Shakespeare y que José de Arimatea era el padre carnal de Jesucristo. A partir de los cuarenta años estuvo aquejado periódicamente de una enfermedad nerviosa que le ocasionaba crisis maníaco-depresivas. Finalmente murió en 1918, recluido en la clínica nerviosa de la Universidad de Halle.

EL INFINITO LITERARIO

Finalizaré estas observaciones explorando alguna de sus múltiples apariciones del infinito en la literatura. Desde mi punto de vista, quien mejor ha reflejado en sus escritos el infinito en potencia ha sido Frank Kafka. En muchas de sus novelas los días o las noches se suceden como en una pesadilla. Resulta perturbadora la posibilidad de que esa reiteración de acontecimientos aparentemente invariables, manifiestamente irreales, no tenga fin. La lectura de esas novelas desazona el espíritu cuando la sucesión temporal se pierde en un laberinto potencialmente infinito. Una de las más perturbadoras es *El proceso*, donde el protagonista, Joseph K., se ve envuelto en un proceso judicial aparentemente absurdo e irreal pero que cada vez se complica más: el mundo de la justicia aparece como vago y nebuloso donde hay que contratar un número de abogados siempre creciente, potencialmente infinito. Obsérvese qué bien reflejado queda el infinito potencial en el fotograma de la película que sobre la novela rodó O. Wells en 1962: lo que muestra el fotograma es el interior de los juzgados. El expediente de Joseph K. tiene que recorrer todos los buzones, ir de uno en uno; por muchos buzones por donde ya haya pasado siempre habrá un buzón más por donde el expediente tendrá que pasar: es el infinito en potencia —y, ¡ay!, tal vez también la realidad judicial.

Aunque la novela donde mejor refleja Kafka la potencialidad infinita de la iteración de los días es en *El castillo*. El protagonista, K., es

contratado como agrimensor en unas tierras coronadas por un castillo. Sin embargo, su trabajo se va viendo obstaculizado por ambiguas prohibiciones y sucesos que se prolongan *ad infinitum*. Nunca mejor dicho, pues Kafka murió antes de terminar la novela, quedando la obra incompleta, como el infinito potencial.

Ahora bien, el escritor que a mi modo de ver mejor ha sabido recrear el infinito, no en potencia sino en acto, ha sido Jorge Luis Borges.

Es tan poco probable que Kafka conociera la obra de Cantor como seguro es que Borges la había estudiado: véase, por ejemplo, su artículo «La metáfora» (1934), incluido en su *Historia de la eternidad* (1936), donde pone a pelear las hipótesis finitistas de Nietzsche con los infinitos de Cantor dándole clara ventaja a este último.

Para mí el texto donde Borges recrea mejor la facultad perturbadora del infinito en acto es el cuento «La Biblioteca de Babel» (1941) de su obra *Ficciones* (1944). El relato está escrito en primera persona por uno de los habitantes de la Biblioteca —con mayúsculas—. La Biblioteca es el único universo posible para los que la habitan; la Biblioteca se compone de un número indefinido de hexágonos, cada uno con un pozo de ventilación en medio protegido por una baranda. Hay un párrafo especialmente intenso; el que escribe siente cercana la muerte: «Muerto, no faltarán manos piadosas que me tiren por la baranda; mi sepultura será el aire insondable; mi cuerpo se hundirá largamente y se corromperá y disolverá en el viento engendrado por la caída que es infinita».

Siempre que leo este pasaje de Borges me viene a la cabeza la figura de Cantor y, también, el cuadro *El grito* (1893) del pintor noruego Edvard Munch. La angustia de este cuadro refleja bien el vértigo de la caída narrada por Borges. Después de algunas reflexiones he llegado a dar con la razón por la que ese párrafo de «La Biblioteca de Babel» me evoca el cuadro; es la siguiente: el cuadro de Munch produce angustia, desazón, principalmente porque uno no oye el grito: uno lo ve, lo siente, pero no lo oye; esto nos mantiene a la expectativa esperando oírlo en cualquier momento. Cuando leo el párrafo del cuento de Borges, pienso en el cuerpo que cae y se descompone en la caída infinita y siento que el vértigo de la caída debe hacer gritar al que cae, pero lo que

cae es un cuerpo muerto y su grito debe ser mudo: como el grito del cuadro de Munch —debo confesar que me resultó bastante perturbador conocer el objeto que inspiró a Munch el rostro de *El grito*: una momia incaica parcialmente descompuesta que vio en la Gran Exposición Universal de París de 1889—.

Pero ¿y Cantor? ¿qué tiene que ver Cantor con el párrafo y el cuadro? Puesto que en el párrafo Borges escribe la caída infinita, la misma mención de la palabra infinito ya me hace evocar a Cantor —por la misma razón que el dragón me evoca a san Jorge—. Pero hay más. La fuerza simbólica del cuadro, el uso dramático de la perspectiva, la irrealidad y violencia de los colores, sugieren aspectos desmesurados, cercanos a lo infinito, a la infinita angustia del que grita. No es de extrañar que el propio Munch usara explícitamente la palabra infinito para describir la sensación que le llevó a pintar su cuadro: «Solo, temblando de angustia, sentí el grito, vasto, infinito de la naturaleza». De manera que también aquí aparece la palabra infinito que me hace evocar de nuevo a Cantor. Pero todavía hay más.

Las obras del propio Munch causaron en Alemania una polémica artística parecida a la polémica matemática generada por los trabajos de Cantor, y en fechas no muy alejadas: en torno a 1885 la de Cantor y en 1892 la de Munch. Concretamente, el 5 de noviembre de 1892 se inauguró la exposición de Munch en Berlín. Se cerró una semana después dando paso a una dura polémica: el *affaire Munch*, se la llamó. Durante la polémica se discutió mucho y agriamente sobre los límites de la libertad del artista. Una música parecida a la que le tocaron a Cantor —recuérdese que el propio matemático se defendió alegando que «la esencia de las matemáticas es la libertad»—. Con el paso del tiempo, al igual que la obra de Cantor en matemáticas, la de Munch ha tenido enorme influencia, no sólo en los grupos expresionistas alemanes —*Die Brücke*, principalmente— sino también en Picasso —es apreciable la influencia de *El grito* en *El guernica*—. Una última e inquietante similitud entre Munch y Cantor: aunque no tan agudas ni persistentes como las de Cantor, también Munch sufrió crisis nerviosas. ANTONIO J. DURÁN

MÚSICA

Confesiones de un pianista

por **MICHELE CAMPANELLA**

«La Belleza no es otra cosa que nostalgia». Cuando me topé con esas palabras —un simple paréntesis en las *Consideraciones de un apolítico*, de Thomas Mann— me quedé sin aliento. En aquel momento se convirtieron en una especie de clave de lectura de todos los interrogantes, las perplejidades, los sufrimientos y las esperanzas propias de una vida dedicada a la música, como ha sido la mía.

Si la belleza no es otra cosa que nostalgia, entonces ¿para qué tocar? ¿Qué testimoniar? ¿Por qué resistir?

De niño, bajo la atracción de la música —del piano, que es su instrumento más dúctil—, uno no se pregunta nada. Somos simplemente arrastrados por una fascinación irresistible y descubrimos que está a nuestra disposición un medio expresivo ilimitado, privilegiado. Ya no debemos servirnos de otros modos de comunicar usados comúnmente; somos personas especiales —peligrosa palabra— y como a tales se nos trata. Algunos de nosotros nos sentimos especiales para toda la vida y hacemos notar este privilegio a todos los que tenemos a nuestro alrededor. Los casos de egotismo desenfrenado, de infantilismo, de hedonismo, de narcisismo son comunes entre nosotros hasta el punto de resultar corrientes. Sin embargo, junto con los privilegios crecen, consciente o incoscientemente, las responsabilidades, que caen sobre nuestros hombros aún frágiles. Un día de mi adolescencia, mi madre me dijo una frase inolvidable: «Eres demasiado inteligente para ser un artista». Y no me lo dijo con complacencia sino con aflicción. Entonces no entendí; pero ahora sí lo entiendo. Un artista no puede tener un espíritu preponderantemente crítico, una autoconciencia que ponga en duda su convicción. En el escenario no cuenta lo acertado de nuestra opinión sino la fuerza de nuestra idea,

incluso en el caso de que ésta sea una equivocación. Una vez emprendido el laborioso recorrido de la autoconciencia, ya no está permitido volvérselo a pensar: en ese camino no hay vuelta atrás. Por tanto, ciertas preguntas que haría bien en no plantearme vuelven a asomar en mi cabeza cada vez que cumplo mi modesto rito laico en una sala de conciertos.

¿Tiene sentido ejecutar esta música, la música clásica, ante el público de nuestro tiempo? Empezando por la música, ¿hay una relación entre el lenguaje y los contenidos referidos a hace cien o incluso doscientos años, y el lenguaje y la mentalidad de nuestros días? La música clásica ¿está ligada a la sociedad en la que nació o tiene un valor absoluto, metahistórico? ¿Tiene un sentido —el que sea— para la entera sociedad de hoy, o está destinada a un número de oyentes cada vez menor, y para colmo de la misma clase social? ¿Es arqueología, una búsqueda para una élite, o puede alcanzar la sensibilidad de cualquier ser humano que quiera escucharla con un mínimo de atención y disponibilidad?

No son preguntas retóricas ni teóricas; se las plantea quien toca delante de un público ausente o indiferente (cosa nada insólita). Con frecuencia cada vez mayor, encontramos a nuestro interlocutor —el público— no sólo mal preparado en la información sino fuera del alcance del lenguaje musical, que ya no está suficientemente despegado de la dieta diaria de música —de música *light* y de música ramplona que hay a nuestro alrededor—. Y la música culta es compleja. La actual música de consumo tiende a una simplificación extrema que, en la mayoría de los casos, significa empobrecimiento. (Schönberg afirma, por ejemplo, que la música de Brahms es para adultos, en el sentido de que las personas maduras piensan en términos complejos, y cuanto mayor es su inteligencia, tanto más numerosos son los elementos con que tienen familiaridad). La música clásica se apoya en certezas ontológicas, lógicas, ideológicas, que hoy, para muchos, están perdidas. La primera duda nace, pues, de aquello que representa la música clásica en nuestros días. La segunda, de las desalentadoras observaciones sobre la educación musical que pueden encontrarse en cualquier entrevista a músicos profesionales.

Pienso que es difícil imaginar una disciplina, un arte, una ciencia humana, cuyo amor no reclame una mirada atenta y profunda. Una actitud

superficial vuelve aburridas y polvorientas las disciplinas más fascinantes. No hay que limitarse por tanto a las primeras apariencias. Por ejemplo, si no se tiene la menor idea de qué es el Romanticismo alemán en su múltiple expresión artística, se hace muy trabajoso comprender el mundo fantástico de Robert Schumann. Para entusiasmarse con su música maravillosa es necesario comprender y penetrar la atmósfera espiritual y cultural en la que ella nació y se desarrolló: ¿y quién tiene ganas de hacerlo hoy en día?

En fin, nuestro público es hijo y testigo de nuestro tiempo, ciertamente no crece en el espacio cerrado de las salas sino que vive la vida de todos los días, y con este bagaje entra en la sala y nos escucha. Intenten ustedes analizar por un momento el cúmulo de rabias reprimidas, de agotamiento nervioso, de horrores diarios absorbidos de los medios, de sensibilidad frustrada que arrastramos con nosotros, y pregúntense si es pensable olvidar todo eso en dos compases de música. Sería demasiado hermoso... Es mucho más fácil que el público acuda a la sala para aclamar a un divo, a un *mito*, a un emblema, antes que para escuchar Música, con mayúscula.

Tenemos necesidad de mitos y de fábulas y los construimos donde podemos: en la moda, en el cine, en el deporte, en las vicisitudes de casas reales y también en la música. Rara vez —no quiero ser malicioso—, rara vez estos mitos tienen fundamentos sólidos. Pero está claro que mi ínfima opinión nada vale frente a los dos mil millones de televidentes recientemente alcanzados por un funeral *mítico*. Es precisamente ésta la impresión que parecen tener los demás sobre nosotros, los músicos: que nos ocupamos de cosas *antiguas*, diría mi hijo, que somos «antiguos» desde nuestra juventud. Cabe entender así que llevar este peso sobre los hombros, esta idea de estar confinados a los márgenes de la llamada sociedad activa, de hacer un trabajo que interesa sólo a unas pocas personas ancianas, no puede justificar una entera vida gastada frente al teclado, en busca del retoque final en cada mínimo detalle del fraseo, que luego prácticamente nadie estará en condiciones de apreciar y valorar, a excepción de nosotros mismos. En cambio, piensen en las pretensiones que tendríamos: la colocación del artista en la sociedad debería corresponder a su capacidad de pronunciar, en nombre de todos, palabras de verdad, expresar lo que en los corazones de cada uno de nosotros

no encuentra una forma cabal. Así la música tiene la tarea sublime de decir lo que las palabras, y con ellas la razón, no pueden alcanzar. En definitiva, nuestro lugar en la sociedad debería ser altísimo y benemérito. Pero ¿qué pasa si la sociedad nos ignora? Si ya sólo unos pocos divos mediáticos tienen derecho a una atención absorta y prejuiciadamente entusiasta, ¿cuál es el destino de aquellos que no alcanzan la cima del Olimpo, donde desgraciadamente los puestos disponibles son limitados?

Me doy cuenta de que mi tono es doliente: me perdonarán si me gana la pasión. Consideren por un momento que yo pertenezco a la afortunada generación que, nacida después del año 1945, no conoció los horrores de una guerra combatida en casa. Pero que, como parcial compensación, hubo de sufrir —teniendo detrás una educación basada sobre los llamados valores tradicionales— una obra de demolición sistemática que ha dejado en nuestros espíritus un risueño paisaje de escombros. Quizá puedan ustedes intuir qué mal se adaptan estas ruinas a los grandes edificios sonoros que deberían resurgir bajo nuestras manos. ¿De dónde debemos sacar las energías y la fuerza espiritual para reconstruir los monumentos de los grandes maestros clásicos, hasta el fascinante reto del simbolismo de Claude Debussy? Con demasiada frecuencia me sorprendo en nuestros días escuchando artistas, de alto o altísimo renombre entre los consagrados, que tienen una visión funcional de la interpretación: como en el cine no puede faltar, en la receta del guión, una dosis de violencia y una dosis de sexo, del mismo modo en las interpretaciones de algunos ejecutores de hoy se coloca oportunamente la energía rítmico-motriz (violencia endulzada) y una pizca de sentimiento (es decir, sexo endulzado: sentimentalismo). Así pues, entre las huestes de los pianistas tenemos también a los especialistas en gélida agresividad y a los que están en excitación perenne. Yo reservaría la primera para la música del siglo XX, que la pide explícitamente. Sobre la segunda, renuncio a formular sentencias demasiado fáciles y me limito a observar que, en la Naturaleza, la cosa se consideraría patológica.

NATURALEZA DE LA MÚSICA

Pero el público piensa de otra manera y confunde el enfoque apolíneo de la música con la frialdad académica, reservando para los *dionisíacos* a ultranza acogidas triunfales. Olvidamos —intérpretes y público— que nuestro arte, por desarrollarse en el tiempo, tiene la especial posibilidad de vivir sobre las mismas leyes que gobiernan la fisiología: inspiración-expiración, arsis-tesis, tensión-distensión, contracción-relajación: anular uno de estos términos sería inconcebible para un cantante o para cualquier instrumentista, excepto para un pianista, el cual, con tal de ser nuevo, original, es capaz de saltarse las leyes de la Naturaleza. Si nos queremos someter a ellas como toda otra criatura, nos procura un gozo sumo comprender y construir una tensión que dé con su desenlace *natural*. Toda la música clásica se puede leer en clave tensión-distensión. Sólo el intérprete dueño de sus emociones puede construir un edificio interpretativo donde las fuerzas en campo estén dispuestas según sus propias potencialidades completas y se traduzcan en una potencia expresiva orgánicamente distribuida.

Como ustedes saben, no basta tocar correctamente las notas del texto, con gracia y pasión: cargar de tensión excesiva un momento musical que no lo requiera, por ejemplo, es un error que descompensa la entera construcción interpretativa. La estructura musical puede ser parangonada a una obra de arquitectura, un templo, una iglesia, un condominio. Cada una de estas obras es una figura geométrica completa, dentro de la cual se pueden identificar figuras menores y una dialéctica de *espacios* llenos y vacíos: éstos corresponden a las tensiones y distensiones musicales. Del mismo modo, podemos comparar la música con las obras maestras de la pintura, donde algunas figuras están en primer plano por la perspectiva, otras en el fondo, quizá en sombra. Como existe una música densa de elementos siempre nuevos, así también existen composiciones pictóricas superpobladas; como en algunas obras musicales son pocas las ideas que se desarrollan en todas sus virtualidades, circundadas por una especie de campo que les confiere un mayor resalto, así el fondo negro en la *Resurrección de Lázaro* de Caravaggio, que ocupa más de la mitad del cuadro, dramatiza extraordinariamente el «sal fuera» del brazo

de Jesús. En un cierto estadio, el trabajo de un músico se puede comparar al del escultor, que elimina de la materia informe todo lo superfluo, hasta alcanzar la forma cumplida. También nosotros debemos ir hacia la simplificación, iluminando de vívida luz sólo los momentos esenciales de la composición, que necesariamente son pocos. ¡Ay del que se avoraza! ¡Ay, también, del que no tiene luz en sí mismo! Y pensemos todavía en la declamación de un gran actor, que puede ayudar a un cantante a desposar las razones del texto con las de la música. Los instrumentistas, a través del recitativo canoro, debemos confrontarnos con el énfasis y el fraseo del actor.

Como ven ustedes, me estoy esforzando por explicar que quien se consagra a la música llega a verdades comunes a otras artes y a las reglas basilares de la Naturaleza. El vértice del artificio artístico está en imitar y, de ser posible, perfeccionar la Naturaleza misma. Si escuchan ustedes la introducción del segundo movimiento del *Concierto en sol* de Ravel, comprenderán a dónde puede llegar el arte humano del fraseo.

BÚSQUEDA DE LA BELLEZA

Volvamos a la primera palabra de mi conversación —Belleza— y preguntémonos: ¿cuál Belleza? No es una pregunta peregrina, porque el concepto de belleza es mudable en el tiempo, en el espacio, en las costumbres. Nuestra civilización se basa en los ojos, no en los oídos (piensen en el cine, la televisión, la computadora), y por tanto se nos presentan de continuo imágenes que automáticamente registramos como agradables o desagradables. Todo este bombardeo nos empuja en una cierta dirección, y la música de consumo pone su granito de arena para convencernos de que es la verdadera expresión de nuestro tiempo. ¿Qué tiene que ver con todo esto el canon de Belleza ilustrado o romántico, neoclásico o impresionista? Poco, si no tenemos anticuerpos robustos para defendernos del susodicho bombardeo. En Siena, el verano pasado, escuché dos hechos musicales a distancia de pocas horas: un concierto para violonchelo y piano, que me turbó por la desfachatez exterior y la poquedad interior, y unas vísperas cantadas por veinte monjas agustinas. Me esfuerzo por hablar como músico, no como creyente. Pero la música de las agustinas

era hermosa, tenía las características de la Belleza, era expresión de almas que, con absoluta serenidad, trataban de unirse al coro de las voces del mundo, las que cantan sin tener necesidad de un público que pague. No había presuntuosa exhibición de virtuosismo, no había esa intromisión del pequeño yo inflado por un poco de éxito. Dice el ángel: «Cuatro voces no hacen armonía. Cuatro sonidos cualesquiera, juntos no hacen armonía, pero todos los sonidos unidos juntos son Él. Si tu voz resuena pura, sin mentira, sin deformación, sin intención, si no falseas tu voz, sólo así servirás a la armonía». Fuera del escenario podemos ser el elenco completo de los vicios humanos, pero allí arriba debemos saber recuperar aquel candor, aquella pureza, aquella capacidad de sorprenderse que permite que la música se deslice. Hace ya treinta años que trato de hacer volar mi música quitando lastres, o sea todo lo que no deja caminar, lo que no deja correr, lo que no deja observar límpidamente.

Cuando se comienza a ejecutar una gran sonata, la mirada debe recorrer desde la primera nota hacia adelante, hasta la conclusión del camino. Cuando tocas el momento de mayor tensión del desarrollo de una sonata, debes saber cuánto has recorrido y qué te espera todavía, para que la tensión se ajuste a la importancia del camino. Y en fin, en los últimos pasos, uno mira atrás para evaluar con la mente lúcida y el corazón abierto todo el camino recorrido. Ésta es la belleza de la Forma, ésta es la emoción de la Geometría, éste es el legado de Praxíteles, del estilo Románico, de Piero della Francesca, de Rafael, éste es el mundo de Apolo. Creo que el rostro apolíneo del arte es una categoría siempre presente en el ánimo humano. Pienso que el verdadero equilibrio del artista se encuentra en el uso armónicamente alternado de estómago, cerebro y corazón, donde corresponde precisamente a la intuición artística captar el momento en el que conviene dejar hablar al estómago, otro en el que debe prevalecer el cerebro y otro, en fin, en el que el corazón puede expresarse en su síntesis. Son momentos diversos que se presentan en el transcurso de una misma obra, donde ésta tiene una forma orgánica. Y por tanto, en esta intuición artística podría definirse la fantasmagórica palabra *interpretación*. Esta alternancia no está basada en el capricho del momento sino en el estudio analítico. Pueden ustedes estar seguros de

que cada línea musical tiene una clave interpretativa, y querer ignorarla significa deformar conscientemente el perfil de la composición. He aquí qué es la arbitrariedad, qué es lo que se consuma bajo la bandera de la interpretación *personal*. En la fidelidad al texto, en la honesta búsqueda de las intenciones del autor, no se mortifica el propio talento, porque queda en cualquier caso un enorme espacio para la expresión de la personalidad del intérprete.

Por otra parte, esa pretensión de que el arte debe ser de por sí *transgresivo* —como se dice actualmente— para oponerse a la sociedad de masas, no puedo aceptarla. Hoy en día, cuando la transgresión es objeto de sondeos y de consejos por parte de las revistas, cuando incluso unos *jeans* son exaltados por la publicidad como transgresivos, el máximo acto de libertad de un artista ante el achatamiento y la banalización sería, paradójicamente, el de escoger el silencio. Si en cambio estamos en vela para seguir siendo activos transmisores de un testimonio, entonces será en el lado ético donde habremos de jugar nuestras cartas. En un mundo en el que se tiende a proyectar incluso la propia vida afectivo-sentimental en los protagonistas de los medios, donde a fuerza de violencia vivida, contemplada o simulada, terminamos reducidos a la insensibilidad, nosotros podemos y debemos representar una vida profundamente vivida, una sensibilidad viviente: otra conciencia. Nuestra música debe hablar el lenguaje del grande misterio de la vida o de la muerte, debe penetrar el mundo de lo incognoscible y testimoniar la disposición humana de afrontarlo.

Hay un cierto número de obras maestras musicales que han superado los confines del conocimiento intuitivo y que por tanto exigen del intérprete un esfuerzo enorme. Sería vano acatar anónimamente las notas y todo lo demás que el autor haya escrito en la partitura: ésa es apenas la corteza. Lo innoble es sustituir de algún modo lo que no se comprende con sentimientos vulgares o genéricos. El único sentido posible de reproponer las *Variaciones sobre un tema de Diabelli* de Beethoven es comprender su significado profundo y restituirlo a nuestro público. Entendámonos: *uno* de los significados posibles, porque el texto, en su identidad, acoge infinitos.

Comprender el sentido humano de la obra maestra significa ir más allá incluso de la gramática y la sintaxis musicales: la música es lenguaje y forma que puede abrir la puerta a experiencias que no se niegan *a priori* a nadie. Es más, a veces los legos están en condiciones de trascender el dato técnico y recibir el *mensaje* intuitivamente. Sólo si el público deja la sala con un *mensaje* recibido de un modo u otro, el concierto habrá cumplido su tarea, que ciertamente no se limita a una pura y simple audición. La audición se sustituye de un modo mucho más cómodo con el *hi-fi* en casa y muchos ya se limitan a este modo de convivencia *virtual* con la música. En efecto, para nosotros la puesta en juego ha aumentado y no podemos limitarnos a acampar en la rutina. Lo nuestro no puede ser una correcta repetición de metas ya alcanzadas por otros o por nosotros mismos en ocasiones precedentes: debemos *recrear* cada vez la obra en presencia del auditorio, basándonos, para esta improvisación, en el enorme trabajo de excavación —primero analítico, después sintético— que se espera de un artista profesional. Debemos utilizar a fondo el magnetismo de grupo que se crea en la sala, la interacción entre intérprete y público, que multiplica las energías y crea una participación viva que en ningún caso la radio, la televisión, el disco compacto están en condiciones de imitar (el disco tiene la misma función que la fotografía: no se entra en contacto con una obra de arte visual a través de una foto). Cada uno de nosotros —es obvio— encuentra sus propias modalidades expresivas, y en cualquier caso el histrionismo es característica esencial de quien se exhibe delante de un público. Pero la vida y la experiencia del escenario, cuando están al servicio de un auténtico talento, enseñan a destilar cada vez más los medios expresivos para el oído y el ojo del oyente, hasta alcanzar en todos los grandes *ancianos* una actitud hierática (incluso el campeón de los pianistas de salón, Nikita Magalof, en su último año de vida, delante de la *Sonata en si bemol* de Schubert asumía un tono místico). La levedad, es decir, la sustracción de la materialidad, en la mayor parte de los casos es señal de una madurez que se manifiesta en la música pero que es propia de todo ser humano, si concebimos la vida como estados de conciencia cada vez más límpidos. Piensen ustedes en el *etéreo* del *opus* 111 de Beethoven, en la comedia de *Falstaff*, ópera extrema de Verdi, o

también en la *Pétite Messe Solennelle* de Rossini o en la *Flauta Mágica*. La levedad de la que hablo es un estado superior de conciencia que se alcanza por la vía del rigor y se asemeja a muchas vías espirituales que comparten la sabiduría religiosa y la sabiduría filosófica. Me parece que la parábola evangélica de san Mateo transmite la más elocuente de las enseñanzas: «miren las aves del cielo, que ni siembran, ni cosechan, ni guardan en graneros y, sin embargo, el Padre celestial las alimenta. Miren cómo crecen los lirios del campo, que no trabajan ni hilan. Pues bien, yo les aseguro que ni Salomón, en el esplendor de su gloria, se vestía como uno de ellos».

La levedad/el vestido lastre/la libertad verdadera. Ahora hemos llegado, tras sucesivos acercamientos, al núcleo de mi conversación. No pretendo de mi paciente auditorio un consenso general sobre lo que voy a decir: me basta una discreta atención.

Volvamos ahora a la frase de Thomas Mann que cité al inicio: la Belleza no es otra cosa que nostalgia. ¿Nostalgia de qué?, ¿de quién? La respuesta no me la podía sugerir nadie, porque la experiencia de tocar es, por sus significados profundos, completamente personal. A lo largo de mi vida, también musical, he tenido como referencia, igual que cada uno de nosotros, a algunas figuras que he ido quitando gradualmente del campo visual de mi conciencia, hasta llegar a la soledad conmigo mismo. He tenido que conquistarme mi libertad interior, y comoquiera que sea, de modo aún parcial. Cuanto más me he alejado de los puntos de referencia censores, por llamarlos de algún modo, más he percibido mi absoluta libertad de espíritu músico, más me he sentido en la presencia de Dios. La nostalgia se ha revelado como el deseo de colmar la distancia que me separa de Él; y la Belleza, la verdadera, se convierte en Dios mismo. ¿Me quieren creer? No es una demostración lógica de orden filosófico sino una experiencia espiritual. Dos pruebas me sostienen en la convicción de que no estoy confundiendo las cosas. Yo, hoy, amo la música y la gozo más que antes. Estoy enamorado del sonido, de la armonía de los sonidos, de la organización de los sonidos. Y además no hay nota para mí que no se traduzca en canto. Como dice el ángel: «Ritmo: cuerpo-melodía: alma... y los dos llevan al tercero», y yo

añado: al Espíritu, a la Armonía. Toda la música suena para mi oído como un himno de gloria al Señor. Quizá así se puede entender mejor por qué algunos músicos, entre los cuales me cuento, prefieren dedicarse a Mozart antes que a los Beatles: hay músicas que interpretan mejor esta exigencia de Belleza. ¡Pero que conste que la música no ha de ser siempre luminosa, feliz y en modo mayor! También en un Quinteto de Shostakovich, que es un condensado de sufrimiento, sigue valiendo lo que acabo de decir: basta hojear los Salmos para entender en seguida que se puede rezar desde el abismo igual que desde la cima de la montaña. Y sin embargo, si se fijan, también Shostakovich viaja hacia la levedad, la última página incluso parece como si quisiera alzar el vuelo. Pero, no quisiera crear un equívoco cuando digo que se podría definir sacra toda la música bella; lo que yo siento como sacro es el sonido, no el título o el carácter de una cierta pieza (como si dijéramos que la tarantela es profana y la sarabanda «casi» sacra).

Toda mi existencia ha estado dedicada a la definición de un sonido cada vez más expresivo del mundo superior y, digamos, cada vez más puro; puro en el sentido de liberado de toda escoria, bastedad, materialidad en estado bruto. Como consecuencia, cada vez más alta, más reveladora, más fecunda será la definición de elementos que forman el lenguaje musical: una nueva armonía, una cadencia, un *crescendo*, un *rallentando*, cosas de todos los días para un ejecutor, cosas que son nada para quien casi no se fija; pero cosas que se revelan como eventos del alma cuando las sabemos leer con el tercer ojo, en nuestro caso... con el tercer oído. He aquí cómo se puede encarar por centésima vez la misma pieza aprendida hace treinta años. Quien va por el camino que he tratado de describir, no se puede aburrir, no sabe repetir una ejecución sino que busca continuamente ese microscópico escalón que no le hará llegar nunca a una meta —por lo demás inexistente—, pero que le permitirá renovarse una y otra vez delante de un texto que ha sido tocado de mil modos diversos por miles de pianistas, y que no tiene nada novedoso que desvelar a quien busca entre las notas. En cambio, es necesario buscar dentro de uno mismo cuáles ecos despiertan esos sonidos, es necesario preguntarse y hacerse canal de resonancia para el flujo de las notas. Dice el ángel: «la costumbre es muerte,

comienza tu trabajo como si fuera la primera vez, para ti tu trabajo es oración». Más que tocar el piano, hay que hacerlo sonar. Más que «interpretar» con continuas intervenciones «originales», conviene dejar que la música suene. ¡No es una renuncia! Es el arte más grande y maduro. Como en cualquier otro trabajo, también nosotros sufrimos los cambios ligados a las estaciones de la vida, y en un cierto momento perdemos esa tensión que nos había acompañado en los primeros años de la carrera. Quien no ha fundado su crecimiento musical sobre valores genuinos se arriesga a perder de vista el sentido de lo que debe hacer. He aquí por qué a lo largo de estos treinta años de actividad he visto nacer, desaparecer, reverdecer, perderse numerosos talentos. He aquí por qué digo con fuerza que el talento y el ingenio deben ser rescatados por el sentir ético, que tiene supremacía sobre ellos. Paradójicamente, el talento puede transformarse en una fuerza negativa que nos destruye en lugar de ser fuerza propulsora. Es sólo una potencialidad, necesitada de la mecha de la voluntad para convertirse en acto. Creo que esto tiene un sentido no sólo para la música sino para toda actividad humana. He aquí por qué espero no haberlos aburrido hablando de música, como músico, a un auditorio de no-músicos. Me confío una vez más al ángel para cerrar circularmente mi modesto recorrido. Sus palabras son infinitamente más elocuentes que todo esfuerzo mío.

«Saben qué es lo bello: el acto del buen servidor, lo que va más allá de lo necesario. El cuerpo se mueve — es necesario—. La danza es el más allá y, si de verdad es danza —es lo bello. La voz es necesaria— el canto es el más allá. Es necesario delinear una imagen, una forma, pero lo que va más allá de la forma es lo bello. El nuevo mundo no puede estar construido sino de Belleza». MICHELE CAMPANELLA

I BIENAL DE VALENCIA

Comunicación entre las artes

La I Bienal de Valencia, dedicada a la comunicación entre las artes, se ha representado durante cinco meses en un marco temático determinado por las pasiones, los vicios y las virtudes humanas, es decir, el conjunto de motivos universales éticos, sentimentales y sensoriales del comportamiento humano. **Norberto Ibañez** hace balance de un encuentro que, a pesar de ser primerizo, ha obtenido gran resonancia, dentro y fuera de España.

Durante los cinco meses que ha durado la I Bienal de Valencia, la capital del Turia se ha visto involucrada en un movimiento artístico envolvente, y sus visitantes han podido disfrutar y recorrer dos visiones de una misma ciudad: la Valencia patrimonial, la histórica, la antigua restaurada y recuperada con edificios como El Convento del Carmen, El Almudín, San Miguel de los Reyes... y la Valencia de la modernidad, con un claro referente de indudable valor en la Ciudad de las Ciencias. En estos espacios han tenido lugar exposiciones de autores destacados como Peter Greeneway, Emir Kusturica, Robert Wilson o Mladen Materic. También las calles del centro histórico e incluso la playa se han impregnado de arte, facilitando al ciudadano y al paseante la proximidad al hecho cultural.

La Bienal ha sido, y desea ser en próximas ediciones, un laboratorio y un observatorio de este conocimiento y de esta confrontación entre artes, espacios y temas. Un observatorio en condiciones de proveer, cada dos años, el *working-progress* de esta fundamental dialéctica. Dice Luigi Setembrini que Valencia es la tierra ideal para llevar a cabo una manifestación de las características de esta Bienal. Y lo es por múltiples motivos. Uno es el de su capacidad, una especie de concentrado equilibrio entre sus raíces y su modernidad, entre su aristocrática belleza y su cívico estilo de vida; entre su voluntad de hacer y de dar y su oferta de

I Bienal de Valencia, una confrontación entre artes, espacios y temas.

UNAS PALABRAS DE CONSUELO CISCAR

«Este ambicioso proyecto cultural —ha comentado Consuelo Ciscar, subsecretaria de Promoción Cultural de la Generalidad de Valencia— cumple con creces el reto de exigencia que cabía exigirle desde el punto de vista de la creación artística y libertad de expresión enriquecedora, pero también del rigor epistemológico de la propuesta. Nos negamos desde un principio a repetir viejos esquemas, a copiar fórmulas ya ensayadas, por brillantes y exitosas que éstas hayan sido en el pasado. La Bienal nació con vocación de explorar nuevos cauces, de abrir vías alternativas, de hallar distintas aproximaciones y accesos a una realidad cada vez más global, interconectada y compleja a medida que avanzamos en el tiempo. Porque las artes son horizonte, *ámbitos abiertos e interrelacionados*, de fronteras difusas o inexistentes, limítrofes, concéntricos y sometidos a un intenso, fructífero y continuo rozamiento».

espacios expositivos de gran belleza, algunos recién construidos y otros perfectamente restaurados, pero todos en continuo funcionamiento.

ARTE CONTEMPORÁNEO. POSTURAS SINCERAS E INSINCERAS

Encontramos, pues, muy acertado el concepto *comunicación entre las artes*. Ahora bien, habiendo tenido un laboratorio próximo, cercano, donde poder tomar el pulso al arte actual, nos hemos visto obligados a analizar, a cribar y a destripar sus procedimientos, sus creaciones, para obtener respuestas entre sus artistas.

La primera pregunta que nos hacemos es la siguiente: ¿el artista comunica o tan sólo informa? Si entendemos información en el sentido aristotélico, diremos que ésta se define como una «imposición de formas», mientras que la comunicación no sólo transmite o impone un mensaje, sino que lo comparte de manera persuasiva, es decir, intenta llevar a los demás a sostener un mismo punto de vista. Por tanto, entenderemos información como elocución, y comunicación como diálogo.

Siendo así, ¿qué es lo que hace el artista actual: informa o comunica? Sin duda alguna, en primer término

debe informar y es lógico que lo haga de un modo subjetivo, peculiar, novedoso y eso es muy razonable, a la vez que necesario. Nos ofrece arte como sustitución de la realidad a través de nuevas formas desconocidas, extrañas, que nos permiten ver el mundo con ojos nuevos y pensarlo con nuevas expresiones y palabras. Pero, y aquí es cuando empieza a comunicar, con una percepción clara y a partir de un lenguaje o código que nosotros entendemos. Así, toda obra plantea una pretensión de reconocimiento en tanto que es una forma de comunicación simbólica. El problema aflora cuando el autor utiliza un lenguaje, un código que sólo él reconoce, difícil de interpretar por el espectador, prácticamente indescifrable, por lo que tan sólo él puede entender y explicar. De esta manera, no existe ningún tipo de comunicación con el receptor, o si la hay, será distorsionada. Su función expresiva es indescodificable, no se percibe. El artista está informando pero no comunica y, si comunica, lo hace de modo arbitrario. «Cada cual que se lleve la sensación que le produzca, si no es la que he querido transmitir no importa, lo interesante es que el

—A partir de la Bienal ¿se puede decir que Valencia ha dado un paso adelante y cuenta con una dimensión real dentro del circuito artístico internacional? ¿Podemos *hablar de un antes y un después en la posición* que ocupa la ciudad?

«A esto debo decir que la primera vez que la revista *Time* coloca la ciudad de Valencia en un mapa es a partir del momento en que comenzamos a promocionar con intensidad y durante un año el programa de la Bienal por ciudades como Shanghai, Nueva York, México o Buenos Aires. Podemos decir que lo que anteriormente ocurrió con capitales españolas como Barcelona o Madrid ahora está pasando con Valencia. La cifra de espectadores que han visitado los diferentes espacios de la Bienal es alarmante, ya que ha alcanzado los 38.000; y lo es también la intensidad del impacto mediático que ha llegado a casi a los 100 millones, superando con creces bienales históricas como la de Venecia (aprovecho para decir que su último director recorrió nuestros espacios expositivos y manifestó su satisfacción por el brillante trabajo que se había realizado). Por tanto, la dimensión que ha tomado Valencia en estos últimos meses ha sido trascendental. Personalidades bien reconocidas del mundo artísitico, más de 300 directores de museos, sin olvidar los miles de espectadores anónimos con criterio, han gozado con la Bienal y, actualmente, pronuncian el nombre de Valencia por diversos continentes y cuentan con ella como una ciudad dentro de los circuitos importantes del arte moderno».

CONSUELO CISCAR (por N.I.)

espectador se emocione de alguna manera», responde un creador con total anarquía artística. Desde mi punto de vista, tal respuesta pertenece sólo a un artista frustrado, vacío, y que debería estar muy preocupado al no haber sido capaz de transmitir su idea. Por tanto, ese axioma convierte a cualquiera en artista. Todo proceso de creación viene acompañado de un proceso inevitable de frustración, pero no porque la obra no sea comprendida por el espectador sino porque el creador desearía mejorarla, mutarla, transformarla. Todo ese desarrollo comunicativo debe estar inacabado en el extraterritorio mental del autor. En este sentido, el político que, como dice Albert Boadella, se ha convertido en el verdadero mecenas de nuestro tiempo, desde su gabinete no tiene la culpa del estado en que se encuentra el arte de vanguardia. Ellos desean acercar la cultura a su pueblo, buscan y encuentran lo que existe. No se puede comprar más que lo que el mercado oferta, dentro de un margen, claro está, pero no demasiado amplio. El mercado, la moda, el espectáculo y los especialistas en vender los productos son los que monopolizan el arte, no dejando otra opción a quien quiere comprar.

Ante esta visión crítica del arte, los propios artistas de la Bienal se defienden y argumentan que en este mundo tan vasto en el que no se entrevé su fin, como si fuese un agujero negro, están naciendo nuevas formas de arte, presentadas indistintamente bajo etiquetas que de todos modos no dan plenamente cuenta de la enorme variedad de los lenguajes, de las arrolladoras poéticas. Y ésta es la nueva realidad en la cual atracan los jóvenes artistas y los nuevos mutantes. Al igual que Magritte y Warhol abandonaron el estrecho jardín de la publicidad para desembarcar en el mar de las artes plásticas, así también los diseñadores de webs, dueños de las tecnologías más avanzadas, crean nuevas imágenes y ambientes desestabilizadores. A pesar de todo, es un arte en estado embrionario. Pero será, o más bien es, uno de los lenguajes de un futuro que ya ha nacido y se reproduce en el interior de un círculo de mestizaje que, voluntaria o involuntariamente, ya ha digerido lo existente, que no ha perdido nada de los comportamientos mentales más provechosos y modernos de la literatura artística.

Justamente debido a este fenómeno de novedad artística, hay quien expresa su malestar porque no entiende lo que el artista reproduce, lo que

se exhibe en las salas de arte, por lo que exige que el arte contemporáneo vaya acompañado de información adicional para ayudar a un espectador desinformado debido a que se enfrenta a un arte que todavía no tiene discurso escrito, a causa de su tremenda diversificación y evolución. En este sentido, muchos visitantes y artistas coinciden en que nunca han visto una Bienal tan didáctica como la de Valencia, en la que han existido cuadernos informativos y visitas guiadas desde la perspectiva artística.

¿ES MALO ENTENDER EL ARTE?

El arte ¿cuando se hace no se entiende, y si se entiende significa que es malo? Categorizaciones de este calado y todas las propuestas vistas con anterioridad nos llevan a preguntarnos en qué período o etapa del arte nos encontramos actualmente, ya que hubo un tiempo en que todo el mundo sabía qué era arte, cuál era su lugar y para qué servía. Hoy es bien distinto: entre látex, vídeos, electricidad, materiales en desuso, arte prácticamente para ingenieros, mecánicos, tecnólogos que realizan formas y construcciones industriales, no podemos estar seguros de que el arte exista, al menos de manera preconcebida.

Lo cierto es que el arte en las últimas décadas ha manifestado una capacidad de absorción de diferentes disciplinas que ha desorientado al público que permanece falto, quizás, de formación para entender que ocurre. El arte actual no se puede juzgar si no se tiene en cuenta el entorno social. Evidentemente el arte se ha democratizado y hay que escucharlo todo, pero no hay que creerlo todo porque, como en todas las disciplinas de la vida, hay posturas poco sinceras y prefabricadas que se inmiscuyen entre las más honestas. Un colectivo de artistas pertenecientes a la Bienal afirma que nunca más que ahora ha habido una conciencia colectiva de lo que es arte y una implicación más directa entre artista y espectador. Nunca se ha disfrutado de más interés por el arte que en nuestros días, aseguran.

Fue Baudelaire quien por primera vez usó la palabra «modernidad» en su actual concepción, es decir, el gusto por lo efímero, transitorio y fugaz. Apuntaba que siempre debería ir acompañado de «ponderación», «moderación», «medida»... Baudelaire hablaba, pues, de equilibrar dos

tensiones contrarias. Las ideas de progreso y vanguardia le resultaban sospechosas. Como decía Delacroix, «la humanidad marcha al azar, se diga lo que se quiera». Podemos decir que ya se cifra la ruptura del arte con el buen gusto. El arte no debe gustar en el sentido tradicional: debe criticar, sorprender, incordiar, sacudir en el sentido de W. Benjamin, al definir un arte con capacidad de abrir mundo y de fundar sentido, por su radical creatividad. Desde Rimbaud, los artistas modernos han llamado al desorden de los sentidos, de los conceptos, de los roles y de los lugares. Pero de ahí a que el cuadro *La rendición de breda*, de Velázquez, se equipare a una botella de Coca-Cola de Warhol hay un recorrido erróneo tremendo, por una simple razón: no se pueden poner en el mismo saco para calibrar su peso. Y esta nueva concepción del arte nos lleva poco a poco al minimalismo, al conceptualismo con *happening*, instalaciones, *performances*, con lo que se le agotan las energías a la vanguardia y llegamos al *everything goes* (todo vale), donde la vida es más radical y más real que toda esa interpretación que nos expresan de manera simplista los autores, ocasionando tan sólo escándalos culturales.

Frente a este análisis algo apocalíptico encuentra su contraste, una vez más, la figura de Luigi Setembrini, quien afirma que hoy en día una enormidad de lenguajes alcanza y más bien disloca directamente al individuo sin solución de continuidad. El arte, al no ser ya la única alternativa de comunicación, debe descender y ensuciarse las manos. ¿Podrá sobrevivir no ya solitario, sublime, celestial, sino por el contrario terrenal, comprometido y contaminado por nuestro tiempo y por su lenguaje violento, agresivo, aproximativo, acelerado, ansioso y vulgar? El arte sobrevivirá si logra convertirse en la virtud de estos distintos lenguajes: en la virtud de la comunicación.

Bienvenido sea un pensamiento artístico por ininteligible que parezca, pues ello significará que hay pensamiento, transgresión y pasión por la cultura. En este sentido nos viene bien recordar las palabras de Consuelo Ciscar: «Somos conscientes de que el arte no es fruto de la casualidad, que quienes estimamos el arte lo hacemos, como dijo Flaubert, porque de entre todas las mentiras es la menos falaz». NORBERTO IBÁÑEZ

NUESTRA EXPERIENCIA HISTÓRICA

La guerra y el futuro de Occidente

por **THOMAS MANN**

Thomas Mann en 1901

Cuando, hace ahora cien años (octubre de 1901), un joven de 26 años *entregaba al público Die Buddenbrooks*, nadie había oído hablar de Thomas Mann. Un coetáneo suyo señaló en un periódico praguense: «Habrá que contar con este nombre». Era Reiner Maria Rilke y no se equivocó. Más de cuarenta años después, el aforo del Coolidge Auditorium, en la Bibioteca del Congreso de los EE UU, no podía acoger a todos los ciudadanos americanos que, un 13 de octubre de 1943, deseaban atender la conferencia que impartiría el Premio Nobel Thomas Mann. A aquel título inicial había sumado otros considerados hoy hitos fundamentales de la literatura del siglo XX: *La montaña mágica, Mario y el mago* y el primer volumen de *José y sus hermanos*, entre otros. En toda su obra, las raíces de la cultura alemana daban vida al interés por los problemas intelectuales y existenciales del hombre del siglo XX, de manera tan integralmente humanista y liberal, que por necesidad habían entrado en conflicto con el nacionalsocialismo, entonces en el poder. El decidido rechazo de la ideología fascista propia de este partido colocó a Thomas Mann en el exilio, desde 1933. Diversos países europeos

acogieron al escritor hasta que en 1938 emigró a Princeton (EE UU). En la mencionada conferencia en la Biblioteca del Congreso —inédita en castellano, y que *Nueva Revista* ofrece aquí parcialmente—, Mann recordaba ante su auditorio lo que venía repitiendo desde hacía una década: que la civilización occidental está obligada a hacer frente a cualquier enemigo de la libertad. Ayer era el Partido Nazi, hoy son redes clandestinas de terroristas; quien quiera que lo intente mañana, podría conocer, por los libros de historia, qué futuro le aguarda.

Hoy por hoy no es tarea fácil, sino más bien angustiosa, subir al estrado tras el púlpito del orador y contemplar los ojos de una audiencia que le observa a uno con expectación y mirada inquisitiva. Digo «hoy», pero esta situación, que puede resultarle natural al hombre emprendedor y altamente influyente, al político y partidista, en realidad ha sido siempre extraña e inapropiada para el artista, el poeta, el músico de las ideas y de las palabras; una situación en la que nunca se ha sentido a gusto por cuanto, en cierta medida, le obliga a actuar en contra de su propia naturaleza. El elemento de extrañeza e incomodidad para él reside en el propio carácter de la tarea, en dirigir la palabra, en comprometerse, en enseñar, en declarar convicciones y defender opiniones. Por cuanto el artista, el poeta, es un ser que absorbe todos los movimientos y tendencias intelectuales, todas las corrientes y contenidos espirituales de los tiempos y permite que éstos obren sobre él. Se ve afectado por todos ellos, los digiere mentalmente, les da forma y de este modo pinta la imagen cultural integral de su época, dirigida tanto a su mundo contemporáneo como a la posteridad. No predica ni hace propaganda; da a las cosas una realidad plástica, que no es indiferente a nada ni se compromete con ninguna causa salvo la de la libertad, la de la objetividad irónica. No habla por sí mismo; deja que otros hablen y aun cuando no es dramaturgo, se vale de los mecanismos del teatro, los de Shakespeare, donde la persona a quien le toca hablar siempre tiene la razón. Hablar de su propia responsabilidad le resulta algo ajeno, gravoso y alarmante. Él es por necesidad un ente dialéctico y no ignora la verdad que encierran

las palabras de Goethe: «Sobald man spricht, beginnt man schon zu irren» (*apenas habla el hombre, comienza a equivocarse*).

[...] Esto es cierto, pero aun así hay momentos y circunstancias históricas en las que resultaría cobarde, egoísta e inoportuno insistir en la libertad crítica de uno y retraerse ante una declaración de creencias. Me refiero nada más y nada menos que a aquellos momentos y circunstancias históricas en las que la Libertad misma, de la que depende la propia del artista, está en peligro. Cuando el intelectual, motivado por su necesidad de libertad, se convierte en un juguete en manos de los asesinos de la misma, está cavando su propia fosa y actuando de manera reaccionaria, desalmada y suicida. No hay nada que agrade a estos enemigos más que una mente que no se plantea nada digno de sí mismo sino una actitud más que irónica, una mente que desprecia la distinción entre el bien y el mal y que considera la inquietud por ideas tales como la libertad, la verdad y la justicia como un «asunto burgués». En determinadas circunstancias es deber del intelectual renunciar a su libertad por defender la causa de la libertad. Es su deber reunir coraje para afirmar ideas ante las que el intelectual esnob cree poder encogerse de hombros. Tuve la siguiente experiencia en Estados Unidos: estaba hablando de la democracia y de mi creencia en ella, cuando tuve que escuchar a un avispado periodista, que quería hacer ostentación de espíritu crítico, decir que yo había expuesto «ideas de la clase media». Con esta declaración estaba expresando él un falso y reaccionario concepto de lo banal, un error con el que yo ya me había encontrado demasiadas veces en Europa. [...]

Lo que el erudito periodista caracterizaba como «ideas de la clase media» no es ni más ni menos que la tradición liberal. Es el conjunto de ideas de libertad y progreso, de humanidad, de civilización —en resumidas cuentas, la reivindicación del dominio de la razón sobre el devenir de la naturaleza, sobre el instinto, la sangre, el subconsciente, la espontaneidad vital primitiva—. Ahora bien, de ningún modo le resultaría natural al artista, a cualquier ser humano que guarda algún tipo de relación con lo creativo, dedicarse a hablar continuamente sobre la razón, como lo hace algún que otro asno erudito. Él sabe muy bien la importancia que tienen para la vida los poderes subracionales y superracionales del

instinto y de los sueños; y no se siente en absoluto inclinado a sobrestimar el intelecto como guía y molde para la vida. Está lejos de ser enemigo del instinto. Reconoce que el rechazo del racionalismo durante los siglos XVIII y XIX estuvo justificado tanto histórica como intelectualmente, fue inevitable y necesario, pero basto y desmesurado también; y si uno tuviera la imaginación suficiente para prever las consecuencias de lo irracional, del devenir de lo oscuro, de la exaltación del instinto, del culto a la sangre y al impulso, del «ansia de poder», del «élan vital», del «mito del grito de guerra» y de la justificación de la violencia —consecuencias en la esfera de la realidad y de la política resultantes de las ideas concebidas en la esfera intelectual, qué aparentaban ser muy interesantes y fascinantes en este ámbito—; si uno tuviera la imaginación suficiente para prever todo eso, el deseo se evaporaría e iría a parar al costado del barco en el que se encuentra hasta el más insignificante escritorzuelo o demagogo de bar. Es un espectáculo terrible contemplar la aceptación popular de la irracionalidad. Uno siente que el desastre es inminente, un desastre que la exaltación exclusiva de la razón nunca podría igualar. La exaltación de la razón puede resultar cómica por su pedantería optimista y puede quedar en ridículo merced a fuerzas vitales más potentes que ella; pero no evoca la catástrofe. Ésta sólo puede provenir del ensalzamiento de la antirazón. En cierta época en la que el fascismo se alzó con el control político en Alemania e Italia, cuando el nacionalismo se convirtió en el centro y la expresión universal de todas estas tendencias, yo estaba persuadido de que nada sino una guerra y una destrucción general podrían ser el resultado final de la orgía irracionalista, y que lo querían en breve. Lo que parecía necesario era el recuerdo de otros valores, de la idea de democracia, de la humanidad, de la paz y de la dignidad y libertad humana. Era este aspecto de la naturaleza humana el que precisaba de nuestra ayuda. No existe el menor peligro de que la razón cobre jamás una supremacía total, de que jamás haya demasiada razón en la tierra. No hay peligro de que la gente se transforme un día en ángeles desprovistos de emociones, lo que sin duda resultaría anodino. Pero que se conviertan en bestias, lo que de hecho se me antojaría demasiado interesante de contemplar, es algo que fácilmente puede ocurrir, como ya hemos constatado. Ésta es

una tendencia mucho más pronunciada en el ser humano que la insipidez angélica, y con tan sólo exaltar todos los instintos para dejar emerger los más bajos, que siempre están dispuestos a apropiarse de tal exaltación para sí mismos, habremos concedido la hegemonía triunfante a las tendencias bestiales. Es cómodo y autoindulgente abalanzarse sobre la vertiente de la naturaleza en oposición a la de la mente, sobre la vertiente más fuerte en cualquier caso. La generosidad sin más y un ligero sentido de responsabilidad humana deberían decidirnos a proteger y alimentar la débil y menuda llama de la mente y la razón sobre la tierra, a fin de que brille y nos caliente un poco más.

La libertad y la justicia cesaron tiempo ha de ser banales; son vitales; y considerarlas aburridas no revela más que una aceptación del fraude fascista pseudorevolucionario, que sostiene que la violencia y el embaucamiento de las masas son la última palabra y la más actual. La mente más privilegiada distingue que lo único verdaderamente novedoso que existe en el mundo, lo que el espíritu vivo está llamado a servir, es algo completamente diferente, a saber, la democracia social y el humanismo, que lejos de dejarse atrapar por un relativismo cobarde, tienen una vez más el valor de distinguir entre el bien y el mal.

Esto es lo que hicieron los pueblos europeos. Rehusaron someterse al mal, al nuevo orden de Hitler, a la esclavitud. [...] Cuánto más sencillo hubiera sido para los pueblos europeos si hubieran aceptado el infame nuevo orden de Hitler, si se hubieran resignado a la esclavitud, si hubieran, como se dice, «colaborado» con la Alemania nazi. No lo hicieron, ni uno sólo de ellos. Años de terrorismo brutal, de martirios y ejecuciones no consiguieron quebrar su voluntad de resistir.

[...] Señoras y señores, es horrible y humillante presenciar el mundo civilizado viéndose obligado a luchar a muerte contra la mentira políticamente distorsionada de un agresivo cuento de hadas tradicional, el alemán, que en su pureza inicial había aportado al mundo tanta belleza. Anteriormente había sido inocente e idealista, pero este idealismo comenzó a avergonzarse de sí mismo y se llenó de envidia hacia el mundo y hacia la realidad. «Alemania es Hamlet», se solía decir. «*Tatenarm und gedankenreich*» (carente de proezas y rica en pensamiento), la

llamó Hölderlin; pero prefirió ser rica en proezas, incluso en «retroezas», y pobre en pensamiento. «*Deutschland, Deutschlandüber alles, esto significa el fin de la filosofía alemana*», declaró Nietzsche. Esta envidia hacia el mundo y la realidad no era sino una envidia de acción política. Y debido a que esto era algo completamente ajeno a la mente alemana, la política se concebía como el seno de un cinismo y maquiavelismo absoluto.

[...] En relación a esto, permítanme hacer un breve comentario en cuanto a la idea de democracia. Sin duda, la democracia es en primer lugar una reivindicación, una reclamación de justicia e igualdad de derechos por parte de la mayoría. Es una demanda justificada que surge desde abajo; pero a mis ojos es aún más bello si se trata de una buena voluntad, una generosidad y un amor que van desde arriba hacia abajo. No consideria muy democrático que el señorito Smith o el señorito Jones le dieran una palmada en la espalda a Beethoven y le gritaran: «¿Cómo estás, viejo?». Eso no es democracia sino falta de tacto y de respeto por las diferencias; pero cuando Beethoven canta: «Sean besados los millones, llegue este beso al mundo entero», eso es democracia; porque él podría decir: «Soy un gran genio y algo bastante especial, en cambio el pueblo es ordinario; soy demasiado orgulloso y particular como para besarles». Por el contrario, les llama a todos sus hermanos e hijos de un Padre en los Cielos, que es también el suyo. Eso es democracia en su máxima pureza, lejos de la demagogia y de las aduladoras lisonjas dirigidas a las masas. Siempre me he unido a este tipo de democracia; pero ésta es exactamente la razón por la que siento profundamente que no existe nada más abominable que el engaño a las masas y la traición al pueblo. Mis años más infelices fueron aquellos en los que, en nombre de la paz y del apaciguamiento, el pueblo se vendía al fascismo. El sacrificio de Checoslovaquia en la conferencia de Munich fue la experiencia política más horrible y humillante de toda mi vida; y no fui yo sólo quien lo sintió así, sino toda persona decente de cualquier parte del mundo.

En marzo de 1932, un año antes de partir de Alemania, di un discurso en honor al centenario de Goethe en la Academia de las Artes de Prusia en Berlín, una disertación que terminó con las siguientes palabras: «El crédito que la historia todavía concede a una República libre, a una sociedad democrática, este crédito a corto plazo consiste en la fe todavía

mantenida en que la democracia es capaz de lograr lo mismo que sus acérrimos enemigos sostienen que pueden conseguir, es decir, dirigir al Estado y su economía hacia un nuevo orden mundial». Esta advertencia, que en aquel tiempo iba dirigida hacia los ciudadanos de la República alemana, podría extenderse hoy día a los ciudadanos del mundo occidental en general. Si la democracia no es lo suficientemente valiente, en este mundo así como después de él, para apoyarse en la fortaleza de las tropas del pueblo y considerar la auténtica batalla que éste libra como su único sostén, y así perseguir un mundo nuevo más libre y más justo, el mundo de la democracia social; si, por el contrario, se desentiende de sus propias tradiciones revolucionarias y se alía con los poderes del antiguo orden, del orden desechado, a fin de evitar a toda costa lo que denomina anarquía, a fin de someter toda tendencia revolucionaria; entonces la fe del pueblo europeo que fue oprimido por el fascismo llegará a su fin y todos ellos, Alemania la primera, se volverán hacia el poder del Este, en cuyo socialismo la idea de la libertad individual ya no halla lugar.

Podrán notar, señoras y caballeros, que no considero algo ideal para la humanidad un socialismo en el que la idea de igualdad se superponga completamente a la de libertad; ciertamente estoy lejos de ser un paladín del comunismo. Sin embargo, no puedo evitar pensar que el miedo atroz del mundo occidental hacia el término comunismo, este miedo merced al cual los fascistas pudieron mantenerse durante tanto tiempo en el poder, es bastante supersticioso e infantil y una de las mayores necedades de nuestra época. El comunismo es hoy en día el «coco» de la burguesía, al igual que la socialdemocracia lo era para Alemania en 1880. Bajo Bismarck el socialismo significaba la suma de toda la destrucción y la sublevación de los *sans-culotte*, de la anarquía caótica. Todavía resuena en mis oídos el grito del director de mi escuela a unos niños que habían estropeado varios bancos y mesas con una navaja: «¡Os habéis comportado como socialdemócratas!». Hoy hubiera dicho: «¡Como comunistas!», por cuanto el socialdemócrata se ha convertido en este tiempo en alguien respetable a quien nadie teme.

Les ruego no me malinterpreten. El comunismo es un programa político-económico acentuadamente restringido y basado en la dictadura de una clase social, el proletariado; es el resultado del materialismo histórico

del siglo XIX y, por lo tanto, fruto de un periodo particular y sujeto a los cambios del tiempo. Pero como visión es mucho más antigua y contiene ciertos elementos que pertenecen exclusivamente a un mundo futuro. Es más antigua debido a que ya los movimientos religiosos de la Edad Media tardía presentaban un escatológico carácter comunista; ya desde entonces la tierra, el agua, el aire, la caza salvaje, los peces y los pájaros debían ser propiedad común, los señores debían trabajar por su pan diario y todos los impuestos y cargas debían suprimirse. En este sentido, el comunismo es más antiguo que Marx y el siglo XIX, pero pertenece al futuro en tanto en cuanto el mundo venidero, cuyas formas comienzan ya a perfilarse y en el cual vivirán nuestros hijos y abuelos, no puede apenas imaginarse sin ciertos rasgos comunistas — es decir, sin la idea básica de los derechos comunes de propiedad y disfrute de los bienes de la tierra, sin una nivelación progresiva de las diferencias de clase, sin el derecho y el deber de trabajar para todos. Una nación provista del valeroso progresismo estadounidense y que nunca ha negado sus orígenes en el espíritu pionero, nos proporciona una visión del mundo venidero en su igualdad y en su percepción de que el trabajo no es una deshonra para nadie. El acceso generalizado a las oportunidades educativas y al disfrute ya se ha alcanzado en gran medida. El mundo entero fuma el mismo tabaco, toma los mismos helados, ve las mismas películas, escucha la misma música en la radio; hasta las diferencias en el vestir están desapareciendo progresivamente, y el universitario que se gana la vida mientras estudia, lo que en Europa hubiera representado una aberración para la dignidad de su clase, es aquí asunto cotidiano.

[...] ¿Qué transformaciones y modificaciones han tenido lugar desde los días en que se alimentaba a las morenas con la carne de esclavos vivos y más tarde desde la época industrial? La propiedad privada es sin duda algo fundamentalmente humano. Pero incluso en nuestros tiempos, ¡cuánto ha cambiado el concepto de los derechos de propiedad! Ha quedado debilitado y limitado, si no deteriorado a través de las leyes de herencia y los impuestos, que en ocasiones son poco menos que una confiscación. La libertad individual, que guarda una estrecha relación con los derechos de propiedad, se vio obligada a ajustarse a las exigencias colectivas y realizó esta transformación de manera casi imperceptible en el transcurso de los

años. La idea de libertad, un día identificada con la revolución y llevada a efecto a través de la soberanía de los Estados nacionales, está evolucionando para procurar un nuevo equilibrio entre las dos ideas básicas de la democracia moderna: la libertad y la igualdad. La primera está siendo lentamente alterada por la segunda. Se apela a la soberanía de los Estados nacionales para hacer sacrificios en favor del bien común. El bien común, la comunidad —he ahí la raíz de aquella aterradora palabra merced a la cual Hitler llevó a cabo sus conquistas—. No me cabe la más mínima duda de que el mundo y la vida diaria están caminando, *nolens volens*, hacia una estructura social para la cual el término «comunista» no sería totalmente inapropiado, una vida en colectivo, una vida de dependencia y responsabilidad mutua, de derechos compartidos para el disfrute de los bienes de la tierra, como resultado de la aún más estrecha relación existente entre el mundo entero, su contracción, su cercanía motivada por el progreso técnico, un mundo cuya administración será competencia de todos y donde toda persona tendrá derecho a la vida.

No crean que lo que estoy diciendo significa que sólo estoy a favor de lo nuevo y lo que nunca antes se ha probado. Con ello estaría traicionándome a mí mismo. Jamás el artista es únicamente protagonista y profeta de lo nuevo, sino que además es heredero y depositario de lo antiguo. Constantemente saca a luz lo nuevo a partir de la tradición. Del mismo modo, como estoy lejos de negar los valores de la época burguesa a la que pertenece la mayor parte de mi vida personal, así también soy consciente de que las exigencias de los tiempos y los problemas de la paz venidera no son meramente de naturaleza revolucionaria, sino constructiva, sí, y restaurativa. Una vez tras otra los levantamientos históricos, tales como el que estamos experimentando ahora, preceden inevitablemente a un movimiento de restauración. La necesidad de restablecer es tan imperiosa como la de renovar. Lo que hay que restablecer por encima de todo son los mandamientos de la religión, de la cristiandad, que han quedado hollados bajo los pies de una falsa revolución. A partir de estos mandamientos debe derivarse la ley fundamental bajo la cual los pueblos del futuro podrán vivir en comunión y a la cual todos deberán reverencia. Cualquier intento de pacificación del mundo o de cooperación del

pueblo por el bien común y por el progreso humano se verá frustrado a menos que se establezca tal ley básica, que a pesar de la diversidad nacional y la libertad, debe ser válida para todos y reconocida por todos como una Carta Magna de los derechos humanos, que garantiza a la persona su seguridad en la justicia, su inviolabilidad, su derecho a trabajar y a disfrutar la vida. Sirva como modelo para este punto de partida universal la Declaración de Derechos americana.

Es mi convicción, señoras y caballeros, que a través de todo el sufrimiento y la tribulación de nuestro difícil periodo de transición, surgirá un nuevo y más emotivo interés en la humanidad y su destino, en su situación privilegiada con respecto a los reinos de la naturaleza y de la mente, en su misterio y su sino, un impulso humanista que ya está presente y activo en los mejores corazones y mentes. Este nuevo humanismo tendrá un carácter, un color y un tono diferente a los movimientos previamente mencionados. Este nuevo humanismo habrá aguantado demasiado para contentarse con una ingenuidad optimista y el deseo de contemplar la vida humana como si fuera de color de rosa. Aborrecerá la pomposidad. Será consciente de la tragedia de toda vida humana, sin dejar que esta conciencia destruya su valor y su voluntad. No revocará sus facetas religiosas, por cuanto en la idea de la dignidad humana y del valor del alma individual, el humanismo trasciende hacia lo religioso. Conceptos como la libertad, la verdad y la justicia pertenecen a una esfera más allá de lo biológico, la esfera de lo Absoluto, la esfera religiosa. Optimismo y pesimismo son palabras vacías para este humanismo. Se anulan una a la otra en la voluntad de preservar el honor del hombre, en los caminos de la benevolencia y el deber. Se me antoja que, sin tal estandarte como guía de todo pensamiento y acción, la estructura de un mundo mejor y más feliz, la comunidad mundial que anhelamos alcanzar a partir de nuestro esfuerzo actual, será inviable. La defensa de la razón frente a la sangre y el instinto no implica que su capacidad creativa deba ser sobrestimada. La creatividad es sólo el sentirse guiado por la razón, es un amor siempre activo. ⊶ THOMAS MANN

Traducido por Jaime Bonet

Jaime García-Máiquez: versos para explicarse las cosas

por **JULIO MARTÍNEZ MESANZA**

Hay quienes piensan que la poesía española atraviesa un momento deplorable, que no hay más allá de dos o tres buenos poetas ejerciendo su oficio. Otros, más generosos, elevan el número y hablan de cinco o seis poetas de raza. Yo creo, sin embargo, que en la actualidad hay muchos poetas de una calidad envidiable. La mayoría de esos poetas son jóvenes que, desde muy temprano, han demostrado poseer una técnica depurada y facilidad para hacer que los lectores compartan con ellos la emoción poética. Son jóvenes que han sabido leer muy bien a los clásicos y a los contemporáneos, dialogar con la tradición y, a la vez, encontrar una voz propia.

Jaime García-Máiquez (Murcia, 1973) es uno de esos jóvenes particularmente dotados para la poesía. En su único libro publicado hasta la fecha, *Vivir al día* (Sevilla, 1999), que mereció el prestigioso Premio Luis Cernuda, se incluyen unos cuantos poemas maduros, redondos, de esos que despiertan una sana envidia. La poesía de Jaime tiene una ternura especial, que mezcla, a partes iguales, alegría de vivir e irónica pesadumbre. Las rimas asonantes de muchos de sus poemas, manejadas con gran maestría, y un lenguaje común y claro, confieren al conjunto de su obra un tono extraordinariamente cálido y amable. En la poesía de Jaime hay fe y paradoja, confianza y desconsuelo.

Jaime García-Máiquez suele hablarle en voz baja al lector. En voz baja, pero con intensidad y sin dar cabida a las trivialidades. En su poema inédito «La rosa del desierto», que hoy presentamos, Jaime eleva un poco esa voz y, con sonoros endecasílabos blancos, compone un delicado y estremecedor himno a la hermosura milagrosa y a la invencible esperanza.

POESÍA Y VERDAD

Jaime García-Máiquez

Recuerdo la desilusión que me supusieron mis primeras lecturas filosóficas. Yo, que buscaba en aquellos libros respuestas esenciales (o cosas por el estilo), no di más que con la demostración laberíntica de algunas evidencias, razonamientos confusos que conducían penosamente a un verdad desnaturalizada y burocrática. No entendía, por entonces, cómo era posible que los más enrevesados e inteligentes razonamientos se quedaran vacíos y obsoletos frente a cualquier poema de Juan Ramón Jiménez; cómo era posible que la comprensión de la vida que buscaba en los libros no me la aportaran esos voluminosos volúmenes de filosofía y me lo dieran las temblorosas líneas de un pequeño poema de José Mateos. La respuesta, que llegó poco después de la mano de la verdadera filosofía, me la dio la definición que tenían los griegos de la belleza: el resplandor de la verdad. La poesía es una forma de conocimiento que nos muestra la verdad en un estado puro; una encarnación, digamos, en estado glorioso. Por eso, un buen poema puede enriquecernos más que todo un libro de filosofía, un tratado científico o un viaje a la India acompañado de Sánchez Dragó. Verdaderamente no hay nada que crear en el mundo, pero muchísimo por descubrir. Creo que la poesía va desvelando el misterio de las cosas, sacando a la luz parte de su verdad y mostrándonos, a través de ella, el camino más hermoso e intenso de nuestra libertad y del sentido de la vida.

LA ROSA DEL DESIERTO

A mi madre

No sé qué clase de escultor te hizo
pero, entre golpes de cincel, él supo
acariciarte y darte aquel aroma
que no requiere de piedad escrita
para seguir oliendo tras la muerte.

Brotaste del fulgor de la tormenta,
del beso enajenado de la ira,
con la soberbia majestad de un símbolo
y el lejano sonido, como seco,
del solemne oleaje de las dunas.

Tú eres la hermosa rebelión de pétalos
que no se atreve a sujetar un tallo,
el fruto misterioso que combina
desdén de flor con humildad de piedra,
arena viva y polvo florecido.

Tú eres la rosa helada que nos canta
un himno de esperanza en el silencio,
la música callada que estremece
los más tristes cimientos de la tierra
porque hay amor también en el desierto.

Están entre nosotros

Juan Manuel Villalba Hinojosa es un malagueño que nació en Madrid, en junio de 1964. En su trayectoria literaria se incluyen tres libros de poesía: *Húmeda húmeda alcoba* (1984), *Fondo* (1992) y *Todo lo contrario* (1997), además de numerosos cuadernos de poemas. La editorial Pre-textos editará en breve el primer libro de relatos breves de Juan Manuel. *Nueva Revista* se anticipa a ofrecer uno de ellos.

Ahora me veo con seis, siete años. Estoy junto a mi madre, a su izquierda, frente a la puerta. Hemos subido hasta el primer piso por la escalera de mármol blanco. Mi madre lo ha hecho con cierta ligereza aunque a mí me ha resultado difícil. Ella me ha ofrecido la mano, pero he preferido hacerlo solo, casi a gatas, porque mis zancadas no dan la talla de los escalones. En una de mis manos sostengo un muñeco articulado, un hombrecito vestido de guerrillero, perfectamente equipado y en postura de ataque, que ha hecho aún más difícil la tarea de subir.

Estamos en el primer piso, frente a la puerta de la consulta; no es la primera vez. Mi nuca se pliega hasta el límite cuando subo la cabeza para admirar la altura y naturaleza de la puerta. Mi madre ha llamado al timbre, al eléctrico, porque hay otro muy antiguo que es como la llave que da cuerda a un juguete mecánico. Le he pedido que me aúpe para poder girar la llave. Ella no se mueve, no dice nada. Estamos esperando. Es el tiempo viscoso de las esperas, la tensión de no saber si recibiremos respuesta. Observo el mirador que hay en el centro de la puerta, metálico, del tamaño de un plato pequeño, con unas aspas superpuestas que, cuando giran, permiten entrever un rostro que permanece varios segundos segmentado, inmóvil, misterioso; después se cierra el artefacto y se abre la puerta sin que se pueda ver quién la maneja, como accionada por un

control remoto. Observo atentamente el mirador. Entorno los ojos y deseo con todas las fuerzas que se cumpla mi voluntad. Pienso: ahora, ábrete. Y el mirador gira y permite entrever un rostro que permanece varios segundos segmentado, inmóvil, misterioso; después se cierra el artefacto y se abre la puerta sin que se pueda ver quién la maneja, como accionada por un control remoto. Pienso: creo que tengo poderes.

Entramos. La puerta se cierra sola y tras ella aparece la enfermera, de blanco, casi anciana. Me gusta. Es buena. Es muy agradable. Tiene los ojos claros y borrosos, escondidos tras la niebla líquida que depositan los años en la mirada. Dos arrugas perfectas y verticales le sostienen el mentón y, cuando habla, éste se mueve imperceptiblemente. Me mira. Sonríe. Coge mi mentón y lo sostiene con suavidad, lo trata como a un pajarillo aterido. Pienso: ojalá fuese mi abuela. Mi abuela enfermera.

Nos acompaña hasta la sala de espera y nos abandona en el centro del silencio. No hay nadie más, toda la espera es para nosotros. Mi madre se sienta en el sofá, el bolso a su lado, coge una revista. Le ordeno al guerrillero que, previo reconocimiento, tome posesión de la zona. Sin rechistar, sin discutir las órdenes y conforme a lo que se espera de los verdaderos valientes, comienza a escalar las peligrosas montañas de los sillones. Las paredes lisas y endurecidas son bastante traicioneras y más aún cargando con todos los pertrechos de campaña, sin olvidar las armas. Cuando alcanza la cima se permite un ligero descanso, toma aliento y enseguida recurre a los prismáticos para situarse, haciendo un barrido del valle que divisa. Continúa con la operación hasta alcanzar las cimas más altas, atravesando, entre una y otra, llanuras desnudas donde el verdadero peligro consiste en ofrecer un buen blanco al enemigo, por eso corre a refugiarse entre los árboles, las patas de los sillones.

Se abre la puerta y aparece la enfermera. Sonríe con sinceridad, no dice nada. Mi madre suelta la revista, recupera el bolso, me ordena que la siga. Entramos en el despacho del médico. Entrar en el despacho del médico es siempre un momento solemne. El médico se levanta del sillón, se acerca a mi madre e intercambia unas palabras. Me mira y sonríe. Nos sentamos. Mis pies cuelgan en el aire. Mi madre busca en el bolso y saca un sobre que alarga hasta el médico. Dice: «... Aquí está el análisis».

El médico abre el sobre y lee atentamente. Tarda mucho tiempo en leerlo. Cuando termina nos invita a pasar a la habitación contigua. Mi madre me arrebata al guerrillero. Observo cómo deforma su postura, cómo hace que los brazos se disloquen y la cabeza adopte una postura ridícula y humillante. Lo introduce en el bolso. Siento una punzada de dolor al no poder evitar que no se le trate con todos los honores que merece. Pienso: perdóname, Capitán, perdóname.

El médico entra en una habitación oscura y se pierde dentro. Busco la cálida mano de mi madre. Se encienden las luces. En el centro de la habitación hay una máquina extraordinaria. Rayos equis, dice el médico. Rayos, rayos equis, repito yo. El médico me dice que me desnude y mi madre me ayuda. Mientras voy despojándome de la ropa, el médico se calza unos guantes de goma que le llegan hasta los codos; se coloca un delantal de goma, como los carniceros, y empieza a manejar un panel de control. Interruptores. Luces. Botones. La luz de la habitación es muy tenue. El médico me coloca en la máquina, de pie, entre dos planchas; me asalta la confusa sensación de ser la víctima de un sacrificio. Me siento solo. La luz se apaga y queda en el aire el resplandor rojizo de otra lámpara diminuta. Empieza a manejar la máquina. Se oye un sonido de aceleración, de cambio de velocidades. Me estremezco, hace frío. El médico me ordena que contenga la respiración, que no me mueva. Mi madre me dice: no te muevas. La máquina zumba, silba como una bomba. Cierro los ojos. Me resigno a recibir la embestida del arma secreta. Una brisa de heroísmo eriza mi piel; estoy preparado. Pienso: están disparando rayos equis contra mi cuerpo, ahora soy transparente, casi invisible, soy un esqueleto. Imagino la raspa descarnada de un pez.

La máquina enmudece. El médico enciende, apaga las luces; no permite que me vista. Cierra la puerta tras nuestros pasos. Sólo llevo encima los calzoncillos y los zapatos sin calcetines. Compruebo a la luz que soy tan corpóreo como siempre, tampoco tengo marcas ni agresiones perceptibles sobre la piel. El médico me ordena que suba a la camilla y me tumbe, me agarra por las axilas y me sienta sobre ella. Me tumbo. La camilla es dura, delgada, cubierta por una sábana tensa y helada. Miro el techo. Miro al médico. Miro la pequeña geografía de mi cuerpo, extendiéndose sobre la

camilla como una península alargada. El médico hunde las manos en mi abdomen, da pequeños golpes, calibra mi interior con los nudillos. Baja los calzoncillos hasta el límite del pudor. Con sus preguntas busca un dolor que no existe, quizá sí.

Mi madre me ofrece la ropa, pero no me ayuda. Se sientan. El médico habla con ella. Me miran. Siguen hablando. Me visto en silencio y abandono la camilla. En el suelo me vuelvo a poner los zapatos. Dudo. No sé qué hacer. Ahora hablan y ya no me miran. Ensayo unos pasos hasta el centro de la habitación. Me detengo. Nadie me mira. Pienso: puede que ahora sí sea invisible. Continúo. Cruzo ante una inmensa biblioteca y me acerco lentamente al mueble que hay al otro extremo de la habitación, la vitrina instrumental. No sé si me miran, así que persisto en mi actitud. Cuando estoy frente al mueble, tomo la cautela de cruzar las manos a la espalda, garantía de chico bueno y educado, carta blanca para saciar una curiosidad inofensiva.

La vitrina instrumental tiene todas las superficies de cristal transparente, sólo las patas y aristas son metálicas. Los estantes también son de cristal y sobre ellos, perfectamente ordenados, hay una colección de objetos portentosos. Varios tipos de tijeras, de todos los tamaños, cubren el estante superior. Tijeras de hojas largas y pulidas, brillantes, curvadas como picos de aves, de puntas romas o afiladas, gruesas y estrechas, serradas, con pinzas en los extremos y asideros donde caben varios dedos. Pequeños cuchillos, escalpelos, tenazas, pinzas pequeñas, finas y deformes, y toda una serie de herramientas inexplicables y hermosas. Más abajo aparecen las jeringas, de cristal translúcido y rematadas por una pieza metálica en la punta, con los émbolos encajados, y todas dentro de unos pequeños ataúdes metálicos; también hay jeringas de plástico encerradas en sobres transparentes, algunas son enormes y ridículas. Y a continuación aparece el terror: son las agujas. Las agujas bien alineadas, en perfecta formación, brillantes y amenazadoras. Una portentosa armería de instrumentos de tortura, las conozco bien. Hay una tan larga que sería capaz de atravesar todo mi cuerpo y que encabeza una extensa serie de variantes. Algunas son tan finas y pequeñas como cerdas. Otras cortas y gruesas. Entre todas ellas aparecen infinidad de modelos y unas

pocas tienen ensartadas, en su hueco y fino volumen, un pelo metálico de inquietante rigidez. El dolor tiene su propia concreción, sus avisos, su iconografía salvaje. Mientras contemplo las agujas, contraigo los glúteos y arqueo la espalda. Enseguida aparece otro aviso del miedo; las lengüetas, de madera o plástico: armas para llegar al límite de la arcada. Deseo tener una, preferiblemente de madera, una tabla de surf para mi guerrillero. Los estantes inferiores soportan ampollas, pequeños tarros sellados con tapones de goma y precinto metálico, marcados con etiquetas donde aparecen minúsculos listados de componentes y proporciones inexplicables, muy difíciles de leer. Sé que de ahí sale el dolor de las inyecciones, de ese polvo blanco que se acumula en el fondo. También hay gasas, apósitos, compresas y esparadrapo, latas de algodón enrollado con alguna fibra impura manchando el blancor de su naturaleza. Y entre todo el arsenal detecto lo mejor, el objeto de todos mis deseos, mi sueño. Es el estuche negro, similar al que mi padre utiliza para guardar la máquina de afeitar eléctrica, con el cable y la escobilla. Pero yo sé lo que hay dentro. Es el aparato para examinar el oído y la garganta. Una linterna donde encajan todas las pequeñas piezas que la acompañan, desmontables; lentes y apéndices que transforman su finalidad. Una vez acopló una trompetilla invertida con una lente al otro extremo, me sujetó la cabeza y miró dentro de mi oído. Pensé: está viendo las ideas, no pienses.

Mi madre me reclama, me ordena que vuelva junto a ella. Cuando llego, me atrapa entre sus piernas y me peina con la mano. Hablan. Desde mi postura puedo ver, sobre la mesa, un portarretratos donde aparece una mujer bonita y tranquila. Sonríe. Parece una de esas mujeres de las películas. También hay dos plumas de pájaro muy grandes, pero metálicas, plateadas. Pienso: son las plumas de un monstruo, un pájaro enorme y acorazado. Vuelve a mí la imagen de los pelos metálicos ensartados en las agujas. El resto de la mesa está ocupado por pequeñas esculturas de formas raras y modernas, papeles, libros, y un reloj de arena con la arena de color rosa. Pienso: arena de un desierto rosa, arena del mundo del monstruo. Me desprendo de las piernas de mi madre y me quedo, de pie, junto a ella. El suelo parece una tabla de ajedrez infinita. Ejecuto el movimiento del caballo, mi padre me enseñó, siempre gana. Mi madre me dice: estate

quieto. Yo obedezco. Entonces el médico le comunica a mi madre un mensaje que no puedo entender. Ella se sobresalta. Me mira. Mira al médico. Me mira otra vez. El médico coge una de las plumas del monstruo. Es un bolígrafo. De un cajón saca una de sus recetas. Las recetas presentan un membrete en la esquina superior izquierda y el papel no es liso, tiene rugosidades, parece un tejido. Mi madre toma la receta y la esconde en el rincón más oculto del bolso. El médico habla con mi madre, pero me mira a mí, sonríe, me hipnotiza. Me pide que espere fuera, junto a la enfermera. Mi madre asiente. Intento recuperar al guerrillero, porque quiero, más que nada, devolverle su dignidad, pero me expulsan. Espero fuera, cerca de la enfermera. Al cabo sale mi madre. El médico sale también. Cuando nos despide, mientras nos dirigimos hacia la salida, me coge del cuello con tanta firmeza que me paraliza. Los dedos casi pueden tocarse al rodear mi cuello. Hay otra persona que tiene la misma afición: el cura de la parroquia. Yo no sé si se trata de un gesto cordial, de una amenaza o de un castigo. Cuando llegamos a la entrada me da la mano como a un hombre y descubro que no aprieta, que está blanda. Pienso: no es un ser humano, es un muñeco; es un ingenio mecánico con voluntad y autonomía propia. Pienso: ¿cuántos habrá entre nosotros? La enfermera nos despide, pero ya no me gusta tanto; no mueve la boca cuando habla. Mi madre está seria. Tiene los ojos abiertos, pero no mira hacia ningún lado mientras camina. Intuyo que mi deber, por ahora, es guardar silencio.

Mi madre me lleva a una gran cafetería. Nos sentamos. Me invita a un helado. Ella toma café y tostadas. Me mira con grandes ojos, no habla. Está tan triste que no parece mi madre. De repente, el vaso de café estalla, se fragmenta en mil pedazos. El café alcanza a las tostadas y anula su crujiente tersura, empapa toda la mesa. Alguien dice: le ha dado un aire. Pienso: un aire. Pienso: han disparado contra nosotros; uno de ellos ha disparado contra nosotros.

El camarero limpia, retira, repone. Nadie parece prestarle atención al atentado. Pienso: no te preocupes, mamá. Voy a protegerte. El guerrillero y yo te protegeremos. Ya soy un hombre. Tengo seis, siete años. ∞

JUAN MANUEL VILLALBA HINOJOSA

Han colaborado

MIGUEL ALONSO BAQUER General de Brigada (R). Miembro del Instituto Español de Estudios Estratégicos.

JOSÉ M. DE AREILZA CARVAJAL Profesor de Derecho Comunitario y director del Área Jurídica, Instituto de Empresa (Madrid).

GRZEGORZ BAK Profesor de Lengua y Literatura Polaca, Universidad Complutense.

JAIME BONET Traductor del inglés y del francés.

FRANCISCO CABRILLO Catedrático de Economía Política, Universidad Complutense.

MICHELE CAMPANELLA Músico.

ANTONIO J. DURÁN Catedrático de Análisis Matemático, Universidad de Sevilla. Escritor.

NAZARETH ECHART Doctora en Comunicación Pública.

ANTONIO FONTÁN Editor de *Nueva Revista*.

ALMUDENA GÓMEZ DE CECILIA Doctoranda en Derecho Europeo, Instituto Universitario Ortega y Gasset.

NORBERTO IBAÑEZ Periodista. Director de la revista cultural *Contrastes* (Valencia).

JAN KIENIEWICZ Diplomático. Ex embajador de Polonia en España.

CARMELO LACACI DE LA PEÑA Notario de Madrid.

ALFONSO LÓPEZ PERONA Diplomático. Jefe del Gabinete del presidente del Tribunal Constitucional.

RAFAEL LLANO Director de *Nueva Revista*.

JULIO MARTÍNEZ MESANZA Poeta y escritor.

AGNIESZKA MATYJASZCZYK Profesora de Lengua y Literatura Polaca, Universidad Complutense.

ALBERTO MÍGUEZ Periodista.

MARÍA JOSÉ SOBRINI Internet Business Solutions Manager, de Cisco Systems España.

JUAN MANUEL VILLALBA HINOJOSA Poeta y escritor.

KRYSZTOF ZANUSSI Director de cine.

FE DE ERRATAS

Nº 76 (julio-agosto 2001) Pág. 156: en la entradilla del texto se lee: «*Omeros* fue vertido al castellano por José Luis Rivas y editado, junto con el texto original, por el Círculo de Lectores en 1995». En realidad, esa traducción fue publicada en 1994 por la editorial Anagrama, que cedió los derechos al Círculo de Lectores para su edición de 1995.
Nº 77 (septiembre-octubre 2001) El autor del ensayo «Seminci: Una ventana abierta al cine internacional», es Fernando Herrero, y no Fernando Herrera, como figura en pp. 50 y ss, y en el «Han colaborado» final.

AV Monografías
Abaco
Academia
ADE Teatro
Afers Internacionals
Africa América Latina
Ajoblanco
Álbum
Archipiélago
Archivos de la Filmoteca
Arquitectura Viva
Arte y Parte
Atlántica Internacional
L'Avenç
La Balsa de la Medusa
Bitzoc
La Caña
CD Compact
El Ciervo
Cinevídeo 20
Clarín
Claves de Razón Práctica
CLIJ
El Croquis
Cuadernos de Alzate
Cuadernos Hispanoamericanos
Cuadernos de Jazz
Cuadernos del Lazarillo
Debats
Delibros
Dirigido
Ecología Política
ER, Revista de Filosofía
Experimenta
Foto-Vídeo
Gaia
Generació
Grial
Guadalimar
Guaraguao
Historia, Antropología y Fuentes Orales
Historia Social
Insula
Jakin
Lápiz
Lateral
Leer
Letra Internacional
Leviatán
Litoral
Lletra de Canvi
Matador
Ni hablar
Nickel Odeon
Nueva Revista
Opera Actual
La Página
Papeles de la FIM
El Paseante
Política Exterior
Por la Danza
Primer Acto
Quaderns d'Arquitectura
Quimera
Raíces
Reales Sitios
Reseña
RevistAtlántica de Poesía
Revista de Occidente
Ritmo
Scherzo
El Siglo que viene
Síntesis
Sistema
Temas para el Debate
A Trabe de Ouro
Turia
Utopías/Nuestra Bandera
Veintiuno
El Viejo Topo
Viridiana
Voice
Zona Abierta

A R C E
Asociación de Revistas Culturales de España

Exposición, información, venta y suscripciones:

Hortaleza, 75. 28004 Madrid
Teléf.: (91) 308 60 66
Fax: (91) 319 92 67
http://www.arce.es
e-mail: arce@infornet.es

Un castillo encantado.
Compañía. Compañías
aéreas o de servicios.
Productos. Marcas.
Marcarte un tanto.
Tanta información
como necesites.
Periódicos, televisión.
Ver. Recibir y enviar.
Correo. Correr.
Saltar. Llegar.

www.terra.es

ACCEDE/DIVIÉRTETE/INFÓRMATE/
COMUNÍCATE/COMPRA

Chats. E-mail.
Foros. Deportes.
Música. Televisión.
Viajes. Acceso.
Compras. Economía.
Información.

ELIGE TU ACCESO A INTERNET EN EL 902 15 20 25

Todo. En Terra.
En tu idioma.
Así de fácil.
Entra.

terra

Internet,
más tuyo que nunca.

Telefónica